



Bailemos *en la* Oscuridad

R.M. DE LOERA



Bailemos en la Oscuridad

Bailemos en la Oscuridad

© 2021 R. M. de Loera

Published by R.M. de Loera

Editor: Laura M. Mate

Portada: On Flivver

Printed in the United States

Imprint: Independently published

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Aunque se hace referencia a los World Juniors y nombres de algunos patinadores profesionales, todos los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor y usados de manera ficticia. Cualquier parecido con alguna persona viva o muerta o eventos pasados es pura coincidencia.

Este libro está ambientado en una población que existió en la realidad y se hace referencia a personas y negocios reales. Cuando se mencionan es de una manera ficticia, y como tal deben tomarse.

Facebook: rmdeloera

Instagram: rmdeloera

Bailemos en la Oscuridad

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

Epílogo

Agradecimientos

Acerca de la autora

Con gran respeto a todas las personas
que atraviesan por algún momento
difícil en sus vidas.
Para toda la comunidad discapacitada
porque con ustedes aprendí:
Que las limitaciones
solo existen en mi interior.

Para aquellos que
son invisibles para la justicia



Cecilia

Alexander Price era un hombre especial. Solo a él se le ocurriría llegar tarde a la comida de presentación de su propia boda.

Cuidé mis pasos en el restaurante hasta llegar a la sala de espera. Necesitaba unos instantes para recomponerme de la sobrecarga de sensaciones. Además, había demasiado ruido y personas a mi alrededor, lo que desbalanceaba mi concentración. Levanté las temblorosas manos hacia las mejillas y me di pequeños golpes sobre los ojos con cuidado de no arruinarme el maquillaje. Respiré profundo para serenarme, pues no existía motivo para comportarse así. Me había enfrentado a ese tipo de situaciones en incontables ocasiones. Tal vez mi sobrerreacción era porque Alex no estaba junto a mí.

—Adiós, Cecilia.

Reconocí el tono monótono en la voz de la señora Price y levanté la mano para despedirme. Comprendía a la perfección por qué decidió retirarse. Una vez más me pregunté por qué Alex tardaba tanto.

Alex estaba ausente porque cuando estábamos en mitad del ensayo de boda —en la Basílica de *Notre-Dame*, en Ottawa—, recibimos una llamada de la pista de patinaje sobre hielo, nuestro lugar de trabajo. La donación de patines para niños discapacitados se había adelantado y uno de nosotros debía estar para recibirlos; se suponía que debían entregarlos dos días más tarde. Por más que le repetí que él debía quedarse en el ensayo, insistió en que yo me dirigiera hacia el restaurante y que él recibiría el pedido, ya que no tardaría.

El ensayo fue un éxito. De algún modo encontré la forma de no caerme en el pasillo de la iglesia e Isa, la hermana de Alex, aplaudía y se carcajeaba. Su corazón estaba repleto de felicidad. Para mí, ella era como mi hermana. La chiquilla encontraba la forma de entrar a tu corazón con la alegría y los deseos de vivir que transmitía. Aunque solo tenía doce años, era el terror de su hermano, pues lo manejaba a su antojo. Alex siempre se quejaba, pero existía ese tinte en su voz que delataba lo feliz que lo hacía. Para Isa y para mí, que Alex fuera feliz era lo más importante del mundo.

A pesar de que queríamos chillar de la felicidad, ambas nos movimos con elegancia y decoro. Excepto cuando el padre preguntó hasta en cuatro ocasiones si alguien se oponía al enlace, mas todos rieron por la broma y a nadie le importó que nos uniéramos a la algarabía. Sentía la mano de Isa en la mía, contagiándome su alegría. Después nos tomamos fotografías para la prensa, quienes cubrían cada aspecto del evento.

Eso fue hacia tres horas, mientras yo intentaba mantener la sonrisa en mi rostro y soportar la tortura que representaban los zapatos que usaría en la boda. Además, no había estado antes en ese restaurante, lo que exacerbaba mi incomodidad.

Sonreí y suspiré al reconocer los pasos amortiguados pero apresurados. Alex debía estar a menos de un metro de mí porque las notas de limón, albahaca y madera de su exquisito perfume se mezclaban con la cebolla, el ajo y los mariscos del lugar.

El murmullo de las personas, el tintineo de las copas y el choque de las cucharas en los platos se redujo. Mi gesto se amplió, pues el aire a mi alrededor se tornó cálido mientras mis pies se despegaban del suelo y esos brazos familiares y fuertes me rodeaban.

—Soy yo.

A pesar de que en ese instante existía cierto jadeo, como si hubiera corrido para llegar —lo que con probabilidad pasó—, un hormigueo

delicioso se apoderó de mi piel ante la voz grave y áspera que siempre lo acompañaba.

—Estás en problemas —dije con mi tono cantarín.

Aún podía oler el hielo en su piel; me resultaba familiar y agradable, pues nuestra vida siempre giró en torno a la pista. Y a pesar de que llevaba traje, no era el apropiado: la tela estaba desgastada y los guantes todavía le cubrían las manos. Una semana antes le escogí uno de lana muy suave al tacto, la camisa era de lino y la corbata tenía un tejido interesante. Debía lucir pulcro y elegante ante todos.

—Me puse los patines. —Me mordí el interior de las mejillas para contener la risa. Para él eso siempre era un error. Lo que se confirmó cuando añadió—: Solo quería dar una vuelta.

Poco a poco me bajó hasta que mis pies tocaron el suelo y él mantuvo las manos sobre mis caderas, con su característica calidez siempre presente. Por instinto lo rodeé con los brazos. Era normal que habláramos así. Y no era que respiráramos el mismo aire, porque existían varios centímetros entre los dos: nuestros brazos estaban extendidos, aunque relajados. Pero era el único instante en que permitía que mis sentidos se relajaran, pues no tenía que ser tan consciente de lo que me rodeaba porque tenía la certeza de que él lo hacía por mí.

Esperé a que se explicara mejor. Sin embargo, se quedó en silencio, algo poco característico de él. No entendía qué sucedía, desde hacía meses parecía retraído, como si ansiara la soledad. Quería que volviera a confiar en mí, que confesara aquello que lo aquejaba. Me negaba a creer que el motivo era la boda. Alex era el mejor compañero del mundo, atento, gracioso. Era un hombre que te tocaba como si fueras a desvanecerte frente a él, pero que tenía la certeza de que eras de acero. Si era sincera conmigo misma, me aterraba. Siempre se teme fallarle a alguien que te tiene en tal alta estima.

Me regañé a mí misma, eran desvaríos. El amor que existía era inmenso, no tenía por qué dudar de él. Quizás solo estaba cansado. Planificar una boda era extenuante.

—Debías verte radiante hoy. Incluso pedí tus colores favoritos.

Por algún motivo su cuerpo vibró. Perdió el balance por unos segundos, por lo que comprendí que dio un paso hacia mí. Tal vez escuché un suspiro fatigoso. La sutil fragancia de su perfume ya comenzaba a mezclarse con su piel.

—En cuanto vi el traje supe que estabas involucrada.

Ladeé la cabeza, mis labios estaban apretados en una línea recta. Solo podía conocer sus pensamientos y sentimientos si él los expresaba. Estaba perdida y eso jamás me había ocurrido antes. Quizás la segunda pista de patinaje estaba en problemas y él no quería contármelo. Mas no tenía de qué preocuparse, encontraríamos la forma de salir adelante. Así lo habíamos hecho desde que teníamos trece años.

—¿Qué sucede?

Alex retiró las manos de mis caderas y las entrelazó con las mías. Los guantes mullidos me transmitían su calor.

—Eli, acompáñame a comprar dos trajes y tres atuendos casuales para la luna de miel.

Como Alex me sostenía de las manos no pude ocultar cómo abría la boca. Por un segundo mi cuerpo exigió alejarse de él, ese no era mi mejor amigo.

—¿Todavía no haces tu maleta?

—¡Mi cielo!

Fruncí el ceño, pues el tono de Ashley siempre me pareció estentóreo, pero en ese instante fue insufrible. Las manos de Alex y las mías se desenlazarón con tanta rapidez que perdí el equilibrio y choqué con la pared.

Arrugué la nariz cuando el perfume dulzón y avainillado de Ashley se apoderó de mis sentidos. Me obligué a enderezarme de inmediato, ya que nunca me gustó mostrarme débil frente a ella.

Ashley continuó hablando:

—Si no llega a ser por mis primos jamás hubiera descubierto que ya llegó mi novio.



Alexander

Me zafé del agarre de Ashley. Detestaba ese tono condescendiente que siempre utilizaba con mi mejor amiga; aunque lo reconocí demasiado tarde, ya que le había pedido matrimonio.

—A quien debes saludar primero es a mí. *Esa* no es tu novia. —Ashley apretaba tanto la quijada que apenas comprendí las palabras.

Me obligué a tragarme la frustración que me recorría, pues reconocía el desafío en su mirada. Si me atrevía a decir una sola palabra armaría un escándalo frente a su familia y la prensa. Terminaría en lágrimas, quejándose de cómo yo jamás la comprendía y ellos me catalogarían como el peor hombre del mundo. De hecho, sus primos ya lo hacían.

Levantó la mano y me acarició el rostro con ternura. Imité su gesto al acomodar un mechón de su cabello rubio detrás de la oreja. Un *flash* me deslumbró. Estaba guapa con un minivestido plateado cubierto de lentejuelas y mangas largas abombadas. Sus piernas parecían no tener fin con los tacones *nude* que utilizaba. Su altura la diferenciaba de Eli, quien

solo medía un metro cincuenta; al contrario que yo, que llegaba al metro ochenta, y Ashley, al metro setenta.

Me dedicó una sonrisa desarmadora, ladeó la cabeza y posó los labios sobre los míos. La vainilla de su perfume obnubiló mis sentidos mientras otro *flash* nos acompañó. Durante largos segundos no le respondí. Lo hablamos en incontables ocasiones: le debía respeto a Eli. Ashley alejó su rostro solo unos centímetros, la sonrisa hermosa volvía a curvar sus labios.

—Lo siento, ¿sí? —Convirtió su voz en un susurro para que Eli no la escuchara.

Desvié la mirada mientras un mal sabor se apoderaba de mi gusto. Había demasiado ruido en el lugar y las luces destellaban. Ashley cerró los puños sobre la chaqueta y me haló. Su aliento afrutado se mezcló con el mío, vi en sus ojos un brillo travieso mientras su mano se deslizaba por mi pecho y se detenía sobre mi virilidad. Fue el instante en que nuestros labios se encontraron y esa lengua experta me arrancó un gemido. Nuestra relación permaneció casta durante un año y medio, si bien ella se encargaba de demostrarme que había mucho más bajo esa capa angelical.

Ashley se separó de mí y me guiñó un ojo. Cerré los míos cuando apoyó los labios en mi oreja y murmuró:

—Sé un niño bueno.

Bajé la cabeza y tomé una bocanada profunda. «¿Por qué siempre estaba equivocado?». La desvié a un lado y sonreí al reconocer las botas psicodélicas de Eli. Estaba preciosa con un clásico *jumpsuit*, en esa ocasión en color negro en combinación con el cabello, por lo que sus ojos azules como el hielo resaltaban.

Pasaron más de cinco minutos desde que le dirigí la palabra y quizás hasta se preguntaba si la había dejado sola. Negué con la cabeza y me recompuse. Mis decisiones fueron las que me llevaron hasta ese punto, debía aceptarlas y enfrentarlas.

Giré hacia mi mejor amiga, a pesar de que Ashley me halaba; al parecer pretendía que la dejara sola.

—Sigo aquí, cariño.

—Lo sé. —En los labios de Eli se formó una sonrisa entre divertida y burlona.

—¿Te acompaño a la mesa?

Eli asintió y por un segundo fui capaz de distinguir el alivio ante mis palabras. Estaba incómoda, aunque ella nunca me lo diría.

—Por favor.

Solo hasta que obtuve su permiso entrelacé mi mano con la suya y la halé con suavidad para que comenzara a caminar.

—Alex...

Las luces de la ciudad se colaban a través de las ventanas de vidrio, en el lado del restaurante que se reservó, las mesas formaban un diamante con manteles en color crema y sobre ellas, las copas más finas. De inmediato comprendí por qué Eli se sentía fuera de lugar.

—¿Sí?

—Isa y la señora Price...

Ashley me empujó en ese instante y dijo:

—Date prisa, nos están esperando.

Asentí y ojeé a Eli unos segundos, pero ella guardó silencio. Llegamos a la mesa que nos correspondía y fruncí el ceño al no encontrar a mi familia. Solo mi amiga estaba allí, junto a mí. Con el dedo pulgar recorrí su palma una y otra vez. Con ese mínimo gesto le agradecía el no dejarme solo con ellos. Solté una bocanada de aire. Nunca fue mi intención tardarme tanto, pero al arribar a la pista la añoranza se apoderó de mí.

Y tenía razón, mi presencia era tan innecesaria que la comida iba tal vez por el segundo o tercer tiempo. Aferré la mano de Eli con la mía, pues alrededor de nosotros había cincuenta personas. Las luces se atenuaron, unas cortinas cubrieron las ventanas y por un segundo todo se volvió negro. Cada músculo de mi cuerpo se tensó, en tanto ellos reían y hablaban entre sí. Ashley me haló, obligándome a caminar rápido. Un juego de tonos azules nos cubrió. Apareció un destello a la izquierda y de inmediato otro a la derecha. Ashley no paraba. De repente perdí a Eli.

El corazón me martilleaba en el pecho y frené en seco. Ashley soltó un chillido, pero mis ojos intentaban acostumbrarse a los cambios en la iluminación.

—¡Fíjate! ¿Acaso eres estúpida?

Giré de golpe y me apresuré para llegar hasta el imbécil que insultó a Eli. Debía ser un amigo de Ashley, porque no lo conocía.

—¡Son cientos de dólares tirados a la basura! —sollozó quien asumí que era su pareja.

El hombre insistió:

—¡No se podría ser más bruta!

Por un milisegundo me quedé paralizado. Estaba rodeado de la familia y amigos de la mujer que se convertiría en mi esposa y así era cómo trataban a mi mejor amiga. La furia se apoderó de cada terminación nerviosa. En un último paso me lancé sobre él y le pegué en el pecho. Él me respondió. Al sentir los dedos delicados e inconfundibles dedos de Eli en mi costado me vi obligado a soltar al patán. Tomé las manos de Eli entre las mías y dejé un beso fugaz en ellas.

—Soy ciega. —Hizo una pausa para contener el temblor en su voz—. Lo siento.

El silencio reinó en el lugar y las miradas de lástima se posaron sobre ella. El hueco en mi pecho me impidió respirar con normalidad. Su condición no era un secreto, pero sabía cuán difícil le resultaba decir esas palabras. Odiaba que eso fuera lo primero que los demás conocieran de ella. Las personas no solían presentarse ante los otros como: «Hola, soy asiático, norteamericano o africano.»

Comenzamos a caminar otra vez y al mirar al frente podría jurar que Ashley tenía una sonrisa burlona plantada en su bonito rostro. Entrecerré los ojos para enfocar la vista, pero la señora Smith, su madre, se paró frente a ella y no pude asegurarme.

Rodeé la cintura de Eli y aferré su diminuto cuerpo al mío. Ella me dedicó una sonrisa y apoyó la cabeza en mi pecho unos segundos, por lo que ese olor tan familiar y fresco a mandarina y lirios me envolvió con su aroma y tibieza.

Me detuve frente a nuestros lugares y fruncí el ceño al encontrar el de ella ocupado. En ese mismo instante, Ashley dejó de platicar con su madre y se giró hacia mí. En sus apetecibles labios se dibujó una sonrisa radiante.

Abrí los ojos y le señalé con la cabeza a esa gente que tampoco conocía. Ella se acercó a mí con la inocencia pintada en su rostro. Ashley extendió los brazos para abrazarme y la conexión con Eli se rompió.

—Cielo, ¿recuerdas al jefe de mi papá? Ella es Samantha, su esposa.

Sonreí y los saludé con educación, no obstante le susurré a Ashley en el oído:

—Ese es el lugar de Eli.

Ashley colocó las manos en mi chaqueta, las deslizó hasta rodear mi nuca y me haló. Sus labios encontraron los míos y no se separaron hasta doblegarme.

—Cielo, no pretenderás que los eche, ¿o sí?

El único motivo que tuve para aceptar ese lugar tan ruidoso y con poca iluminación fue porque Ashley me aseguró que Eli permanecería en la silla a mi mano derecha. Esa fue mi única exigencia. Todo lo demás se hizo tal y como Ashley lo deseó.

—Eli, cariño, ¿qué tal si le haces compañía a mi primo? —le dijo Ashley con un tono dulzón.

Eli le dedicó una sonrisa, aunque se sobresaltó un poco cuando él le tomó la mano sin hablarle primero.

Los seguí con la mirada hasta que se sentaron al extremo contrario de la mesa. Mis nudillos estaban pálidos por cómo apretaba los puños.

—Eso no fue lo que acordamos.

Ashley levantó un hombro y lo dejó caer, restándole importancia a cómo me sentía. Tomó asiento y colocó con elegancia la servilleta sobre su regazo. Le sonrió a la dama de honor, que estaba a su lado izquierdo y comenzaron a platicar. Cuando los minutos pasaron y continué de pie, ella levantó la cabeza con el desafío pintado en su rostro.

—Quizás para la próxima llegues a tiempo.



Alexander

Le di un sorbo a mi *whisky*, ansioso por que la comida terminara de una vez. El patán, primo de Ashley, se fue sin decirle nada a Eli, por lo que ella siguió conversando animada largos minutos antes de percatarse de que estaba sola. Tomé una bocanada profunda de aire para tranquilizarme. Mi ansiedad se debía a que ella no conocía el lugar y existían demasiados distractores para que pudiera centrarse y desenvolverse con independencia como siempre lo hacía.

Sonreí cuando una jovencita —de la otra sección del restaurante— se acercó a saludarla. Debió reconocerla de cuando ganamos el *World Juniors*. Intercambiaron unas palabras y la chica emitió un chillido, entonces movió la cabeza de un lado al otro y cuando me encontró, levantó la mano y me saludó con entusiasmo. Le correspondí y ella volvió a chillar. En el momento en que el rostro de Eli resplandeció, mi corazón dio un vuelco y el gesto en mi rostro se amplió.

Cecilia Payne era una mujer de carácter y mi mejor amiga.

Yo odiaba su nombre. Su madre decía que la llamó así por la mujer que descubrió que el Sol se componía de hidrógeno y helio. Para mí era una crueldad que le asignara un nombre cuyo significado fuera «ciega», como si eso la definiera. Por eso le puse un diminutivo, uno que le recordara que era un regalo de Dios. Al menos lo era para mí y para mi hermana.

Estaba enamorado de ella desde los trece años. A nadie le quedaba duda de que la amaba, aunque si lo pensaba mejor, ella no lo sospechaba. Pero lo nuestro no podía ser.

Terminé mi bebida de un solo trago. Dejé el vaso sobre la mesa, apoyé los brazos en los muslos y enredé las manos en mi cabello. Cerré los ojos y vi a ese niño de trece años que se ofreció a patinar junto a ella porque no le gustó la forma en que el entrenador le hablaba. Mi madre siempre aseguraba que mi gran boca me metería en problemas.

En mi vida había utilizado patines y ni pensar los de hielo. Pero me paré frente al entrenador y me ofrecí porque unos días atrás ella me había cubierto la espalda con el experimento de ciencias. No tenía ni idea de que Eli había perdido la visión veinticuatro horas antes de que yo me ofreciera a patinar junto a ella.

Lo descubrí una hora después del desastre que fue patinar juntos por primera vez. Eli me ordenó que me sentara en la banca de la pista y me explicó que nació legalmente ciega. Cuando solo tenía unas horas de vida, los doctores le hicieron estudios porque sus ojos se movían de forma involuntaria, a veces era en movimientos horizontales y otras, verticales. Esa condición se llamaba nistagmo y gracias a eso fue que descubrieron la condición principal de retinosis pigmentaria, la cual provocó su completa pérdida de visión a los trece años. Antes de eso, ella podía ver si utilizaba aparatos que le agrandaran con exageración los objetos. Aunque una vez me confesó que jamás pudo hacerlo de noche o si una habitación estaba opaca, algo que nunca se atrevió a confesarle a la señora Payne.

Nos costó años acoplarnos el uno al otro, y en el proceso todos nos exigían que nos rindiéramos. Según ellos, éramos demasiado viejos para el patinaje sobre hielo, pero lo que existía detrás de esas palabras era la incredulidad de que fuéramos capaces de hacerlo por la discapacidad de Eli. Yo era un adolescente muy frustrado: en nuestra relación ¡yo era el que veía! ¡Debía confiar en mí!

A los diecisiete, Eli quería más a mi hermana de cuatro años que a mí. Un día ella nos acompañaba en la pista y de la nada se le ocurrió decir:

—Ojos.

Tapó los míos con sus pequeñas manitas. Poco me faltó para gritarle una grosería a la escuincla que se robó mi corazón al reírse de mis estupideces.

Todo lo demás había fallado, no perdía nada por intentarlo. El entrenador cubrió mis ojos y mi madre lo hizo con las paredes de la pista, pues juraba que ambos nos mataríamos en el proceso. Sin embargo, bailé con Eli por primera vez. No fue hasta ese momento que comprendí que yo no tenía que guiarla. En la pista era ella quien tenía el dominio.

Antes de eso, la ansiedad se apoderaba de mí cuando era su turno de ejecutar las posiciones. Me encontraba moviéndome con celeridad para que no se deslizara directa hacia la pared o la puerta de salida. Y con esto, lo único que lograba era coartar su movilidad, deslucir nuestra rutina e incluso provocar accidentes.

A partir de entonces, pasamos de estar en una posición sin calificación, a estar en la trecientos cuarenta y nueve, y después a la doscientos seis, y de ahí a la ciento veintitrés del país. En esos días creía que jamás llegaríamos a las Olimpiadas. Aunque un par de años después descubriría que para Eli eso no era importante.

Solté una bocanada de aire y al enderezarme encontré la mirada acusatoria de Ashley. Apretaba los labios en un mohín mientras el mesero dejaba un caracol frente a nosotros. En el centro había un diminuto cuenco con algún tipo de crema y junto a él, una bola blanca que asumí que recreaba una perla, aunque no estaba seguro de si era comestible.

Cuando él se retiró, Ashley se apoderó de mi corbata y soltó el nudo.

—¿Por qué no usaste el traje que te compré? Lo haces a propósito, para avergonzarme. —Le dio la primera vuelta de malos modos—. ¿Con quién estabas? La cieguita estuvo aquí en todo momento. ¿Me engañas con alguien más?

Guardé silencio. Con el pasar de los meses comprendí que eso era lo único que podía hacer. Terminó de hacer el nudo y lo cerró hasta que me faltó el aire.

—Dame el teléfono.

Metió las manos en mis bolsillos y me quitó el aparato. Digitó la contraseña y se desplazó a su antojo.

Estaba cansado de sus recriminaciones. En esa cabeza suya, yo era un hombre que en realidad no existía. A mí me importaba muy poco haber tenido algo de fama y el cartel de soltero más codiciado por dos segundos. Era como si me hubiera cazado y pretendiera mostrar el trofeo a los demás.

—Me iré, así no te importuno más.

De su garganta escapó ese sonido estridente que me volvía loco, pues con él conseguía que todos nos observaran.

—¿Te parece bien dejar a tu novia abandonada? ¡Tú nunca me apoyas!

Entrecerré los ojos y negué con la cabeza. No podía creer lo que escuchaba.

—Te he acompañado en cada instante, cumplí cada uno de tus deseos y pagué por todos tus antojos. En cambio, te pedí un día, hoy, y no lo cumpliste.

Apretó las manos, hizo con la boca un mohín como esas niñas de tres años a punto de hacer una rabieta.

—¡Yo tengo que ser todo para ti!

—¡Un maldito día, Ashley! ¡Uno!

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Yo resoplé y bajé la cabeza para esconderla entre mis propios brazos. Respiré profundo para aliviar el ansia de gritar como un cavernícola.

—No sé por qué estás enojado. A partir de mañana ya no estarás para guiarla. ¿Qué importan unas horas antes?

Me puse en pie, ya no resistía más. Odiaba el lugar en el que estábamos, la comida me parecía estrambótica e insulsa. La única notoriedad era presumir de que estuviste allí cuando la lista de espera era de tres años.

Lo más importante, por algún motivo mi familia no estaba y, aunque Eli intentaba mostrarse cómoda yo la conocía bien. Me pregunté qué pasó en mi ausencia.



Alexander

Me detuve en el semáforo cuando cambió a rojo. Giré la cabeza y me obligué a contener la bocanada de aire que insistía en escapar. Mi teléfono no paraba de enviar notificaciones. Ashley estaba furiosa. Era Eli quien estaba junto a mí, callada. Sabía que quería decirme algo, pero me conocía tan bien que entendía que necesitaba el silencio.

Si llegué tarde a la comida fue porque mis pensamientos estaban perdidos en una noche; jamás olvidaría esa madrugada.

Tal vez eran las cuatro. Eli y yo estábamos recostados en el salón de descanso, con el frío calando nuestros huesos, pero ninguno se movía. Estábamos exhaustos.

Cuando tu compañera de patinaje es ciega necesitas la pista vacía, de otro modo, para ella sería imposible moverse pues existirían demasiados ecos y vibraciones. Su cerebro echaría humo con solo intentar acallarlos,

además de recordar que debía mantener el balance, algo en lo que yo no tenía que pensar, pero Eli debía hacerlo a consciencia.

A eso había que añadirle los cientos de dólares que cobraban por usar la pista para entrenar. Era una cantidad que mamá no podía costear, pero que la señora Payne absorbía para que su hija pudiera estar sobre el hielo. Nuestra única solución era hacerlo en la madrugada.

Una vez que comprendí que ella era la experta en el hielo, nuestra rutina mejoró a tal grado que ganamos las nacionales y calificamos para el *World Juniors*. Durante ese año alcanzamos nuestras limitaciones e intentamos sobreponerlas. Sin embargo me sentía exaltado, pues tenía la convicción de que alcanzaríamos la gloria. En algún punto, el patinaje sobre hielo dejó de ser solo sobre ella y pasó a ser también por mí.

—Mi balance apesta.

Sonreí, no pude evitarlo. La realidad era que su equilibrio era inexistente. Si se mantenía en pie sobre los patines era por pura terquedad.

—Te exiges demasiado.

—¿Todavía no te cansas de seguir junto a mí?

Guardé silencio y estaba seguro de que el martilleo de mi corazón retumbaba por el lugar. Sin embargo, me obligué a hablar. Con ella no existía la excusa de: «Soy un hombre de pocas palabras», pues esa era la única forma que ella tenía para comprenderme. De nada serviría morder el interior de la boca o jalonear el cabello. Con Eli, la frustración había que verbalizarla.

Y ella continuó:

—Podrías ser el compañero de Madeline, llegar a las Olimpiadas.

—Si hago eso, tú no podrías. Tú me enseñaste a amar el hielo, lo justo es que lleguemos juntos.

Estaba muy entusiasmado. Y aunque todavía faltaba mucho para eso —primero teníamos que ganar el *World Juniors*—, tenía claro cuál sería nuestro programa para las Olimpiadas y la canción que bailaríamos.

Eli tenía la habilidad de reconocer las notas musicales, sin importar la canción. Así era como marcábamos los pasos. No sabría explicarlo bien, pero con cada nota musical ella sabía si debía ejecutar un spin, giros, *side by sides* o un salto de vals.

Ella giró la cabeza a la derecha. Procuraba mantenerme de ese lado para crearle cierta seguridad. Eli sabía que siempre me encontraría allí.

—No quiero llegar a las Olimpiadas.

Quise golpear el hielo y gritarle, pero nuestra vida era una catástrofe. Y ese día mi concentración era nula. Estaba exhausto tanto en lo físico como en lo emocional. Desde hacía dos semanas llevaba una doble vida y no encontraba cómo confesárselo.

—Solo estás cansada, Eli. El entrenador nos exige demasiado y...

—No quiero, Alex.

No se lo permitiría, así de egoísta era con ella. Algo putrefacto se revolvía en mi interior, era como agua estancada durante mucho tiempo. Me sentía herido, ella quería deshacerse de mí.

—¿Por qué? ¡¿Sabes lo que nos ha costado llegar hasta aquí?!

—Soy dolorosamente consciente.

Una lágrima me salpicó la mejilla al ver sus ojos humedecidos, la inconfundible desesperación en sus facciones. Por un instante tuve que respirar con consciencia. Sabía que debía responderle, pero mi voz me abandonó. Me obligué a recomponerme porque mi caos era diminuto comparado con el de ella.

—Solo estás molesta porque chocaste con la pared, me disculpé contigo.

Estiró la mano y alcanzó mi antebrazo, aunque pretendía tomar mi mano.

—Ya te dije que no había nada que disculpar. Confundiste las coreografías y eso es normal a las tres de la madrugada. —Me dedicó una sonrisa reconfortante. A pesar de que no podía verme, mi rostro ardió por la vergüenza, sentía mis ojos desmesurados—. Estás en problemas —dijo con su voz cantarina.

Busqué sus manos y las aferré a las mías. Estaba seguro de que sufriría un infarto a los diecinueve años por cómo mi corazón bombeaba frenético. Tuve que recordarme que era ciega, no estúpida. Tarde o temprano se enteraría de que desde hacía dos semanas practicaba con Madeline. Mamá se lo exigió al entrenador. No obstante, mi deber era comunicárselo, pero jamás encontré cómo. Me sentía inseguro y traicionero como una serpiente a punto de atacar.

—Yo...

Se apoyó en mis brazos y se impulsó hasta quedar encima de mí. Mi corazón atronó en mi pecho, que subía y bajaba descompasado. Cerré los ojos porque creí que así no la tendría tan presente.

—¿Sabes por qué quiero patinar, Alex?

Tragué mientras mi cuerpo permanecía estático y los músculos me reclamaban su rigidez.

—Porque quieres ser como Madeline Edwards.

Apoyó los brazos en mi pecho por lo que cargué con todo su peso. Hacía mucho frío en el salón, pero me recorría un calor abrasador. Volví a cerrar los ojos y una vez más me equivoqué. Toda ella se acrecentaba: el delicioso aroma de su cabello, la calidez que su cuerpo trasmitía, la suavidad de su piel, el subir y bajar sereno de su respiración.

El último año fue una tortura. En algún punto pasé de la primera ilusión, el simple deseo de tener su mano en la mía, a algo más férreo y primitivo. Saboreaba las curvas de su cuerpo, me perdía en perturbadores sueños despierto, al menos para mi virilidad, que se agitaba ansiosa cuando me imaginaba conociendo esa piel sedosa.

Eli deslizó los dedos en mi frente para acomodar ese mechón rebelde que siempre me molestaba. Era una caricia ligera, pasajera, con intención inocente. Pero ese día mi compañera no era tan mía.

—Tal vez cuando comencé, porque era muy ingenua.

Tragué para aliviar el malestar. No me gustaba que se pensara así. Ella siempre fue muy madura y tuvo muy claro lo que deseaba. Lo más admirable fue que luchó por ello, sin limitaciones, pues esas existían solo en nuestras cabezas.

—No lo eres, Eli. Siempre has sabido lo que has querido.

Desvié la cabeza, por lo que su mano cayó junto a mis labios. Le dejé un beso en la palma y levanté la mano para volverlas a entrelazar. Estábamos tan cerca el uno del otro que su aliento me entibiaba la mejilla, pero sentía a mi mejor amiga a kilómetros de mí.

—Ser libre.

Esa palabra tan aterradora de la cual desconocía su significado. ¿Qué implicaba su libertad? Comenzaba a creer que yo lo tenía claro, solo que no deseaba admitirlo.

—Y lo eres. Vives en tu propio piso, manejas tu vida a gusto y representarás a tu país en los *World Juniors*. ¿Qué más podrías desear?

—Ser libre, Alex.

Esas palabras fueron como una patada en el estómago. Siempre me pregunté, si nuestras vidas estuvieran invertidas, ¿Eli me habría elegido a mí?



Alexander

—Eres la mujer más libre que conozco.

Sí, era obtuso. No deseaba entenderla. Me era suficiente con el frío gélido que engarrotaba mis músculos. La vida en casa era insufrible y mi único momento de verdadera paz era estar en la pista junto a ella mientras hacíamos piruetas mezcladas con pasos estéticos y elegantes. Ahí bloqueaba los gritos del entrenador y las exigencias de mi madre. Sentía que solo me quedaban Eli e Isa, mi hermana.

Enderezó mi rostro con delicadeza. No podía verme, pero me conocía mejor que nadie; era experta en las modulaciones de mi voz. Incluso cuando yo llegaba a la práctica sabía cómo me había ido el día solo con mi forma de saludar. Ella se deslizaba por la pista a gran velocidad, frenaba a solo centímetros de mí y me envolvía entre los brazos. Ella sabía que era lo único que necesitaba para sobrevivir a los días de mierda que componían mi vida.

Intentó sonreírme, reconfortarme, pero ella se encontraba en un lugar más oscuro que yo. Aquella niña de trece años cuyo experimento de ciencias fue con perlas de jugo se me escurría entre los dedos.

—Eso es porque confundes independencia con libertad. Sí, soy una mujer independiente, pero dependo de mis padres o amigos para moverme. Tú puedes salir al bosque o entrar a la playa por ti mismo.

—Tú también.

Mi voz se convirtió en un susurro porque sabía que no era verdad. Siempre había alguien cuidándola, asegurándose de que nada le sucediera. No podía ser diferente. Recordaba aquella ocasión en que el capitán de hockey se acercó a ella y entablaron una conversación. Estaba lejos de ellos y la salida de la pista bloqueaba mi visión, pero sabía que algo no estaba bien. Me distraje cuando mi teléfono me envió una notificación, era una fotografía bajo la falda de Eli. Ellos eran adultos, conscientes de que lo que hacían era incorrecto. En ese aspecto ella era muy vulnerable. Desde entonces le prohibí las faldas; no sabía si tenía derecho a eso, pero cuando sabes que el noventa por ciento de las mujeres con discapacidad sufren algún tipo de violencia sexual, no te importa si tu mejor amiga te considera un troglodita.

—Yo soy libre aquí, en la pista. Aprendiste a permitirme moverme por mí misma. Tú bailas conmigo, no estás para asegurarte de que termine estampada en la pared.

El aire se tornó escaso, pues unas horas antes no la protegí. Como su compañero, mi deber era asegurarme de que no recibiera un mal golpe. Era la promesa que se hacían todas las parejas de hielo. Y ella misma me había salvado en innumerables ocasiones de una fractura.

—Eli...

—Alex, prepararme para la competición es una pesadilla.

Sentí el temblor en mis manos y cómo en mi pecho se creaba un vacío que me impedía respirar con normalidad. Para mí también lo era, pero ¿tanto esfuerzo para nada? No me parecía justo.

—¿Te vas a rendir?

En ese momento la juzgué y sentencié. Mi vida habría sido mucho más sencilla si no me hubiera ofrecido a patinar junto a ella. Por un segundo el perfume fresco se tornó insoportable y la tibieza abrasadora. ¿Cómo podía estar furioso y a la vez tan excitado?

—No. —Tenía el desafío dibujado en el rostro—. Eres mi socio y no te voy a dejar a la deriva. Sé que el entrenador te prepara para que te conviertas en el compañero de Madeline. Esta aventura de los dos llegará a su fin el día de la competencia. Después de que ganemos, me retiraré.

Yo ardía de deseo por ella mientras que ella me consideraba su socio, alguien que podría entrar y salir de su vida sin ninguna eventualidad. Como si no hubiéramos pasado juntos cada día de nuestras vidas... Una persona a la cuál sería fácil olvidar.

—Eres ambiciosa, Eli. ¿Primer lugar? —La amargura se hacía patente en mi voz.

—Solo cumplo con mi palabra. El día en que te paraste junto a mí te prometí que ganaríamos las competencias.

Cerré los ojos y solté una bocanada profunda de aire. Ella estaba desgarrada y atrapada. ¿Por qué me comportaba como un terrible amigo? Eli no me debía nada, cualquier deuda quedó saldada con el amor que le dedicaba a mi hermana.

—Lo odiarás, Eli. —Mi voz apenas era audible.

—Así como tú lo hiciste en los primeros años, pero jamás quebrantaste tu promesa.

Eso fue un golpe directo a mi corazón. Tenía ante mí una mujer, lo sabía. Mi reacción fue la de un niño sin rumbo: levanté la cabeza y uní nuestros labios. No era la primera vez que lo hacía. Ella se alejó mientras parpadeaba con rapidez, pues la tomé desprevenida. Me impulsé otra vez y repetí el gesto mientras mis manos, escondidas bajo su abrigo, robaban el calor de su piel.

Giré con ella entre mis brazos, nuestras caderas calzaban a la perfección. Pretendía cubrir su cuerpo de besos, hacerla gemir y susurrar mi nombre como una plegaria. Pero nada de eso ocurrió, la realidad fue que ella estaba recostada en una alfombra fría, que solo toqué su clítoris unos segundos y que no pude penetrarla hasta el cuarto intento. Y como si esto no fuera suficiente, solo duré unos segundos.

Me escondí sobre su hombro varios minutos, en mi estómago sentía unas nauseas terribles. Cuando por fin me atreví a mirarla, esos ojos azules tropezaron con los míos. No existía palabra en el diccionario para describirlo, pero parecía que tenía la mirada clavada en la mía. En sus labios afloró una sonrisa tímida.

Enmarcó mi rostro con las manos, una caricia que Eli jamás utilizó con otra persona. Eso de que ella sería capaz de reconocer mis facciones a través del tacto era algo que solo ocurría en las películas. Permanecí inmóvil, con los ojos clavados en los suyos. Sabía que debía hablar, intentar explicar el remolino de emociones que me sometía, pero mi garganta no funcionó y en ese instante ella no lo necesitó.

Después de largos minutos en esa especie de burbuja perfecta, corrimos a la farmacia a por una pastilla del día después. Entonces volvimos a la pista y patinamos sin reglas, ajenos a la tormenta que creé con mis acciones, porque lo único que logré fue hacerle la vida más imposible a ella.

Ojalá la hubiera embarazado, eso habría sido mucho más fácil a los meses de infierno que siguieron, pero Cecilia Payne era la mujer más fuerte que conocía.

A pesar de todo, cumplió con su palabra y ganamos el *World Juniors*. Lo siguiente que pasó fue que me convertí en la pareja de Madeline y una compañía contrató a Eli para que hiciera un tour de charlas motivacionales. Firmó un contrato por dos años, ni un segundo más, porque lo que Eli de verdad deseaba era comprar la pista de patinaje y administrarla.

No comprendí sus palabras en aquel momento, incluso me sentí dolido y traicionado por un largo tiempo. Tuvieron que pasar dos años para internalizar el significado de sus palabras y acciones. Mi mejor amiga me amaba tanto como para hacerse a un lado y permitir que yo continuara mi camino.

En nuestro círculo aseguraban que yo tenía un futuro prometedor en el deporte. Pero al llegar a las Olimpiadas no existía ninguna emoción en mí, era un trámite más. Tal vez por eso Madeline y yo terminamos en la posición diecisiete, aunque nos insistieron en que era un buen lugar y que en las próximas podríamos acercarnos muchísimo al podio.

Sin embargo, reaparecí un miércoles a las seis y media de la mañana en la vida de Eli y ya no me fui. Ni de la pista, ni de su piso. Un par de meses después volvimos a ser socios cuando invertí todo mi dinero para abrir una segunda pista en la misma calle. En una practicaban los atletas y se reservaba un día a la semana para los niños discapacitados, en la otra se celebraban cumpleaños y estaba abierta al público en general.

Nos convertimos en compañeros laborales y nada más. Ambos manteníamos nuestra vida amorosa separada. No me quedaba duda de que Eli me amaba, pero jamás fue de manera romántica. Incluso ella fue la

primera en apoyar mi relación con Ashley. En el tiempo que teníamos juntos las consideré amigas, no las mejores, pero creí que el respeto era mutuo.

Viví engañado durante un año, mas no en los últimos seis meses.



Alexander

Entramos a la boutique en el mercado Byward y los dueños se acercaron a nosotros para saludarnos. Eli fue quien me enseñó a comprar allí. El espacio era pequeño y masculino, con paredes de ladrillo y muebles de madera fina. Pero eso no significaba que tuvieran una selección limitada. Al contrario, su inventario era de excelente calidad y la atención, personalizada.

Dejé que Eli se sumergiera entre los percheros colgados de la pared y caminé hasta la barra donde estaban los zapatos. Todavía me preguntaba por qué la encontré apartada en el restaurante como si fuera una extraña y no la mujer que más admiraba, que me enseñó una ética de trabajo inquebrantable y a la vez me mostró que se podía romper con las ataduras.

Sonreí cuando la escuché dar órdenes sobre el color y el tamaño de las camisas y los pantalones, además de reclamar con sutileza que la calidad de algunas telas era inferior. Con ella todo era así de fácil.

Saqué el teléfono del bolsillo y volví a marcar a casa, pero mi madre no respondía. Desistí, sabía que si había una emergencia con Isa sería el primero en enterarme. Ignoré los más de ciento cincuenta mensajes de Ashley pues tenía muy claro que lo único que encontraría serían insultos y exigencias.

—Alex, la ropa ya está en el probador. Te escogí una chaqueta nueva porque podrías necesitar algo formal.

Eli se detuvo junto a mí y metí el teléfono al bolsillo.

—Lo que hayas escogido está bien por mí. Vamos a pagar.

Cuando intenté alejarme, ella extendió la mano y me retuvo por el codo. Por suerte, su rostro estaba más a la derecha de lo necesario y sus ojos no estaban fijos en los míos. Sin importar que no pudiera verme, siempre rehuía de su mirada cuando pretendía ocultarle mis sentimientos más recónditos.

—Sabes que estoy aquí para ti, ¿verdad?

—¿Me vas a decir por qué querías escapar en el restaurante? —Por un microsegundo abrió los ojos de forma desmesurada, aunque se recompuso con facilidad. Me gustaba saber que todavía podía sorprenderla y que de verdad la conocía bien—. Sí, eso pensé. ¿Sabes por qué mi madre e Isa se fueron?

—La señora Price creyó conveniente que Isa descansara. El día de mañana será desgastante para ambas.

Podría creerle, mi madre actuaría de ese modo, pero la tristeza que se apoderó de ella me reveló que había algo más. Tragué para eliminar el sabor amargo en mi boca. Levanté la mano y rocé primero la mejilla y después el contorno de sus ojos. Mi corazón dio un vuelco, pues no se sobresaltó con mi caricia.

Si no le pedí que me acompañara antes fue porque Isa y ella tenían su día de chicas. Eli compró varios estuches de maquillaje y algunos adornos para el cabello. Por supuesto que nuestras madres decidirían qué tonos combinarían, mas eso no sería impedimento para que se divirtieran. Planearon hacerlo ese día porque al siguiente debían seguir los requisitos de Ashley para el cortejo nupcial.

—¿Vamos a pagar?

—Sí.

Salimos del local en silencio. Dejamos las bolsas en el automóvil para entonces recorrer el mercado. Mantuve las manos en los bolsillos, pues Eli

conocía muy bien la zona y no necesitaba mi asistencia debido a que durante mucho tiempo estuvo en terapia de percepción espacial. Eso no significaba que no deseara tenerlas entre las mías, pero ella siempre respetó que fuera un hombre comprometido.

Nos detuvimos por una hamburguesa porque sabía que ella no probó bocado en la comida. La furia todavía corría por mis venas ante la insensibilidad de Ashley al escoger ese lugar, era como si lo hubiera hecho para que Eli no me acompañara. Inspiré profundo, quizás los nervios de la boda afectaban a mi juicio.

Después de una hora en la cual compartimos un *gelato*, entramos a la tienda de moda donde Eli compraba su ropa. Siempre hacíamos ese recorrido, primero algún atuendo para mí y después varios para ella.

Reí cuando caminó hasta los percheros mientras los dueños nos saludaban y le hablaban de lo nuevo para la temporada. La música era dulce y el olor, placentero, como la ropa recién salida de la secadora. Y lo más importante: la iluminación empotrada le permitía a Eli ver sin ser deslumbrada.

Me sentaría y la vería danzar de un lado al otro, pero la prenda en uno de los maniquís llamó mi atención. Me acerqué y extendí la mano para acariciar la tela. Era muy suave al tacto, tal y como le gustaba a ella. Además, la silueta era perfecta, ajustada de pecho y suelta en las caderas.

—Esto me encanta.

Me giré para percatarme que cargaba con un pantalón y varias blusas entre las manos. Iban desde el extrapequeño al extragrande. Llevé los dedos a la frente y la masajee unos segundos, una sonrisa sincera curvaba mis labios. La realidad era que ella era un desastre con los tamaños, los colores, los patrones y los precios.

Una vez, cuando teníamos dieciocho, llegué a su piso y la encontré junto a la señora Payne con una lista extensa sobre qué le gustaba y qué no. Solía revisarse cada tres años y la ayudaba a tener un poco de libertad.

—El pantalón es militar.

Eli arrugó la nariz. Solía escoger la ropa por la suavidad y la textura. Si además incluía brillo era un total acierto porque era lo único que podía ver.

—Entonces ese no. ¿Qué haces? ¿No estabas en el sillón?

—Solo miro.

—¿Te gusta lo que ves?

Por más que me lo prohibí, recorrí con los ojos hasta el último centímetro de su cuerpo, deteniéndome en cada una de sus suaves curvas. Mi virilidad reclamó mi falta de valentía para volver a sentir ese calor tan avasallador y la sedosidad de su interior.

—Mucho. —Distraído jaloneaba mis labios.

Ella giró y quedó frente al maniquí. Mi rostro estalló en una sonrisa porque sabía lo que sucedería. Inflé las mejillas, pues solo ella era capaz de causar esa disparidad de sentimientos a la vez, de lo primitivo a lo más dulce y todo lo que existía en el medio.

—¿Me lo pones en el probador? En talla cuatro, por favor.

—Sí, Hollywood, talla cuatro.

El rostro de Eli se coloreó de un hermoso rosa. Abrió la boca y la cerró de golpe. Entonces giró con los hombros rígidos y un delicioso puchero en los labios. En dos zancadas la tenía entre mis brazos. Levantó la mano y me dio una palmada en las mías, y como había un espejo a unos metros de nosotros pude ver la sonrisa pícara en sus labios.

Eli amaba *Maniquí 2*, pues fue la última película que vio antes de quedar por completo ciega. La vimos juntos en incontables ocasiones, le narraba las escenas y su rostro se iluminaba cuando las recordaba. Era un ñoño de primera, lo sabía. ¿Qué hombre pasaría los mejores momentos de su vida con una película tan mala? ¡Lo peor era que se convirtió en la favorita de Isa también! Estaba condenado. Sin embargo, ese recuerdo tan entrañable fue el que nos ayudó a tomar con humor esos instantes en los que Eli hablaba con objetos, pues ella percibía una sombra y por la forma creía que era una persona. Esos momentos la avergonzaban y yo intentaba hacérselo más ligero.

Ella salió del probador con una sonrisa enorme, dio varios saltitos y giró mientras aplaudía. Me mordí los labios y sabía que mi rostro resplandecía.

—Creo que tendré que llevarlo al sastre, pero ¿qué te parece? —Colocó la mano en el hombro e intentó acomodar la prenda.

Me acerqué a ella, solo le molestaba por estar mal abrochado. Los botones tipo perla que se cerraban con un diminuto pedazo de hilo le causaban problemas siempre. Llevé las manos, que por algún motivo estaban temblorosas, a la primera pieza.

Tuve que forzarme a mantener la calma ante la cremosa piel al descubierto, el subir y bajar sereno de su pecho y el discreto encaje que

adornaba sus senos. Con una lentitud lacrimógena los coloqué en sus respectivos ojales.

Era el *jumpsuit* que le escogí. Pocas veces era yo quien elegía algo para ella, y que le gustara me hacía sentir especial. Una silueta simple en satín y organza blanco. Lo que lo hacía resaltar era ese aire etéreo de la tela que le otorgaba movimiento y coquetería. Eli lucía deslumbrante.

—Siempre tengo que hacer esto por ti.

—Ahora lo hará mamá.

Un estremecimiento me recorrió de los pies a la cabeza. El peor frío que he sentido en mi vida era dueño de mí. Al siguiente día solo podría abrocharle las blusas a Ashley, pero ella no querría, pues era demasiado orgullosa para eso. Con Eli no lo hacía muy a menudo, quizás una vez o dos al mes —tal vez no tanto—, pero era uno de esos momentos agradables. Eli se sentía torpe y avergonzada y yo hacía cualquier estupidez para superarla.

Giró, ajena a la revolución en mi cabeza. Tragué con dificultad, pues, no sería al siguiente día, pero estaba seguro de que muy pronto sería otro quien abrocharía sus botones, quizás con más mimo que yo.

El fuego corrió por mis venas y el vértigo se apoderó de mí. «¿Cómo mi vida se jodió en las últimas veinticuatro horas?».

Volví a mirar el teléfono cuando me avisó de otra notificación. Ashley exigía verme, quería hablar de Isa.



Alexander

Guardé el teléfono tras un suspiro. Esa era la primera vez en meses que veía a mi mejor amiga fuera de horas laborables. Siempre que hacíamos planes y se lo comentaba a Ashley, intervenía y debía cambiarlos en el último segundo. Al principio no me molestaba porque incluía a Isa, y mi hermana era tan importante para mí como lo era Eli. Pero necesitaba un respiro y dos horas no eran suficientes.

Caminé hasta mi amiga, quien se retiró para darme privacidad. Ella no podía leer los mensajes, pero era una cuestión de principios, de ser consciente de que por más cercana que fuera nuestra relación, yo tenía derecho a tener intimidad. Y era algo que Ashley no comprendía.

Esperé a que Eli terminara de pagar sus compras para darle la noticia. Era un proceso lento porque le describían el artículo y le daban el precio. Si Eli estaba de acuerdo, procedían con la transacción. Nunca me importó, podrían tardarse veinticuatro horas y yo esperaría gustoso. La vería sonreír,

desenvolverse con naturalidad y entusiasmarse por algo tan sencillo como que una blusa fuera plateada.

Solté una bocanada de aire cuando la vi acercarse a mí con las bolsas entre las manos. Me pregunté por qué Ashley no podía ser un poquito como ella.

—Era Ashley, quiere verme. Eso es bueno, ¿no?

—Sí, lo es.

Una vez más percibí su reticencia y otra vez me pregunté qué sucedió. ¿Por qué mi madre se llevó a Isa de la comida? Quería que las tres me acompañaran en ese momento.

Eli extendió la mano, al chocar con mi hombro le fue fácil llegar hasta mi cabello para cepillarlo con los dedos. En cuanto terminó, las bajó hasta la corbata y ajustó el nudo con una delicadeza reconfortante.

—Ustedes se aman, solo estará disgustada por lo del traje.

Sus ojos estaban desviados unos centímetros a la derecha, por lo que la sensación de ahogo era menor. Porque en el instante en el que sus ojos encontraran los míos, la debilidad se apoderaría de mí y le confesaría lo que ocurría.

—Soy el mismo, Eli. Aunque mi chaqueta cueste cientos de dólares menos que la que ella pretendía que usara.

Ella se colocó las manos en la cintura. Se veía tan adorable como amenazante, pues sabía lo que seguiría.

—Era un día especial, Price. Los dos debían lucir bien.

—Te prometo que no tardaremos. —Apreté tanto la mandíbula que un dolor agudo se apoderó de mi rostro.

No utilicé el maldito traje porque Ashley no fue quien lo escogió y sin embargo, aparentó que sí. Llevaba tiempo insistiendo en que cambiara de tienda. La tela de esos trajes era rígida y me provocaba comezón, pero eran de marca y solo por eso ella los consideraba superiores.

La semana pasada llegó con una bolsa de esa tienda exclusiva y me mostró el traje. Reconocería las elecciones de Eli hasta con los ojos vendados. Ashley no solo me mintió, sino que utilizó a mi mejor amiga para su conveniencia.

—Tomaré un taxi.

El fuego volvió a correr por mis venas y se me aceleró el pulso ante sus palabras. Anhelaba pasar ese día con ella, tener tranquilidad unas horas antes de dar el sí y acabar de joder mi vida. Desearía tener la fortaleza que

Eli tenía, pero mis opciones eran reducidas. Tuve fe de que con Ashley tendría un respiro y que podría compaginar lo que más amaba, pero fui un iluso al pensar así, pues desde muy joven era consciente de la elección a la que sería sometido. Y mientras más se acercaba la fecha, más buscaba la soledad. Intentaba encontrar la solución, aunque no existía.

—Viniste conmigo y te irás conmigo.

Eli negó con la cabeza. A esas alturas del día mis músculos se sentían agarrotados como si hubiera levantado peso en exceso en el gimnasio. Mi interior gritaba, si bien la voz que escuchaba era ronca y parecía fatigada.

—Debería ser más importante reconciliarte con ella.

—A partir de mañana tendrá veinticuatro horas para discutir conmigo.

Contuve el aliento y cerré los ojos, decepcionado de mí mismo. Mi batalla era privada y nadie más podría lucharla por mí. Era vergonzoso y nadie lo comprendería.

Eli tiró la cabeza atrás mientras parpadeaba con rapidez.

—¿Discutir?

Se me alteró la respiración. Eli lo sabía, no tenía dudas al respecto. Y la amé todavía más, pues fue la única que se percató. Lo que demostraba que no por perder la visión te convertías en ciego para lo que te rodeaba y las personas que amabas.

—No sucede nada, cariño.

—Alex... —dijo con voz ahogada.

Dio un paso y extendió los brazos con la intención de tocarme, quizás para enfrentarme. Me adelanté, pues se encontraría con el subir y bajar descompasado de mi pecho. Tomé una bocanada silenciosa y lo expulsé con lentitud para obligar a mi voz a sonar con normalidad. Entrelacé nuestras manos y le dejé un beso suave en las palmas.

—Solo estoy molesto, Eli. Ella se fue con sus amigas una semana y yo no la interrumpí en ningún momento. Este día era para nosotros y ella cambió la comida del ensayo de la boda. Yo solo le pedí un día.

Retiró las manos de entre las mías y se llevó una al cuello, aunque la dejó caer de inmediato.

—Alex, *baby*, no hay un «nosotros». Ya ni siquiera en la pista. —Guardó silencio durante unos segundos, como si la emoción le ganara—. A partir de mañana Ashley será tu esposa, a ella es a quien le contarás todo. En unos meses te habrás olvidado de mí.

Se me humedecieron los ojos porque eso era lo que sucedería con exactitud. No tendría secretos con mi esposa porque ella jamás lo permitiría. Así como también pretendería borrar a Eli de mi existencia. Quizás lo lograría en lo físico, pero Cecilia Payne había bailado junto a mi alma y se deslizaba a gusto en ella. Esa era la pista donde se movía con total libertad, ella era la dueña y nadie la desterraría de allí.

—Escucharé lo que tiene que decir y nos iremos.

Aferré su mano con la mía. No sabía si lo hice para hacerle entender que la necesitaba a mi lado en ese instante, o porque creía que me lo decía porque ya no quería estar junto a mí, y yo no estaba listo para ello.



Alexander

La sonrisa se borró del rostro de Ashley en cuanto vio a Eli junto a mí con nuestras manos entrelazadas, pues era la primera vez que ella estaba allí. Estábamos en la zona residencial de Nuevo Edimburgo, al este de la ciudad. El área se caracterizaba por las casas de lujo como la de la familia Smith, que tenía terminaciones en ladrillos gris con techo de ángulo obtuso y grandes ventanales. Las siete habitaciones interiores rezumaban modernidad.

Ashley levantó el brazo y señaló el automóvil como si pretendiera que mi mejor amiga se quedara fuera. Negué con la cabeza mientras tensaba mi cuerpo para que permaneciera estático y no delatar algún movimiento, detestaba la comunicación no verbal frente a Eli y Ashley lo sabía. En ese instante escuché:

—Eli, cariño, qué gusto verte. Me siento honrada con tu presencia, como nunca visitas a nadie. —Su tono era socarrón.

—Yo solo voy donde se me invita. Pero eres muy amable, Ashley.

Bajé la cabeza y me masajee las sienes con una sola mano. Intentaba borrar la sonrisa que se había adueñado de mi rostro. No obstante, Ashley haló a Eli hacia el interior de la casa sin informárselo primero, por lo que sentí cómo mi mejor amiga se aferraba a mi mano.

—No hay necesidad de ser hostiles. —El rostro de Ashley se contrajo y su voz sonó ahogada. Mi estómago dio una voltereta. Esperaba que no se le ocurriera hacer una de sus escenitas frente a mi mejor amiga.

—Hablar con la verdad no es ser hostil.

Eli se detuvo en seco, por lo que Ashley se vio obligada a soltarla. Mi amiga estaba ahí porque no le había dado otra opción, por eso no fue más allá de la puerta.

Miré a Ashley con los ojos bien abiertos, un sabor amargo en la boca y los hombros rígidos para advertirle que no toleraría sus actitudes. Tenía la convicción de que, una vez más, había caído en una de sus tretas.

Ella entrelazó nuestras manos y unió nuestros labios en un beso que no correspondí. Ashley hizo un puchero con la boca que en cualquier otro momento me parecería hermoso. En ese instante la señora Smith, su madre, salió de la sala. Al verla me podía hacer una idea bastante fiel de cómo sería Ashley cuando tuviera su edad: era una señora elegante y muy bien conservada.

Ella y mi mamá fueron amigas en la universidad, perdieron el contacto por un tiempo, pero se reencontraron a través de las redes sociales hacía dos años. Según ellas, Ashley y yo nos conocimos cuando fuimos niños, aunque yo no lo recordaba. E insistieron en que volviéramos a vernos. Su insistencia fue tanta que al final aceptamos. Seis meses después le pedí a Ashley que fuera mi novia. Era una chica muy atenta, siempre solía adelantarse a mis necesidades. Además, le gustaba aparecerse por la pista en el momento menos indicado, dedicarme una de esas sonrisas tan angelicales y raptarme para comer en algún lugar apartado.

—¿Ya le dijiste?

Ashley pretendió alejarse de mí, pero le sujeté la mano y fijé la mirada en ella.

—¿Qué? ¿Decirme qué?

Ashley pareció perder el color del rostro y hasta se quedó sin palabras por un instante. Fruncí el ceño y me humedecí los labios. Esa actitud no era normal: ella siempre era altiva y confiada, a veces demasiado. Se forzó a hablar una vez más, con una sonrisa incierta.

—Escucha, cielo. No lo sabes porque llegaste tarde, pero Isa...

—¿Qué sucede con ella? —la interrumpí con el corazón apretado.
«¿Qué podría saber ella de mi hermana que yo no?».

—Es una malcriada.

Cerré los puños, el calor era dueño de mis mejillas. La señora Smith no tenía ningún derecho a hablar así de Isa. Esperaba una muy buena explicación, aunque nada podría justificar sus palabras.

Mi hermana era la niña más maravillosa del mundo, siempre tenía una sonrisa en los labios y la alegría a flor de piel. Tenía doce años, pero la condición de perlesía cerebral la mantenía como si tuviera siete. Ella era mi pequeña guerrera y mi segundo ejemplo a seguir. La amaba tanto que renuncié a Eli para poder seguir junto a ella. Temía perderla. En realidad, también me aterrorizaba alejarme de mi amiga, pero ella era adulta y encontraría un hombre que la amara... Uno que no estuviera tan atado como yo, quizás uno más valiente. Mi hermana no tendría esa oportunidad, pues ella siempre sería una niña. Y yo tenía a Ashley, una mujer que se preocupaba por mí, a veces en exceso, mas no tenía derecho a quejarme.

—¡Mamá, déjame a mí! —Ashley acunó mi mentón y me obligó a mantener la mirada fija en la suya. Dejó una lluvia de besos en mi rostro y buscó mis labios otra vez. Permití que lo hiciera, pues sabía que debía evitar una discusión, si no jamás descubriría qué había sucedido durante mi ausencia—. Tu hermana es maravillosa y sabes que la amo con locura, pero las bodas son apoteósicas y ella necesita un ambiente tranquilo.

Negué entre sus manos. La señora Smith se retiró.

—No entiendo de qué hablas.

Ashley respiró profundo, en sus labios apareció una sonrisa que me pareció incierta. Quería mantenerme tranquilo; tal vez pretendía reconfortarme, si bien un dolor agudo se instaló en mi estómago y no estaba seguro de que fuera a sentir alivio pronto.

—Creo que será mejor que mi sobrina sea nuestra paje.

Por un segundo parecía que el suelo hubiera dejado de existir bajo mis pies. En mi boca, algo fétido me asfixiaba. Mi hermana, la niña que solo le daba amor a las personas, la que me obligó a comprarle flores todos los días porque quería practicar para que su hermano estuviera orgulloso de ella. ¡Mi hermana! Y la mujer con la que me casaría pretendía reemplazarla.



Alexander

—Isa está muy entusiasmada con la boda. Todos los días pregunta cuánto falta para usar su vestido nuevo.

Me obligué a hablar con tranquilidad. Ashley me lo explicaría, debía ser una confusión.

—Y puede usarlo, cielo. Te amo.

Me rodeó el rostro con las manos una vez más y me dejó en la comisura de los labios besos dulces y tiernos. Ashley parecía serena mientras yo me sentía sucio como si acabara de revolcarme en el lodo.

—¿Por qué haces esto?

Ella deslizó los dedos en mi cabello, incapaz de comprender cómo me sentía.

—Llegaste tarde a la comida de presentación, por eso no sabes que comenzó a gritar sin ningún motivo. Todos nos sentíamos muy angustiados. Mi familia solo quería orar por ella.

Me alejé como si acabara de prenderme fuego. Observé a Eli quien había estado guardando silencio en todo momento. A ella no la tomaba tan desprevenida como a mí lo que sucedía. Sin embargo, me percaté de cómo enderezó los hombros y se plantó firme, un gesto que solo hacía cuando necesitaba mostrarse estoica ante los demás, aunque por dentro muriera.

—¿Ellos qué?

Llevé una mano a la cintura, giré a la izquierda y de inmediato a la derecha. Con la otra mano me estrujé la boca. Debía ser una pesadilla, de seguro me quedé dormido mientras Eli hacía sus compras. O tal vez se trataba de una broma, algunas personas tenían un humor así de perverso.

Ashley me tomó entre los brazos para abrazarme y cada músculo de mi cuerpo se puso en alerta. Me dedicó una sonrisa angelical, como si no acabara de alterar mi mundo y como si su propuesta fuera una solución sencilla.

—Quiero que todos lo pasen bien en nuestra boda, integrados como una sola familia... Y sabes que las personas suelen ser crueles. No deseo eso para Isa. Ella me importa y te amo. Estará más tranquila si no tiene la atención fija en ella. Lo hago porque te amo, cielo. Lo celebraremos con ella en privado.

Bajé la cabeza y masajéé mi frente. Lo menos que deseaba era que mi hermana fuera juzgada por desconocidos. Cuando le pedí a Ashley que Isa tuviera un rol más importante en la boda fue porque quería tenerla junto a mí. Nos hacía ilusión verla desfilar por el pasillo de la iglesia. En el ensayo no podía parar de sonreír por verla, tomada de las manos de Eli y ambas comportándose con extrema propiedad. Jamás imaginé que mi deseo podría causarle algún mal a mi hermana. No quería que nadie la observara con lástima. Sabía que Ashley tenía razón, las personas eran crueles ante lo desconocido. Yo mismo utilicé esas palabras con ella en incontables ocasiones.

—Yo... Yo...

Estaba aletargado. Era como si deseara zarandear a Ashley y a su madre, pero los músculos no obedecían las órdenes de mi cerebro, pues no había nada que reprochar.

—Si tú hubieras estado, cielo, tu hermana se habría quedado tranquila. Mi familia jamás iba a lastimarla.

Observé a Eli, me fijé en su cuerpo, que mantenía la postura correcta como si se le requiriera hacer un triple salto, el movimiento que más se le

dificultaba por su falta de balance. Tal vez también me reclamaría. «¿Por qué me puse los patines?».

—Si Isa no va a participar del séquito, yo tampoco lo haré.

La revoltura en mi estómago apenas me permitía respirar. Intenté acercarme a ella, pero Ashley me rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Eli...

De algún modo alguien me arrancó las vísceras después de ese golpe. Le consentí a Ashley todo para que permitiera que mi hermana y Eli estuvieran en el cortejo nupcial. Y en el último minuto, por una decisión errónea por mi parte, ellas no estarían.

—No, Alex. Sabes que solo participaría por Isa. Si ella no va a estar, no es necesaria mi presencia. Ustedes son maravillosos juntos y merecen una boda perfecta.

Ese era el objetivo de Ashley: obtener un diez en la calificación de día perfecto. Todos luciríamos impecables para las fotografías de la sesión de sociedad de las revistas. El reportaje diría: «Como en un cuento de hadas, la *socialité* Ashley Smith encontró a su alma gemela en la pista de hielo. Aunque en esta ocasión fue la princesa quien rescató al apuesto patinador».

—Eli...

Mi voz no funcionaba, tenía un nudo en la garganta y sentía el pecho oprimido. Fallarle a las dos de ese modo era inconcebible para mí. Por un segundo, Eli me dedicó una sonrisa. Tenía las manos una encima de la otra en una postura grácil, la misma que utilizaba frente a las personas que la juzgaban. Me pregunté si había sido así durante el último año y medio.

—Ashley ya lo dijo, lo celebrarán en privado con Isa. Será igual de especial, estoy segura. —Eli volvió a sonreír antes de decir—: Debo irme.

Fruncí el ceño, ella ni siquiera sabía dónde nos encontrábamos. Me sería imposible darle la dirección al transporte privado. Intenté acercarme, pero Ashley seguía pegada a mí, me besaba el cuello y la oreja. Y me hundía cada vez más en la inmundicia, mas era incapaz de reaccionar.

—Pero viniste conmigo.

El pánico se apoderó de mí. En cierto punto era irracional, pero estaba conmigo y deseaba creer que ella comprendía el querer proteger a mi hermana. Y solo podría hablarlo con ella.

—Señor Price, ¿de pronto debo recordarle que puedo valerme por mí misma?

Me quedé paralizado por su respuesta. Yo no pretendía... Escuché una risita a mi lado y Ashley se aferró a mí.

—Alexander, cielo, ¿la boda te tiene tan nervioso? No puedes retener a Eli contra su voluntad.

Mis ojos se desorbitaron mientras observaba a Ashley. Mi intención jamás fue la de retenerla. Me sentía perdido, sin saber muy bien cuál debía ser el camino a tomar. Necesitaba el consejo de mi mejor amiga. Ella era la única que me podía dar claridad.

—Eli, yo...

Ella volvió a dedicarme una sonrisa, aunque la tristeza estaba dibujada en sus facciones. Su rostro se encontraba solo unos centímetros a la derecha, y por eso sus ojos no podían fijarse en los míos. Ese día ansiaba que mi mejor amiga fuera capaz de ver a través de mí, pero al parecer eso nunca sucedería.

—Eres su hermano y ella haría lo que sea por ti, incluso ceder su lugar en tu propia boda.



Alexander

Eli se fue. Quería ir tras ella, pero no deseaba imponerme. Ashley volvió a recordarme que a partir del siguiente día ya no estaría para ella. La mujer con la que me casaría aseguraba que Eli lo entendía y se cuestionaba por qué yo no.

Me quedé junto a Ashley cerca de treinta minutos, aunque cuando no lo soporté más utilicé la excusa de que los novios no debían verse durante las veinticuatro horas anteriores a la boda.

Subí a mi automóvil y recorrí la regional diecinueve de ida y vuelta. Eran menos de cinco kilómetros, pero estaba tan distraído que los giros en U los hice en automático. La carretera estaba tranquila y los árboles en el borde de las aceras me ofrecían la serenidad que tanto anhelaba. Mi interior era un cúmulo de emociones confusas. Me preguntaba cómo le pediría a mi hermana que cediera su lugar en la boda.

Sabía que Ashley tenía razón, que cuando le pedí que Isa fuera parte del cortejo nupcial no pensé en que las personas que la observarían, la

juzgarían. Tuve que recordarme que nuestros invitados eran más de quinientos y que a la mayoría de ellos ni siquiera yo los conocía. No podía exponerla de esa forma... Era un terrible hermano.

El teléfono sonó con una notificación: Eli ya estaba en casa. Solo entonces giré a la derecha para dirigirme hacia el área residencial Vanier donde se encontraba el piso de mamá e Isa. Esa zona era mucho más modesta y las carreteras estaban en pésimas condiciones. Me detuve en un *bungalow* blanco con techo a cuatro aguas, apagué el motor y descansé la cabeza sobre el volante. No sabía cuánto tiempo había pasado así, pero no levanté la cabeza hasta que escuché que alguien golpeaba la ventanilla. Tomé una bocanada de aire y me obligué a salir.

Mamá metió las manos dentro de los bolsillos de su viejo abrigo. Sin maquillaje, las ojeras bajo su mirada café se veían prominentes.

—Sabía que vendrías.

Asentí mientras tragaba el sabor amargo de mi boca.

—Debiste responder a mis llamadas.

Ella me observó por encima del hombro como alguien que pensaba tener la verdad en sus manos. Ya sabía lo que me diría porque era la misma discusión de siempre. Jamás cambiaría de opinión, pues su mente estaba cerrada y no podríamos ser más diferentes. Si mis rasgos no fueran tan idénticos a los de mi padre y no supiera que fueron novios desde la secundaria, me preguntaría si era adoptado —aunque alguna vez lo hice—.

—Tu hermana no es tu responsabilidad. —Me llevé las manos a las caderas y tiré la cabeza atrás un segundo. En otro momento el cielo estrellado me hubiera parecido hermoso, si bien era algo imposible cuando estaba junto a la mujer que me dio la vida—. Tu esposa no tiene por qué ser su amiga.

Su intención siempre fue que me olvidara de ellas, que yo debía hacer mi vida y dejar a mi hermana en la cama, que así ella era feliz. Ese era su mantra.

—Isa es mi hermana, pero también mi amiga, mamá. Y para mí sí es importante que la mujer que yo ame le ofrezca respeto, que la trate con dignidad.

El rictus en su rostro demostró lo que era evidente: detestaba mis palabras y mi osadía de decirlas en voz alta.

—Es Cecilia quien habla a través de ti. Esa mujer tiene demasiada influencia sobre ti.

Sonreí con cierto sarcasmo. Mi madre tenía una forma muy extraña de valorarme. Era demasiado bueno para ser el compañero de patinaje de Eli, pues ella me detenía. Sin embargo, mis opiniones y posturas le parecían las de un pelele.

—No, mamá. Este soy yo exponiéndote lo que creo y lo que siento. — Una lágrima salpicó mi mejilla—. Mi hermana y mejor amiga quedaron excluidas de mi propia boda. Dos de las mujeres más importantes para mí no estarán en el día que se supone que debe ser el más especial de mi vida.

Desvió la mirada y se acomodó en el abrigo.

—Tienes que aceptar...

Me mantuve firme a pesar de que ella me evadía.

—No, no tengo que hacerlo, mamá. Tu rabia contra Eli es porque ella obliga al mundo a darle su espacio. Cada gramo de independencia que ha obtenido ha sido con lágrimas y sangre.

Mamá palideció, aunque logró recuperarse con rapidez. Levantó la cabeza desafiante y enderezó los hombros.

—A cambio de la tuya.

Volví a reír sin humor. Otra vez constataba que ella jamás cambiaría.

—Tú nunca vas a comprenderlo, mamá. Pero no por eso te amo menos.

Entré a la casa y caminé hasta la habitación que mamá compartía con mi hermana. Me senté en una esquina de la cama y le acaricié el cabello castaño y suave a Isa. Ella me dedicó esa sonrisa hermosa que tenía mientras mantenía los diminutos puñitos cerrados por la espasticidad en sus músculos.

—¡Ale!

Me impulsé en la cama para tomarla entre mis brazos. Volví a sentarme con ella en mi regazo. Con el brazo le rodeé la espalda para mantenerla pegada a mí, pues era incapaz de sostener su torso; era muy larga, ya le faltaban pocos centímetros para alcanzar el metro sesenta de mamá. Sus piernas y brazos eran muy flaquitos, pues no tenía masa muscular.

—Hola, nena linda.

La sujeté durante un largo tiempo, asegurándome de mantener mi agarre delicado para no lastimarla. Observé cómo jugaba con su tableta especial. Me obligué a hablarle, no quería tener secretos con ella.

—¿Hoy fue un día difícil?

—Sí. —Su voz sonaba pequeña.

Acomodé un mechón de cabello mientras tragaba con dificultad.

—Pero tú sabes que ellos están mal.

Ella asintió mientras deslizaba los deditos por la pantalla del aparato para hacer música. La melodía era una de las tantas que Eli y yo usábamos para nuestras presentaciones.

—Isa, linda, no... —Mi voz se quedó atascada y los latidos de mi corazón se dispararon. Aclaré el nudo en mi garganta antes de continuar—: No vas a participar en la boda.

Ella siguió tocando, aunque falló en una nota.

—¿Flores mal?

Se me humedecieron los ojos, pues ella pensaba que había hecho algo malo.

—No, linda. Jamás existirá una niña mejor que tú para lanzar las flores.

Ella volvió a asentir con cierta dificultad.

—¿Ir?

—¿Que si puedes ir a la boda? —El movimiento de su cabeza me hizo entender que eso era lo que me preguntaba. Me aclaré la garganta otra vez —. Solo me casaré si tú estás conmigo.

Ella volvió a su juego, aunque minutos después dijo:

—¿Eli?



Alexander

Otra vez debía aclararle a Isa que mi matrimonio no era con Eli, aunque se lo explicaría después. Ella lo que deseaba era ver a su amiga, a la mujer con la que más cómoda se sentía. Y yo no quería acabar con todas sus ilusiones esa noche. Si era cierto que gritó en la comida, debió sentirse amenazada y asustada. La familia de Ashley era extraña para ella, pues solo conocía a mi prometida y a sus padres.

Mamá e Isa dejaron de ir a restaurantes porque nos movían de mesa —a veces hasta en tres ocasiones en la misma comida— ya que la silla de ruedas impedía el paso fluido de los camareros. Tampoco iban al supermercado, pues las personas solían pasar sobre el cuerpo de Isa para alcanzar los productos, incluso una vez le dejaron caer un par de latas encima. Y aunque sus hermanas invitaban a mamá a eventos familiares como cumpleaños, bodas y pasadías, ella rechazaba la invitación. Siempre solía suceder lo mismo que en los restaurantes: terminábamos debajo de las

bocinas del DJ o los niños se acercaban con curiosidad a hacer preguntas que le sacaban los colores a sus padres.

No juzgaba a mamá. Era difícil. Estuve en el psicólogo un tiempo cuando comencé a patinar con Eli. Fue una recomendación que le hicieron a la señora Payne y ella cubrió los gastos. En esas sesiones tratábamos esa dicotomía que se creaba en ti porque alguien a quien querías mucho recibía mayores atenciones, y a la vez te sentías como escoria por pensar así. La terapia me ayudó a aceptar y amar a mi hermana cuando nació pocos meses después de conocer a Eli.

Mi mejor amiga y yo solíamos llevarnos a Isa a la pista para que nos acompañara por horas. Eso le permitía a mamá trabajar a tiempo parcial y tener un respiro para sí misma. Solía caminar en el parque, leer algún libro e incluso ir a la peluquería con tranquilidad. Eli solía bromear con que quizás en ese tiempo salía con un pretendiente.

Recosté a mi hermana en la cama y me acerqué al closet para sacar uno de sus vestidos más bonitos. Regresé junto a ella, la vestí y la tomé entre mis brazos una vez más.

Salí de la casa mientras dejaba a mamá con la displicencia dibujada en sus facciones. Coloqué a Isa en el asiento protector, que ya comenzaba a quedarle pequeño, y le ajusté los cintos de seguridad. Tendría que empezar a ahorrar para comprarle uno nuevo que fuera recetado por su fisiatra.

Rodeé el vehículo, subí y lo puse en marcha. En la radio sonaba otra de las canciones que Eli y yo utilizábamos en los programas. A Isa le fascinaban, aunque estaba seguro de que de tanto escucharlas, le eran familiares.

Después de diez minutos sobre la carretera regional diecinueve, giré a la izquierda para entrar a la zona residencial el Glebe. Cuando mi hermana estaba conmigo en el automóvil, me esforzaba en mantener la concentración y no permitía que mis pensamientos me distrajeran de su seguridad. Además, ir donde estaba Eli siempre era lo más fácil, pues era el lugar donde deseaba estar.

Giré a la izquierda en la Primera Avenida y metí el vehículo en la entrada de la cuarta casa a la derecha. Era una estructura pequeñita de dos pisos. El acabado era en ladrillo rojo y el techo, a dos aguas. En la parte superior se encontraban nuestras habitaciones con baño integrado y compartíamos un armario. En el primer piso estaban la sala de estar y la cocina. La casa fue reformada para crear un espacio abierto. El interior

estaba pintado de blanco en su totalidad y se añadieron varias ventanas para que la luz del sol entrara a toda hora. En el techo había iluminación empotrada, pues era la mejor para ella. Todo estaba predispuesto para que Eli pudiera ver y se moviera con facilidad. Era algo muy difícil de explicar, incluso para ella, a pesar de que se lo escuchamos a los doctores en incontables ocasiones. Era ciega, sí, pero era capaz de distinguir la luz. El dominio que tenía de la casa era maravilloso de presenciar.

A Isa le encantaba estar ahí, pues todos los objetos en la casa apelaban a sus sentidos: el aroma era siempre agradable, los cojines de los muebles eran peludos o tenían bordados intrínsecos o borlas, las paredes también estaban cubiertas con esos materiales. En nuestras habitaciones, contra las camas, había dos edredones con diferentes telas y texturas. El tema del mío eran los Raptors de Toronto, mi equipo favorito. Eli era quien siempre encontraba algo por internet sobre ellos y lo compraba para pegarlo a la tela, ya fuera una insignia, un grabado o un bordado. La suya estaba hecha de nuestros recuerdos: todos nuestros programas, un pedazo del uniforme que utilizamos, algún boleto, objetos que al tocarlos le permitían saber al instante en dónde competimos.

Bajé la silla de ruedas color rosa de mi hermana, la armé y abrí la puerta trasera del lado derecho para sacarla del automóvil.

—Ya llegamos, linda.

Ella me dedicó una sonrisa enorme.

—¡Eli!

Cerré la puerta y halé la silla los pocos metros que se necesitaban para subir por la rampa que daba acceso a la puerta de entrada. Antes eran escalones, pero Eli decidió hacer el cambio para que Isa tuviera accesibilidad.

Sostuve la silla con una mano y con la otra saqué la llave del bolsillo y la metí en la cerradura.

—Soy yo.

Caminé de espalda hasta meter la silla por completo y me impulsé en una pierna para cerrar la puerta.

—Me preocuparía si no lo fueras.

La voz de Eli se escuchó lejana, por lo que asumí que bajaba las escaleras. Sonreí ante su respuesta, cuando la verdad era que estaba triste pues al día siguiente debía dejar mi llave en el gancho de la entrada, ese ya no sería mi hogar... Y yo ni siquiera había hecho las maletas. Imaginaba

que en la madrugada agarraría un bulto cualquiera y echaría un par de mudas junto al conjunto que Eli me eligió en la tarde para salir hacia la luna de miel. Después me encargaría de recoger mis pertenencias y llevarlas a la casa que Ashley y yo alquilamos.

—Espero que estés decente, tenemos compañía.

—Entonces dame un segundo, estoy en *negligé*.

El gesto en mi rostro se amplió, pues jamás la vi en uno de esos. Ni siquiera sabía si tenía. Max, nuestro perro —un Parson Russell Terrier—, salió a mi encuentro. Meneaba la cola de un lado al otro y comenzó a dar vueltas como loco al ver que Isa me acompañaba.

Mi mejor amiga bajó el último escalón en el mismo instante en el que yo entraba a la sala. Me mordí los labios para contener la sonrisa que estalló en mi rostro, a pesar de que ella no podía verme. Llevaba puesto unos leggings negros con una blusa suelta de botones grandes en color crema.

—¡Eli! —Mi hermana soltó un grito de felicidad, uno que cualquier otra persona consideraría inapropiado.

El rostro de mi mejor amiga se iluminó al reconocerla. Comenzó a aplaudir y brincar de un pie al otro.

—Voy a por mi maquillaje.

Giró y corrió escaleras arriba. El «cuidado con los escalones» se quedó en mis pensamientos. Coloqué la silla de mi hermana en la esquina derecha de nuestro sillón, pues ese era su lugar. Teníamos dos divanes grises de terciopelo de felpa, así Eli se sentaría a la izquierda y yo a su otro lado.

Ella regresó con el estuche y tomó asiento. Agarró la base, se echó un poco en los dedos y extendió la mano hasta encontrar el rostro de mi hermana. Entonces la esparció con delicadeza. Cuando terminó, colocó el bote en el lugar exacto de donde lo sacó y cogió el rubor.

Al acabar, ambas estaban maquilladas casi a la perfección. Eli giró hacia mi lado del sillón y pestañeó con cierta coquetería, e hizo con sus finos labios un diminuto puchero antes de dedicarme una gran sonrisa. Isa imitaba todos sus gestos.

—¿Qué piensa el jurado?

Tomé un palillo de algodón, me puse en pie y me incliné al mismo tiempo que levantaba el hermoso rostro de Eli con delicadeza y lo ladeaba para limpiar con suavidad el interior de su ojo, donde había un pequeño bulto de rímel.

Saboreé cómo su exhalación serena me entibiaba la mano. La forma en la que estaba casi por completo inclinado hacia ella y permanecía tranquila, abierta para mí... Sería tan fácil robarle un beso. Sostuve su rostro unos segundos de más antes de obligarme a recomponerme y alejarme.

—Están preciosas.

El rostro de Eli se iluminó por completo y mi hermana estaba eufórica. Eli la rodeó con el brazo y la abrazó con suavidad. Saqué el teléfono del bolsillo, deseaba capturar el momento.

—Estoy tan feliz de que vinieras a verme.

Sin embargo, el rostro de mi hermana demudó hacia la tristeza. Fruncí el ceño, pues no comprendía el cambio tan repentino. Bajé el teléfono, volví a sentarme junto a ella y la rodeé con el brazo.

—Eli, flores mal.

Me quedé paralizado, con la mirada fija en Eli. Percibí cómo mi mejor amiga contuvo el aliento por un segundo y se le humedecieron los ojos. Negó con imperceptibilidad, como si se regañara a sí misma, y dibujó una sonrisa en su rostro. Al parecer, recordó que yo seguía allí.

Un frío gélido me recorrió como un latigazo sobre mi espina dorsal. El pecho me subía y bajaba con violencia mientras mi garganta se cerraba, aunque sabía que no podía reaccionar así en ese instante. Debía asegurarle a mi hermana que ella no hizo nada mal, que... que...

—¡Oh, linda! Tú eres la mejor paje del mundo. —Eli tomó las manos de Isa con suavidad para ofrecerle confort—. No estés triste. En mi boda tú serás mi dama de honor. ¿Quieres?



Alexander

Estaba sentado en una de las bancas en la entrada de la pista en tanto Eli e Isa daban vueltas. Mi hermana gritaba, se carcajeaba y se agitaba en su silla. Volvía a estar feliz, mientras yo me consumía por dentro. Ya no sabía qué era lo correcto y qué no.

Mamá alguna vez me contó de cómo las personas se le acercaban para orar por mi hermana. Isa siempre lloraba, pues la oración comenzaba con gritos y terminaba con ellos. La intención de algunos debía ser buena, pero acercarte a un niño que no te conoce y gritar mientras lo tocas sin su consentimiento aterraría incluso a un adulto. Mamá también me habló de algunos que, al terminar, le aseguraban que cuando ella se arrepintiera de sus pecados, mi hermana se levantaría de su silla de ruedas y caminaría.

Yo jamás experimenté algo así. Nuestros amigos adoraban a Isa, incluso los que Eli y yo no teníamos en común. ¿Y el día antes de la boda descubría que la mujer con la que me casaría y su familia eran ese tipo de personas?

Siempre creí que le pondría un alto a una situación así y, sin embargo, dejé que Ashley me convenciera de que ellos eran los que tenían la razón y que mi hermana fue quien actuó mal. Permití que la echaran del puesto de paje en mi propia boda. A mi hermana... ¡Mi hermana! A quien conocía desde que nació y me acompañó en lo bueno y en lo malo, siempre con una sonrisa. La niña que removió la venda de mis ojos para que me convirtiera en el compañero de Eli. Le fall  a la única persona con la que jams deb  cometer una falta.

Ante las palabras de Eli, estalló. En mi interior me sentía un gorila enfurecido y avergonzado. De algún modo me levant  del diván y termin  dando vueltas frente al jardín de la casa mientras me jaloneaba el cabello. Cuando no fue suficiente, regres  y por primera vez, sin mediar palabra, agarr  la mano de mi mejor amiga y la arrastr  junto a mi hermana. Tenía que salir, estaba atrapado, pero  c mo puedes escapar de tu propia piel? No me sentía capaz de hablar con mi hermana, encontrar la manera de pedirle perdón y que ella comprendiera mis palabras.

Solo existía un lugar donde podía concentrarme y ser libre. Así que allí estaba, el día antes de mi boda, en la pista de hielo con mi mejor amiga y hermana haciendo ridiculeces y riendo a carcajadas. En tanto, yo me consumía en la miseria. Si antes me sentía confundido, en ese momento estaba perdido.

Agarr  el teléfono y busqué el número de Ashley. El corazón me lat a deprisa mientras mantenía el dedo sobre el botón sin atreverme a hacer la llamada. Mi inseguridad aumentaba con el paso de los segundos. No tenía idea de qué decirle, pero en mis pensamientos se repetían una y otra vez las palabras de Eli.

Tom  una bocanada profunda para intentar serenarme y deslicé el botón.

—Hola, cielo.  Me extra aste? —En el tono de Ashley se adivinaba una risita sensual—. A partir de mañana estaremos juntos las veinticuatro horas, déjame disfrutar de mis últimos momentos de soltería.

Baj  la cabeza y me masaj   la frente. Me qued  en silencio —quizás unos segundos de más— porque necesitaba centrar mis pensamientos y proteger a mi hermana, aunque hubiera fallado cuando en realidad debía hacerlo.

—Tu familia hizo mal.

La risita coqueta murió de golpe y podría jurar que escuch  el tronar de los dientes de Ashley. Me puse en pie, pues mi interior se revolvía. Tir  la

cabeza atrás, apreté la mano libre en un puño.

—Estás con ella, ¿verdad? ¿Hasta cuándo vas a permitir que esa mujer te influencie?

Con solo mencionar a Eli, mis ojos la buscaron en la pista. Ese día estábamos cerrados al público, así que ellas patinaban sin preocupaciones.

—¿Crees que no soy capaz de pensar por mí mismo?

Me volví a llevar la mano al cabello mientras un dolor agudo se apoderaba de mi mandíbula.

—Solo ella sería capaz de ver con malos ojos que mi familia desee la salud y bienestar de tu hermana.

—No tienes ningún derecho a...

Su grito cargado de frustración me interrumpió.

—¡Tu hermana, Alexander! ¿Acaso no la amas lo suficiente como para anhelar que ella esté bien de salud?

Golpeé el plástico de protección que había frente a mí. En mis oídos sentía un pitido molesto. Retiré el puño con lentitud, tenía los músculos del brazo más que tensos. Me obligué a mantener la concentración, a no dejarme envolver como ella pretendía.

—¿Le gritaron? —Mi voz sonó con una serenidad que no sentía.

—¡Por supuesto que no le gritamos a Cecilia!

Estaba seguro de que si pudiera, Ashley traspasaría el teléfono para zarandearme, y no sería la primera vez. Busqué a mi mejor amiga con la mirada una vez más y mis ojos se quedaron fijos en ella. A pesar del golpeteo en el pecho, mi voz se mantuvo en un tono plano:

—Me refiero a mi hermana. Cuando decidieron tener este acto de bondad, ¿la rodearon cincuenta personas y gritaron para que sus voces llegaran al cielo?

Intenté sonreír. Isa usaba sus patines rosas con unos leggins y un abrigo del mismo color. Siempre teníamos una muda para ella en nuestras oficinas. Eli giró e Isa abrió las manitas. Hace tiempo, mi mejor amiga y yo preparamos un programa corto para ella, pues también quería ser patinadora.

—¡Alexander, por dios! Oramos para que sane.

Asentí, durante muchos años yo también pensé igual. Sin embargo, Ashley compartió con mi hermana en incontables ocasiones durante ese año y medio y nunca mostró preocupación por que sanara. No entendía de

dónde nació ese repentino interés de ser su salvadora. O quizás, siempre existió y yo no lo quise ver.

—Mi hermana tiene una condición, no una enfermedad. Su cerebro no se desarrolló de la manera correcta. Ella es una niña sana y fuerte.

—¿No quieres que ella camine, Alexander? ¿Que lleve una vida normal?

Una risa de desprecio burbujeó en mi garganta, como si ella pudiera controlar algo así.

—Para eso tendría que volver a nacer, Ashley. Porque ninguna oración hará que esas piezas de rompecabezas que faltan en su cabecita se desarrollen.

—Solo le quisimos mostrar amor a tu hermana.

Mis ojos se desmesuraron y una lágrima me salpicó la mejilla.

—¿Amor, dices? —Mi voz estaba ahogada—. ¿Sabes cómo le puedes mostrar amor a mi hermana? Aceptándola tal cual es, sin desear cambiarla o que sea normal.

—Cielo... —Quiso adueñarse de la situación otra vez, pero no se lo iba a permitir.

—Y, en definitiva, no le demuestras amor ofreciéndole ser tu paje para luego arrepentirte porque la imagen de tu boda perfecta se arruinaría.

Colgué la llamada con manos temblorosas. Me llevé una a la boca y me la cubrí. Me deslicé hasta el suelo porque mis piernas ya no eran capaces de sostenerme. Jamás imaginé tener que explicarle algo así a mi prometida. No era una cuestión de quién era el más cercano a Dios.

Rememoré aquellos primeros años de ceguera de Eli y el afán por encontrar una cura para su condición: nos esforzamos hasta desfallecer en recaudar fondos para una fundación con ese propósito. Vendimos cientos, si no miles, de cajas de chocolate porque por supuesto que yo estaba involucrado.

No fue hasta un tiempo después que esa visión cambió. Eli comprendió que su condición era permanente y que debía redirigir su enfoque a mejorar la calidad de vida de las personas con discapacidades. Admito que nos costó separarnos del ideal de: «arreglar el problema y volver a ser normal», lo que sea que eso quisiera decir.

Creo que ese fue otro motivo para retrasarnos tanto en que ella volviera a las competencias. Nuestras conversaciones giraban en torno a: «cuando

encuentren la cura podré aprenderme los programas porque podré ver los movimientos». Y un día nos encontramos diciéndonos: «nosotros podemos aprendernos los programas, aunque no pueda ver».

Quizás para los demás estábamos mal, pero eso era lo correcto para nosotros.

Levanté la cabeza al escuchar el deslizarse de los patines acercándose a mí. Tomé una bocanada de aire para serenarme. Eli entró al área de las bancas y se detuvo unos segundos antes de tropezar conmigo y caerse encima de mí. Extendió la mano, aunque frunció el ceño al no encontrarme, y entonces comenzó a inclinarse con lentitud, pues era un movimiento que le exigía el balance del que carecía.

Encontró mi hombro y se asió. Siguió bajando hasta que sus rodillas envolvieron mis piernas y me rodeó con los brazos. Sentí su pecho tibio contra el mío. Apoyé la cabeza sobre su hombro y permití que su calor me envolviera, creando una burbuja de bienestar. Cerré los ojos e inhalé profundo para robarle su esencia, tal vez hasta un poco de su alma.

—Lo siento, *baby*.

Un nudo se me formó en la garganta, pues era la segunda vez que me llamaba así en ese día y no lo hacía desde que ella tenía dieciocho años. Me aferré a Eli tan fuerte que contuvo el aliento.

—Hice algo horrible.

Negó con la cabeza y sus manos acunaron mi rostro mientras el peso de su cuerpo seguía apoyado sobre el mío, cobijándome.

—Tú eres su héroe y nadie la ama más que tú.

En esa ocasión fui yo quien negó. Llegué a creer que sí, que yo jamás permitiría que nada ni nadie lastimara a Isa, y terminé convirtiéndome en su propio verdugo. Debí luchar por ella con uñas y dientes, sin importar las consecuencias.

—Tú sí que lo haces.

Una sonrisa sincera y maravillosa se formó en esos labios finos. Tenía la cabeza unos centímetros a la derecha, si bien su azulada mirada resplandecía con esa dulzura en cierto punto amarga que la caracterizaba.

—Porque ella forma parte de ti.

*Cecilia*

Me sobresalté al sentir la caricia ligera en el rostro y cómo su otro brazo se apoyaba en mi cadera con delicadeza. No era inapropiado, en incontables ocasiones Alex y yo estuvimos así, pero me tomó desprevenida. No estaba lista para recibirlo, porque para enfrentar a Alexander Price había que enfocarse, concentrarse y prepararse.

Él era mi mejor amigo y era algo que no debía olvidar.

El estúpido proyecto de ciencias fue lo que lo unió a mí. Era un experimento sencillo: perlas de jugo. Se batía agua con lactato de calcio y el jugo con un extracto de alga. Eso creaba una mezcla gelatinosa que al caer en el agua, con un gotero, formaba las perlas. Era algo divertido y comestible. Pero ese día a mi visión se le antojó tener una fiesta privada con fuegos artificiales, y los destellos iban y venían, haciéndome dudar de todos mis movimientos.

Estaba encerrada en el laboratorio de ciencias con la frustración al tope y un cabreo de primera. Las medidas debían ser exactas, si no el

experimento no funcionaría. En el mismo momento en el que tiré los lentes que agrandaban los objetos sobre la mesa —pues me eran inservibles—, apareció la estrella de baloncesto escolar. Dio algunas vueltas por el lugar. Muy relajado se acercó a mí, platicó conmigo, me envolvió en su labia y le conté sobre mi proyecto. Parecía impresionado. Me pidió que se lo mostrara y yo me creí muy astuta.

—Te impresionarás más si tú haces la mezcla.

—¿Me quieres poner a trabajar? —Creí distinguir una sonrisa en sus labios.

Levanté un hombro y lo dejé caer.

—Si no te interesa, por mí está bien. Tú te lo pierdes.

Comencé a recoger mis pertenencias, en tanto suplicaba por que él cayera en la trampa... Y lo hizo.

—¿Qué haces? —Había cierta alarma en su tono.

—Me toca presentar, puedes verme junto a los demás.

—Deja todo como está.

En realidad no había movido nada. No tenía idea de dónde coloqué cada cosa y no quería hacer un estropicio frente a él.

Se paró junto a mí y lo escuché mover los utensilios y probar la licuadora, así que comencé a dictarle las medidas exactas. Lo sentí moverse durante unos minutos y cuando se detuvo intuí que había terminado.

—¿Qué te parecen?

—¡Son perfectas!

Mi exclamación fue demasiado estridente porque los destellos en mi vista no me permitían distinguirlas. Él soltó un grito entusiasmado y giré la cabeza a la derecha.

—¡Explotan en tu boca! ¡Pruébalas!

Por un instante los latidos de mi corazón se volvieron frenéticos. Levanté la mano como en cámara lenta y la extendí con cuidado, pero fallé. Por suerte, Alex pensó que estaba nerviosa porque él estaba allí. Me lo confesó mucho tiempo después, él creía que estaba colgada de él.

Alex no dudó en tomar varias y llevarlas a mi boca. Reímos, jugamos un poco con las perlas y de la nada dijo:

—Somos compañeros de experimento, ¿no?

Fruncí el ceño en tanto volvía a girar el rostro a la derecha. De alguna forma intuía que ahí era donde él se encontraba.

—¿Qué?

—Sí, bueno, te ayudé. La mitad del experimento es mío.

Comprendí que él no tenía nada para presentar y que buscó a un incauto a quien engatusar... A mí. La furia me recorrió cada músculo del cuerpo. Pretendía gritarle mientras le lanzaba la licuadora a la cabeza, si es que encontraba dónde estaba. Mas, por un instante, mi consciencia hizo acto de presencia y comprendí que no era tan diferente a lo que yo pretendía hacer: o los dos sacábamos cero y repetíamos la clase en verano, o nos convertíamos en los compañeros científicos que trabajaron juntos las últimas semanas... Y al final, ganamos el premio al proyecto que más interés provocó entre los asistentes.

Estaba segura de que esa sería la última vez que Alexander me hablaría. Ya no tenía ningún motivo para hacerlo.

Unos días después, los destellos en mi visión se volvieron permanentes. Estábamos en la pista y mamá le informaba al entrenador de lo sucedido.

—Usted comprenderá que ya no puede patinar.

Con esas palabras él borraba nueve años de mi vida, mi propia existencia. Patinaba desde que tenía cuatro, era lo que más amaba en el mundo. Quería volver a participar de las competencias y algunas veces soñaba con llegar al *World Juniors*, quizás incluso a las Olimpiadas.

Mamá y el entrenador continuaron con la discusión. Decidían mi futuro como si yo no estuviera allí, frente a ellos. Era como si de la noche a la mañana hubiera dejado de ser una persona, y todo por mi estúpida visión.

Me abracé a mí misma. Sentía los latidos de mi corazón acelerados y me sobresaltaba por cada sonido o cambio de temperatura. Lo único en lo que podía pensar era que la pista estaba llena y que no tenía forma de prevenir que alguien se estrellara conmigo y me provocara una lesión grave.

—¡Escuche! —La voz del entrenador sonaba atronadora—. No puedo hacer nada por ella. No patinará sola en mi pista.

—¿Y con un compañero sí?

La voz de mamá parecía cansada y afónica, me figuraba que habría estado llorando toda la noche. No lo sabía del todo, porque en lugar de perder la visión parecía que lo que había perdido era la audición. Nadie platicaba conmigo. Me agarraban de las manos y me llevaban de aquí para allá como si fuera una marioneta, y eso me hacía sentir aún más furiosa e impotente. ¿Tan difícil se les hacía preguntarme a dónde quería ir o si necesitaba su ayuda y no solo asumir que lo hacía? Para mí, cada vez que

me agarraban era como si me atacaran. Si no me hablaban ¿cómo iba a saber que la persona que me tocaba era alguien de confianza?

—¿De verdad cree que alguien se ofrecería a patinar con ella? ¿Usted en qué mundo vive?

El aire cambió a mi alrededor, se volvió más cálido, como si alguien se hubiera detenido junto a mí.

—Yo patinaré con ella. —Reconocí la voz, era Alexander Price, mi ladrón de perlas de jugo. Tal vez sintió la necesidad de devolverme el favor, aunque el pobre no tenía ni idea de a qué se había ofrecido. Él se movió, lo sabía porque el aire volvió a oscilar entre los dos—. ¿Tienes miedo a caerte?

*Cecilia*

Levanté los ojos arriba, lo cual fue un error porque los focos del lugar me lastimaron. Era una gran ironía ser ciega y que la iluminación del lugar representara un problema.

—Jovencito, ¿alguna vez has usado patines?

La voz del entrenador sonó amortiguada, por lo que creí que seguía ignorándome. Al parecer, al perder la visión adquirí el poder de la invisibilidad.

—No. —Por otro lado, la voz de Alex era fuerte y clara, giré la cabeza a la derecha porque, por algún motivo, tenía la certeza de que él me hablaba a mí—. ¿Es muy difícil?

Antes de poder responder escuché un gruñido conocido: el entrenador había perdido la paciencia. En cierta forma podía comprenderlo, ¿cómo diablos me enseñaría las rutinas si yo no podía ver lo que hacía? Era más fácil entender cómo hacer un movimiento si lo veías.

—Mi respuesta es no.

El entrenador se fue. De algún modo, fui capaz de diferenciar el deslizar de sus patines en la pista del de los demás. Mamá estaba devastada, no necesitaba escuchar su voz para saberlo. Estaba segura de que ella creía que, si lograba dominar el patinaje a ciegas, nadie se enteraría de mi discapacidad, o al menos fingirían que no existía... Solo era un fracaso.

El aire frente a mí se volvió frío. Por primera vez en veinticuatro horas, mamá necesitó estar sola. Tenía la certeza de que así sería mi vida a partir de ese momento, el mundo y aparte, Cecilia. Aunque alguien impedía que fuera así. Arrugué la nariz y volteé a la derecha una vez más.

—¿Por qué estás tan callada? ¿Acaso perdiste la voz?

Sí, por algún loco y desconocido motivo, Alexander Price seguía parado junto a mí. Y me trataba con normalidad. ¡Y yo solo quería que se largara ya!

—No, solo la visión.

A Alex fue el único al que se lo confesé. Creo que quería espantarlo. Pero esa tibieza que comenzaba a ser familiar no se extinguió. No hubo exhalaciones ruidosas, sollozos o maldiciones. Si lo sorprendí, él no lo demostró.

—Pero tu voz sigue intacta —dijo con su tono natural.

Me crucé de brazos y me obligué a permanecer impassible. Moría por reír, y tal vez esa era su intención, pero no se lo haría tan fácil.

—Lo cual te acabo de demostrar.

Alguien pasó junto a nosotros y fue la forma en la que comprendí que Alex no estaba dentro de la pista, tal vez ni siquiera llevaba patines.

—Entonces ¿quieres que sea tu guía?

—No necesito un guía.

Por un instante solo escuchaba el murmullo de las demás personas y el golpeteo de los patines en el hielo, pero esa calidez seguía ahí. Sonreí porque él debía estar barajando sus opciones en sus pensamientos. Tal vez se preguntaba si ya era muy tarde para escapar.

—¿Y qué es lo que necesitas?

Sabía que él estaba allí, junto a mí, pero era una experiencia extracorpórea; sentía que no era yo la que vivía lo que sucedía. Además, ¿qué hacía la estrella del baloncesto en mi pista? Quizás estaba en una cita con alguna de las chicas de la escuela y solo se acercó a mí por compromiso, aunque después de tantos años seguía con la incógnita, pues él nunca lo aclaró. Lo peor era que deseaba que se fuera porque lo único que

quería era devolver. Desde el día anterior, mi estómago tenía una revoltura denigrante y los olores fuertes la exacerbaban. Y al parecer, Alex había comido unas papas con crema y cebolla.

Era en lo único que podía pensar: él tuvo un gesto hermoso conmigo y yo hacía hasta lo imposible por no arruinarle los tenis.

Estaba perdida por él mucho antes de lo del experimento, y en ese instante, ahí parado junto a mí, estaba hablándome como un ser humano... En ese instante sentí que me había enamorado de él.

—Un compañero de baile. —Eso era lo que necesitaba.

Me tomó de la mano y tuve que obligarme a permanecer serena. No podía ahuyentarlo, pues era consciente de que él era mi única oportunidad. Me levantó el brazo con delicadeza para llevarlo por encima de mi cabeza y giré con los ojos humedecidos y una sonrisa enorme en mis labios. Sin saberlo, Alexander Price me salvó ese día.

Por eso, cuando unos meses después me pidió besarnos para así no parecer un imbécil cuando intentara hacerlo con Madeline Edwards, acepté. Era muy consciente de que mis posibilidades de besarme con otro chico eran nulas porque ¿qué otro chico iba a querer hacerlo? Si ya de por sí en la escuela todos me odiaban por haberles robado a su estrella.

Además, ese día estaba muy orgullosa de él: Alex era un canadiense que nunca se había subido a unos patines, ni siquiera tenía un jugador de hockey favorito. Sabía que las competencias quedarían en pausa un par de años, pero ese día él no se cayó.

Cuando la práctica terminó, extendí los brazos y él dio un paso hacia mí, por lo que fue muy fácil abrazarlo en tanto daba saltitos de un pie al otro. Salimos tomados de la mano de la pista y nos sentamos en la banca a desatarnos los patines.

—Eres magnífico.

—Eso ya lo sabía.

Reí, siempre tonteábamos así. Su ego siempre estaba en la estratósfera y a mí me hacía mucha gracia. Estaba segura de que esa característica era la que nos daba cierta normalidad.

—Eli... —Me tomó de la mano y fruncí el ceño. Sentí cuando se acomodó en la banca y giré la cabeza a la derecha, pues él estaba mucho más cerca de mí—. ¿Podríamos besarnos?

—¿Qué?

Sin poder evitarlo, mi risa se tornó nerviosa. De algún modo aterricé en una realidad alterna.

—Quiero besar a Madeline y no sé cómo, pensé que no te molestaría. — Me contuve de tirarle el patín en la cabeza—. Lo siento, eso sonó horrible. Yo...

Se puso en pie y mi corazón hizo una pirueta. No podía arrepentirse, esa era mi única oportunidad. Extendí la mano y creí que tomé la suya, pero lo retuve del muslo.

—Sí.

Me quedé tan inmóvil como me fue posible —quería evitar moverme y chocar con su nariz o barbilla— e intenté mostrarme indiferente. La tibieza que siempre transmitía se tornó caliente con rapidez. En un segundo, nuestros alientos se mezclaron y al siguiente, los labios suaves estaban sobre los míos.

Un parpadeo después ya estábamos separados y Alex se quedó callado. Entrecerré los ojos. No estaba segura de si él se había marchado, pero entonces soltó un gemido lastimero seguido de una exhalación ruidosa.

—Fue horrible, ¿verdad?

Contuve el aliento para no comenzar a reír como una histérica. El pobre lo estaba pasando mal. Enderecé los hombros y tuve que esforzarme para que mi rostro permaneciera impassible.

—No lo sé, es mi primer beso.

Otro resoplido, quizás exasperado por señalar lo obvio.

—Pero ¿cómo lo sentiste?

Levanté un hombro y lo dejé caer. Fueron segundos, mas yo me sentía en las nubes. Solo que él no debía saberlo. Estaba segura de que la compostura que me dominaba desaparecería en cuanto entrara a mi habitación. Quería dar saltos como una loca.

—Bien, supongo.

—Eli, me estás matando.

Las mariposas revolotearon en mi pecho y me mordí los carrillos para contener la sonrisa en mis labios. Me parecía el chico más hermoso del mundo.

—Creo que debes practicar un poco más.

Me estremecí cuando llevó la mano tras mi nuca y me ladeó la cabeza a su gusto. Volvió a pegar sus labios a los míos y los movió con cierta

torpeza. Suspiré y él se alejó quizás unos centímetros porque su aliento todavía se mezclaba con el mío.

—Por eso tú eres el cerebro en esta relación.

Asentí. Cuando volvió a chocar conmigo, nuestras lenguas se encontraron y no me importó que cubriera mi rostro con su saliva. Después de no sé cuánto, selló nuestra aventura con un pico.

—¿Crees que voy mejorando?

—Un poquito, sí.

Escuché una risita que no supe descifrar y sonreí.

—Eli, voy a creer que quieres que te bese.

Sí, no podías desconcentrarte con Alexander Price, porque con esa mezcla de cualidades que lo volvían único, te robaba el corazón. Y yo se lo entregué hacía mucho.

*Cecilia*

Retiré las manos del rostro de Alex, pues era una caricia que no me correspondía, y obligué a mi cuerpo a alejarse del suyo. Me resultó difícil, pues en mi corazón sentía que algo ocurría, si bien no lograba captarlo a plenitud. Solo percibía una leve tensión en el tono de voz de Alex y que solía respirar más profundo cuando estaba junto a Ashley.

Lo malo de Alex era que él había vivido junto a mí el proceso de adaptarme a mi ceguera y sabía cómo ocultarme sus verdaderos sentimientos. Aunque no creía que fuera algo consciente en él. No lo hacía porque se creyera un macho duro, de esos que piensan que los hombres no lloran; solo era el hecho de que él siempre se había hecho cargo de los demás. Alex creía que porque él no tenía una condición, su derecho a reclamar por sí mismo era nulo.

Antes de poder alcanzar eso que ocultaba en su corazón, la mano en mi cadera cayó. Tragué y me recordé a mí misma que era Ashley la que debía estar ahí junto a él, porque a partir del siguiente día ella sería su esposa, la mujer que él eligió para ser su compañera el resto de su vida. Fui eliminada

de la ecuación hacía mucho y no me concernían sus discusiones. En silencio, confiaba en el hombre que él era y esperaba que sus valores no se trastocaran por amor.

No obstante, tenía el corazón contrito y, desde la cena, respirar era un acto de conciencia. No culpaba a Ashley y a su familia por seguir el modelo médico en el que yo creí durante años. En ese tiempo, estaba convencida de que existía algo mal en mí y que debía repararlo.

Cuando comenzaron a orar por Isa durante la cena me sobresalté por los gritos que llegaron de la nada. Estaba sentada junto a ella y me hablaba de su juego de música; una palabra aquí y allá, aunque los gorjeos de su risa eran constantes. Imaginaba que la señora Price estaba al otro lado de ella, aunque no tenía forma de saberlo. Mi primera reacción fue la de lanzarme sobre Isa y abrazarla, si bien me fue imposible.

Estábamos rodeadas y sentí varias manos extendidas a nuestro alrededor. Cuando por fin comprendí sus palabras e intenciones, sostuve las manitas de Isa, me acerqué a su oído y le hablé con suavidad. Jamás gritó, como le dijo Ashley a Alex, si bien entre sollozos clamó por su hermano.

—¡Ale! Eli... Ale.

—Lo sé, linda. Pronto llegará.

Pensé que después de la cena podría irme a casa y refugiarme en mi habitación. Estaba incómoda y enfadada. Respetaba la fe de las personas, pero Isa y yo también debíamos ser respetadas, éramos seres humanos. Además, ¿por qué me lastimaba a mí misma? Mi amor hacia Alex hacía mucho debió dejar de existir. Entonces él me pidió irnos antes de que la cena terminara y necesité acompañarlo, pues su tono de voz me pareció tenso. Y esa especie de ansiedad solo aumentó a lo largo de la noche.

Ashley era una mujer que obligaba a la gravedad a girar en torno a ella y absorbía a mi amigo. En otra circunstancia, jamás habría acompañado a Alex a la casa de ella, pero él no me dio opción. Yo que me juré jamás pisar ese lugar. Pero cuando me tomó de las manos, las suyas me parecieron frías, húmedas. Algo que no sucedió antes, pues él era un hombre seguro de sí mismo, incluso un tanto egocéntrico. Y esa energía tan vivaz que tan bien conocía estaba diluida. Eran cambios sutiles que llevaban gestándose varios meses. Anhelé que él me confesara de una vez qué le sucedía.

Mas otra vez me equivoqué y solo estaba en medio de ellos dos la noche antes de su matrimonio. ¿Cómo podía ser tan tonta?

Mientras llegaba a casa mi alma se quebrantó una y otra vez. Se me dificultaba comprender cómo Ashley fue capaz de desquitarse con Isa cuando ella lo único que deseaba era que su hermano se sintiera orgulloso. A pesar de su condición, Isa era consciente de que Alex ya no estaría a diario junto a ella y anhelaba que él no se preocupara.

Esa noche resultó ser muy larga, mas al escuchar cómo Alex entraba a la casa me percaté de que todavía no había terminado. Aparenté estar relajada por el bien de Isa, que Ashley la sacara significaba que le había fallado a su hermano. Yo sabía que no, si acaso, fue la prometida de mi mejor amigo quien se equivocó; pero intentar explicárselo a una niña era difícil.

Sin embargo, mis esfuerzos fueron fútiles. En el instante en que Alex estalló, ambas nos sentimos desfallecer. La puerta de la casa se cerró con un estruendo y fue cómo comprendí que él se había ido. Para Isa fue todavía peor ver a su hermano desesperado. Ella jamás se imaginó la reacción de Alex. La intención de sus palabras no era lastimarlo. Solo era que ella y yo nos contábamos todo.

En aquel momento me dirigí hacia la puerta, —después de intentar calmar a Isa, lo que fue imposible— cuando esta se abrió de golpe y él regresó como un tornado. Por primera vez, mi amigo olvidó los formalismos entre los dos y me agarró como si le perteneciera. Por un momento dejé de ser Eli, «la amiga ciega a la que siempre tengo que informarle de que voy a tocarla para que sepa que soy yo». Se sintió con derecho a llevarme con él como esas personas que te toman del brazo —sin conocerte— cuando vas a cruzar una calle.

Una vida juntos, una boda próxima y, como siempre, él escogía el peor momento para mostrar ese tipo de acciones que me confundían y me daban alas falsas. Me obligué a sobreponerme, a recordarme a mí misma que no se trataba de mí. Era sobre él y su hermana, y yo estaba en el medio porque era la mejor amiga de ambos.

Llegamos a la pista en un silencio inquietante. Y mientras Isa y yo dábamos vueltas, no paró de mencionar su nombre. Estampé una sonrisa en mis labios y busqué todos los medios para distraerla, haciéndola reír por tonterías. Mas de pronto, ella soltó un gritito de angustia y volvió a llamarlo.

Entendí que Alex me necesitaba, quizás porque quiso enfrentar a Ashley y hacer un esfuerzo por entender a la mujer que él amaba. Le aseguré a Isa

que su hermano estaba bien, que solo eran los nervios, pues el siguiente día era tan especial como nosotros con cada programa. No estaba segura de que ella me creyera, mas su pequeña manita me empujó para que acudiera en su ayuda.

No dudé en sostenerlo entre mis brazos. Siempre que él lo necesitara, yo estaría allí. Alex no me escogió como la mujer de su vida, pero yo tenía la certeza de que él era el hombre de la mía.

Y allí estábamos, con la necesidad férrea de estrecharlo hasta fundirlo a mí porque él era mío y la templanza de soltarlo y volver a la indiferencia. Bajé las manos y las apoyé en los muslos de Alex en busca de balance para pararme. El calor que su cuerpo me transmitía era demasiado para mí, al igual que las caricias furtivas en mi rostro o en la palma de mis manos durante el día. Aunque sabía que no significaban nada especial, porque Alex era un hombre cariñoso.

Callé durante tantos años, y ahora esas últimas horas juntos me parecían interminables. Sin embargo, no deseaba que finalizaran nunca. La disyuntiva en mi corazón acabaría con mi cordura.

Los recuerdos minaban mi carácter y ya no podía estar a solas con él. Teníamos miles de horas compartidas, risas y secretos guardados. Lo bueno y lo malo se entremezclaban en mis pensamientos, ahogándome.

Desde hacía semanas, me despertaba y me preparaba para encontrar cajas y maletas en nuestro piso, un recordatorio de que él ya no estaría allí y que era definitivo. Pero no había nada, todo seguía igual, incluso el edredón detrás de su cama estaba allí, y Alex no era un hombre disperso. Si tan solo supiera lo que ocurría.

Recordaba que él fue el primero en tener la maleta lista en nuestro viaje al *World Juniors* en Milán. Esa fue la última vez que viajamos juntos. Regresó a mí, hacía cinco años, y nos veíamos casi las veinticuatro horas del día... El corte sería demasiado abrupto, pero de eso también me recuperaría.

Salí de mis pensamientos cuando los brazos de Alex encerraron mis caderas como si estuviera arrodillado ante mí. Bajé la cabeza. Mis temblorosas manos volvieron a encontrar sus hombros mientras intentaba contener el vaivén de mi respiración.

—Baila conmigo, Eli.

—Alex... —Mi voz era apenas un susurro.

—Por favor... —Y la suya estaba cargada de algo que no podía comprender. Mi interior se revolvió como una perfecta tormenta invernal que me sumía en el frío y soledad que experimentaría al siguiente día—. Escógeme como tu compañero.

Quise gritarle que era él quien debía escogerme a mí. Que no era lo mismo ofrecerse a bailar en los programas que aceptarme por quien era yo, con mis carencias y limitaciones. Quise reclamarle hasta quedarme afónica que, a pesar de todo, la vida que le ofrecí en los últimos cinco años fue fácil.

*Cecilia*

Sabía que Alex no me perdonaba no haber ido juntos a las Olimpiadas de invierno en 2018. Le fallé y lo desilusioné. No obstante, ese era mi sueño: llegar y demostrarle que ser mi compañero de baile fue la mejor decisión de su vida.

Él no sabía lo que había sucedido cuando acabábamos de ganar las nacionales y la adrenalina todavía corría por nuestras venas, pues después de tantos años, lo habíamos logrado. Pero una noche, mientras nos preparábamos para el *World Juniors* la señora Price me acorraló en el vestidor.

—¿De verdad crees que te van a dejar participar en las Olimpiadas, Cecilia? Eres ciega, te descalificarán de inmediato. Y mi hijo no va a entrar a los paralímpicos, él es normal. —Sus palabras estaban teñidas de ese tono monótono que siempre utilizaba conmigo. Me mantuve con mi postura perfecta y escuché sus razones sin replicar—. Mi hijo comete un error al permanecer contigo.

Cuando se fue, palpé hasta encontrar la banca con las manos temblorosas y me senté, pues mis piernas eran incapaces de sostenerme. En la única lágrima que se deslizó por mi mejilla, lograron escapar mis ilusiones y el orgullo del reciente triunfo. Fue un baño de realidad y le estaba agradecida. Era momento de aceptar mis limitaciones y no arrastrar a Alex en ellas. Él tenía una verdadera oportunidad de llegar a la competencia más importante junto a Madeline y yo era un peso muerto.

Cuando salí del vestidor, me encontré con Alex y el entrenador, les dije que no me sentía bien del estómago, así que ellos decidieron descansar por ese día.

—Eli, ¿estás segura de que te sientes bien?

La mano derecha de Alex estaba entrelazada con la mía y con la izquierda rozaba mi rostro con ese vaivén tan familiar de sus dedos, una caricia tan etérea que parecía irreal, pero que me acompañaba siempre durante días.

—Sí, solo es mi estómago.

—Esta vez no comí papas con cebolla, lo prometo. —Asentí con un intento de sonrisa porque sabía que él deseaba hacerme reír. En un instante, el calor que emanaba su cuerpo se volvió más intenso y deduje que él se había acercado más, lo que comprobé cuando dejó un beso suave en la comisura de mis labios—. Pareces diferente.

Su aliento entibió mis mejillas y me estremecí. Cualquier acercamiento por su parte era bienvenido. Si fuera él quien me pidiera dejar de patinar y ser compañeros, lo haría sin dudar.

Sujetó mi mentón para levantarlo. Estaba segura de que su mirada estaba fija en la mía, quería comprenderme.

—Mañana volveré a ser la misma.

Hubo cierta reticencia de su parte, pues su cuerpo onduló y perdió el equilibrio por un segundo, como si hubiera cambiado el peso de un pie al otro. De su garganta escapó ese ruidito de inconformidad que tan bien conocía y del cual él no se percataba.

Volví a sonreír y por fin, minutos después, me quedé sola. Con las manos extendidas y palpando sobre el aire para no tropezar con nada, conseguí llegar al vestidor una vez más. Me calcé los patines y con mi inestable balance y mis manos como mis ojos llegué a la pista.

Me caí y tropecé con las paredes en infinidad de ocasiones, pero conseguí aprendérmela de memoria sin que nadie estuviera junto a mí. Y

descubrí que eso era suficiente para mí. Mi libertad estaba en esos sesenta metros por treinta sobre el hielo; no necesitaba una medalla olímpica colgada del cuello.

Gracias a la señora Price, reenfoqué mis sueños y ambiciones. Me convertiría en la dueña de esa pista en particular porque, al cerrar, podría amarrarme los patines para bailar, girar y deslizarme sin temor a caerme o a tropezar, pues conocía cada centímetro del solitario lugar.

Esa era la decisión correcta. Lo malo sería comunicársela a Alex, porque él no la entendería. Sin embargo, mi oportunidad llegó solo unos meses después, cuando sobre escuché una conversación de los jugadores de hockey:

—Le pedí una cita a Madeline Edwards y aceptó.

—¿Y tú cuándo viste a Madeline Edwards?

Los compañeros comenzaron a burlarse de él y fue cuando el mundo dejó de existir bajo mis pies.

—Viene todos los días desde hace un par de semanas. Patina junto a ese que hace piruetas sobre el hielo, el que baila con la cieguita.

Hice el amor con Alex, aunque era consciente de que él no me amaba. Con probabilidad, en esa loca cabeza suya quería saber lo que tenía que hacer para parecer un experto cuando lo intentara con Madeline, si bien yo no le aporté ningún conocimiento, pues también era mi primera vez.

Nos presentamos ante el entrenador tomados de la mano, algo habitual entre nosotros. Recuerdo que giré el rostro a la derecha y fruncí el ceño, pues de un momento a otro Alex me cubrió como si me encontrara en peligro.

—Ustedes son basura.

Coloqué la mano en la espalda de Alex, pues había sentido cómo tensaba sus músculos. Mientras su mano aferraba la mía hasta lastimarme. No entendía qué ocurría, mas con lo protector que era Alex, debía mantenerme serena y evitar un enfrentamiento.

—¿Qué sucede, entrenador? Eli y yo no merecemos que nos hable así.

—¡Este no es lugar para un amorío! Aquí se viene a trabajar, ¿saben a cuántos he rechazado por entrenarlos a ustedes?

—Es nuestra vida privada. —Apenas pude comprender las palabras de Alex, por lo que me imaginé que tenía la mandíbula apretada.

Jamás esperé la cachetada que me dio mamá, ni siquiera sabía que estaba allí. Si bien no tuve oportunidad de levantar la mano y cubrir mi

mejilla para consolarme porque Alex parecía un tren dispuesto a arrollarla. No sabía de dónde saqué la fuerza, pero rodeé su cintura desde la espalda y lo retuve.

—¿Esto es lo que has pretendido todos estos años? ¿Embarazarte y amarrarlo a ti? ¡Quiérete un poco más!

El corazón me latía frenético y el cuerpo me temblaba sin control. Quería responderle, mas mi garganta no era capaz de emitir sonidos. Mis pensamientos se agolpaban unos sobre otros. No comprendía por qué era tan malo que nosotros nos amáramos.

—Fui yo quien se aprovechó de ella.

—Alex... —Mi voz sonó inestable—. Yo también quería.

Mi confusión se exacerbó cuando la pista se iluminó hasta que mis ojos se quemaron y de la nada se escucharon golpeteos en el hielo, risas y murmullos. La pista ya no estaba vacía.

—Perdieron sus privilegios. Ustedes decidirán qué van a hacer.

Alex se giró hacia mí y cerré los ojos ante la caricia tan ligera que recogió mis lágrimas. En ese instante convergieron el «yo sigo aquí» con el «haremos lo que tú decidas». Él levantó mi rostro con suavidad y su calor me arropó, su aliento entibió mi rostro y allí, frente a todos, dejó un beso casto en mis labios.

Asentí a pesar de las náuseas que se apoderaron de mi estómago y la ligereza que sentía en la cabeza. Respiré profundo y Alex me colocó en la posición. La música comenzó y fruncí el ceño cuando me percaté de que no era clásica, más bien una balada pop que repetía las mismas notas musicales una y otra y otra vez... Estaba perdida.

Intenté moverme, hacerlo de memoria, pero los focos me desorientaban. Me deslicé y choqué con alguien. Alex llegó hasta mí y me aferró a él. Percibí la rigidez en sus hombros y cómo rechinaba los dientes mientras el entrenador gritaba.

La música comenzó otra vez y repetí los pasos. Alex me levantó entre sus brazos y me ayudó a colocarme en posición horizontal. Mi cuerpo estaba apoyado en sus hombros y ejecutaría un triple giro en esa posición.

Me lanzó, pero me salí del eje por unos centímetros y mi nariz chocó con el hombro de Alex. El dolor fue inmediato en tanto el líquido caliente me bajaba por la barbilla y me humedecía el abrigo.

—Eli... —La voz de Alex sonó estrangulada.

Frenó de golpe sobre el hielo, aferrándose a él, sin llegar a soltarme.

—¡Lo hizo a propósito! —Reconocí el grito de mamá.

—¿Por qué no reconoces que a tu hija le gusta hacerse la víctima? — Mis ojos se agrandaron al percatarme del tono monótono de la señora Price. No sabía en qué momento había llegado a la pista.

Mamá le respondió y la señora Price continuó con la garata hasta que ambas llegaron a la conclusión de que Alex y yo debíamos dejar de ser pareja de baile.

Me sobresalté cuando Alex me rodeó con los brazos hasta obligarme a contener el aliento, con los dedos enredados en mi cabello. Repetía un «perdóname, perdóname» como un mantra sin fin. Solo nos quedaba una opción: sernos fieles el uno al otro. Me ayudó a rellenarme la nariz con papel de baño y repetimos el programa hasta desfallecer.

Hacer el amor con él fue el peor error de mi vida, uno que no volvería a cometer. A veces, amar a una persona destruye a todos los demás que hay a tu alrededor... incluyéndote.

Llegamos al *World Juniors* entre gritos y vejaciones. En mi alma se grabó lo inútil que era y que jamás debí soñar con ser patinadora sobre hielo. Sin embargo, fui capaz de demostrarle a todos que yo era tan magnífica como la más grande del país, aunque me tomaría años demostrármelo a mí misma. Pero lo más importante en aquel momento: le probé a la señora Price que no debía cuestionar las decisiones del hombre que me dio todo y mucho más de lo que alguna vez soñé.

El precio de amarlo fue demasiado alto... porque nuestro amor solo duró tres semanas.



Cecilia

—¡Alexander!

Me quedé paralizada al escuchar el grito de Ashley. Hundí los dedos en los hombros de Alex para impedirle que llegara junto a ella de inmediato. La sangre corría alocada por mis venas. Mi respiración se tornó errática y no comprendía por qué la retenía durante segundos. Cuando Alex retiró las manos de mis caderas, tragué el bulto en mi garganta y dije:

—Esta es una propiedad privada y no puedes traspasarla, y menos aún cuando no se espera tu presencia.

El calor abrasó mis mejillas. Me importaba muy poco que Ashley comprendiera que la echaba, mas no quería que mi relación con Alex terminara mal y que él me reclamara mi exabrupto.

—Me quedó claro que ninguno me esperaba.

Alex me rozó las manos y lo solté al instante. Se casaría con ella al siguiente día. No pasaba nada malo entre ellos. Quizás la boda me afectaba más de lo que creía y me imaginaba cosas. Yo habría reaccionado igual que Ashley si lo hubiera encontrado en esa posición tan íntima con otra mujer.

Bajé la cabeza cuando lo sentí pasar junto a mí. Cerré los puños y respiré profundo para serenarme, pues los gritos de Ashley retumbaban en los rincones. Los deseos de abofetearla revolcaban mi estómago, ella no tenía derecho a gritarle así; aun así, tenía que contenerme, pues no podía avergonzarlo de esa forma. Confiaba en que, si existía algo dañino entre ellos, la inteligencia de Alex lo ayudaría a levantar la voz.

Hice lo único que se esperaba de mí: tomé a Isa entre los brazos y le dediqué una sonrisa que esperaba que fuera reconfortante. Caminé hasta la oficina para alejarla de los gritos de esa perniciosa mujer y la recosté en el sofá cama.

Esperé a que se quedara dormida, lo que sucedió cerca de media hora después cuando escuchó de mí las palabras que le susurraba su hermano antes de dormir. Isa era la princesa de Alex y él era su más acérrimo guardián. Le dejé un par de besos en la frente y las mejillas y salí a la pista dispuesta a echar a Ashley, si es que seguía insultándolo. Esa era mi pista y ella, una indeseada.

No obstante, me sobresalté cuando el sistema de sonido comenzó a tocar *Stay*, en la voz de *30 seconds to Mars*. Era una canción de Rihanna, pero Alex sabía cuánto me gustaba la voz rasposa de Jared Leto.

Me quedé tan inmóvil como pude y cerré los ojos. Un par de lágrimas escaparon y me bajaron por las mejillas con libertad. Ganamos el *World Juniors* con esa melodía, y estaba grabada a fuego en mi alma.

—¿Alex?

Me estremecí cuando su aliento me acarició la nuca y me recorrió los brazos con la punta de los dedos. La sutil fragancia de limón y albahaca se mezclaba con el olor del hielo. Y el calor que expedía su cuerpo contrarrestaba el frío que nos rodeaba.

—Baila conmigo, cariño. —Su voz parecía estrangulada, como si hablar le fuera imposible. Intenté voltear. Por algún motivo quería recorrer su rostro con las manos y asegurarme de que todo estaba bien, pero él me lo impidió—. Solo un baile más.

Me dejó un beso en el hombro y escuché cómo sus patines se alejaban de mí.

Sin poder contener el temblor en todo mi cuerpo, giré para llegar a la banca y ajustarme los patines. Era una tarea que en ese instante me pareció complicada, pues mis manos no dejaban de tiritar. Me puse en pie con el

balance más inestable que nunca y al volver a entrar a la pista, me impulsé para llegar a la mitad del hielo y tomar mi lugar.

Un frío gélido me bajó por la espalda cuando la tonada volvió a comenzar. Comparado con los programas de las demás parejas, la nuestra era una rutina sencilla. La mayoría de los movimientos los hacía entre los brazos de Alex, pues me era más fácil ejecutarlos.

Contuve el aliento y vibré al sentirlo detrás de mí. Debía controlarme, lo sabía. Ya faltaban muy pocas horas y debía conseguir que Alex no descubriera que yo seguía enamorada de él. Mas siempre que bailábamos era una ocasión especial para mí y jamás pude ocultar mis emociones.

Bajé la cabeza y seguí la oscilación de su calor hasta que quedó frente a mí. Volví a palpar cuando Alex colocó las palmas abiertas en mis omoplatos y me levantó con esas potentes manos como si no le requiriera ningún esfuerzo. Posé las mías sobre sus hombros y me atreví a rodearle la nuca con suavidad. Tiré la cabeza atrás y él dio un triple giro antes de dejarme con delicadeza sobre la pista.

Mi corazón estaba desbocado ante su silencio. Alex siempre me hablaba durante los programas, era su forma de darme serenidad, mas por primera vez las palabras no encontraban la salida. Aunque eso no significaba que no sintiera la intensidad de su mirada sobre mí. No podía verlo, pero sí sentirlo.

De frente, entrelacé mi mano derecha con la suya, levanté la pierna izquierda para marcar un paso mientras él me rodeaba con el brazo; el calor de su cuerpo me envolvió. Descansó la mano sobre mi cadera, posó los labios una vez más sobre mi hombro y apoyé la cabeza en la suya. La suavidad de su cabello provocó cosquillas en mi piel.

Por el golpeteo de sus patines sabía que nos deslizábamos al unísono, que nuestros pies subían y bajaban como si fuéramos la misma persona. La desazón se apropió de cada terminación nerviosa cuando nos separamos, aunque era parte del programa.

Respiré profundo en un intento de tranquilizarme. No había razón alguna para la tormenta en mi interior. Alex estaba bien, solo eran los nervios de la boda y el que Isa ya no pudiera participar en ella. No existía otro motivo. Quizás debí insistir en que pasara ese día con Ashley, así ella no estaría tan enojada.

Alex debía dar una vuelta y un salto que al caer retumbó en mi corazón por la fuerza que le imprimió. De mientras, ondulé sobre el hielo y mis

brazos se dejaron llevar de aquí para allá como si estuviera perdida en el mar hasta que me abracé a mí misma.

El ruido de sus patines al chocar con el hielo me confirmó que él se acercaba a mí, así que extendí el brazo. Sin embargo, no llegué a alcanzarlo. Alex zigzagueó a mi alrededor. A veces se pegaba hasta que sentía el calor abrasador de su cuerpo —algo que no formaba parte de la rutina—, en otras, mantenía la distancia como si me acechara. Llevé el brazo atrás, él me sujetó del antebrazo y me arrastró con él. Giré para tenerlo de frente y volví a alargar mis pasos, dejándome llevar a dónde él deseara.

Aumentó la velocidad y tomó impulso para levantarme con sus fuertes brazos y hacerme girar. Su agarre era siempre certero, aunque delicado. Al caer, permití que mi cuerpo se inclinara hacia el suyo y al bajar nuestros labios se rozaron, en tanto mis dedos se entretejían en su cabello.

*Cecilia*

El calor me cubrió las mejillas al escuchar el jadeo que se quedó atorado en la garganta de Alex. Me reprendí a mí misma por dejarme llevar y juré que me concentraría en el programa y nada más.

Me deslicé hacia atrás para huir de él y me persiguió como un depredador dispuesto a no dejar escapar a su presa. Al darme alcance, me sujetó de la mano y me hizo girar. De inmediato volvió a agarrarme de la muñeca y se deslizó hacia atrás con rapidez; ahora era yo quien lo perseguía.

Mi labio inferior tiritó en tanto mi pecho subía y bajaba descompasado. El ejercicio que realizábamos era extenuante, mas eso no era lo que me alteraba; otra vez lo tenía que dejar ir cuando lo único que quería era que se quedara conmigo. Los cambios bruscos de temperatura cuando nos acercábamos o nos alejábamos me parecían una burla, y su maldito perfume encontró cómo impregnarse en mí. La música destrozaba mi corazón con cada segundo de su melodía.

Nos soltamos, él patinó hacia atrás y me mantuve frente a él. Alex disminuyó la velocidad hasta permitirme alcanzarlo. Al hacerlo me percaté de que me esperaba con un brazo extendido. Encontré cómo entrelazar nuestras manos, para deslizarlas de inmediato por sus antebrazos y recorrer los anchos hombros hasta posarlas sobre su duro pecho. Los brazos de Alex me rodearon y envolvió las manos en mi cabello. Me sujetó con la palma extendida por el omoplato, y giramos, y giramos.

Entrelazamos los brazos, impulsé la pierna derecha hacia arriba y Alex me sujetó del muslo para colocarme en posición horizontal: tenía la cabeza hacia el hielo, la mano extendida y las piernas dobladas, por lo que se creaba una figura estética. Así giramos, y giramos, y giramos.

Al dejarme sobre la pista volví a huir de él, aunque segundos después desistí, por lo que me alcanzó. Sin que nuestros cuerpos se encontraran, Alex extendió la mano y con la punta de los dedos me acarició el rostro. No pude evitar apoyarme en su calidez, pues era un movimiento que no pertenecía al programa.

Nuestras manos volvieron a encontrarse y me llevó con él con velocidad, me levantó en brazos y di una voltereta en el aire con los brazos extendidos hacia arriba como una bailarina perfecta. Mi rostro estalló en una sonrisa porque después de tantos años, todavía era capaz de hacerlo.

Al caer, mi cuerpo resbaló por el suyo y mi piel experimentó la fortaleza de sus músculos. Deslicé la mano por su espalda a modo de abrazo y bajé la cabeza, por lo que nuestros labios intentaron encontrarse una vez más. En mis pensamientos grité como una chiquilla por el gruñido que arranqué de su pecho.

Mas al tocar el hielo volví a huir, recordándome una, y otra, y otra vez que era un hombre prohibido. Al alcanzarme, Alex me hizo girar entre sus brazos y me tomó de la muñeca para llevarme con él. Nos deslizamos lado a lado y bailamos juntos para recorrer la pista, un movimiento obligatorio.

Nos encontramos una vez más y me levantó para ponerme de cabeza. Mientras yo lo abrazaba por sus caderas, él solo me sostenía de la pierna derecha, pues la izquierda estaba extendida hacia el frente en tanto Alex dejaba caer su torso hacia atrás, nuestros cuerpos formaban una V. Era una figura estilizada como las de las fuentes, o eso era lo que Alex decía.

Junté las piernas y él me llevó sobre los hombros. Extendí los brazos como si fuera un ave en vuelo que recién encontraba su libertad. Me deslizó por su espalda y lo rodeé con los brazos para ofrecerle un abrazo más. Creí

escuchar un «Eli» ahogado antes de que mis pies tocaran el suelo con una delicadeza sublime.

Patinamos juntos con pasos sincronizados. Lo sabía porque su calzado golpeaba el hielo al mismo tiempo que el mío, a la par que el deslizamiento sonaba como si solo uno de nosotros estuviera sobre la pista. El orgullo inflaba mi corazón: éramos verdaderos compañeros de baile. Levanté las manos y extendí la pierna derecha hacia atrás. Él me agarró del patín y me arrastró con él mientras patinaba hacia atrás.

Alex me levantó y mi cuerpo lo envolvió en un abrazo como una serpiente dispuesta a devorarlo. Mi corazón golpeó contra mi pecho ante el inconfundible jadeo de angustia que emitió su garganta. Al dejarme en la pista, mi pierna se entrelazó con la suya y dejé caer el torso hacia atrás mientras sus manos firmes giraban conmigo a gran velocidad.

Huí de él y me persiguió unos instantes, aunque decidió alejarse antes de encontrarnos. Cerré los ojos para contener la humedad en ellos. Mi cuerpo onduló en la pista, mis brazos se balanceaban de aquí para allá como un muñeco impulsado por el aire y giré con una pierna extendida. Di una vuelta, me deslicé y volví a girar. Extendí la mano y encontré la de Alex, quien se dejó arrastrar por mí.

Respiré profundo, pues sabía lo que seguiría. Todo pensamiento que pudiera distraerme abandonó mi cabeza. Debía cuidar de Alex tanto como él lo hacía conmigo.

Me tomó entre sus brazos y apoyó mi cuerpo sobre sus hombros en una posición horizontal. Al impulsarme hice un triple giro en el aire. Sonreí porque salió perfecto, me pareció que Alex pensaba lo mismo por el gruñido satisfactorio que se apoderó de mis oídos. Volví a sus brazos como debía hacerlo y él llevó la potente mano a mi muslo para dejarme sobre la pista.

Demasiado pronto me abandonó y corrí tras él. Al encontrarlo, me sujetó las manos contra su pecho, que se movía con vertiginosidad. Nos quedamos frente a frente durante una eternidad y la confusión se apoderó de mí con cada segundo que nos acercaba al final de la canción. Fue un ejercicio extremo, pero su reacción se debía a algo más. No obstante, Alex dejó ir mis manos con suavidad y volvió a alejarse mientras yo me dejaba caer en la pista con el rostro bañado en lágrimas.

Fue hermoso y desgarrador. Me pregunté por qué no lo había golpeado en el pecho y le había reclamado lo que tanto me empeñaba en callar, solo

para recordarme a mí misma que desde hacía año y medio era demasiado tarde. Él amaba a otra.

Me golpeé los ojos para eliminar cualquier rastro que me delatara. La canción llegó a su final y enderecé mi postura al escuchar cómo Alex volvía a deslizarse hacia mí. Me sobresalté al sentir sus manos alrededor de mis brazos y cómo sin ningún esfuerzo me ponía de pie.

Guardó silencio durante tanto tiempo que extendí con dudas la mano para asegurarme de que seguía allí. Lo cual era tonto porque escuchaba el ir y venir de su respiración, y su calor era avasallador —y hasta cierto punto insoportable—, si bien no deseaba huir de él, al contrario, añoraba que me consumiera.

—¿Qué? —Mi voz se convirtió en un susurro.

—Solo pensaba en esos días, en el error que cometí.

Contuve el aliento mientras un hormigueo atroz me recorría el cuerpo. Me delaté y él se vio en la necesidad de reprenderme. No podría sentirme más avergonzada. Era consciente de que él consideraba nuestra diminuta relación como un error, pero no estaba preparada para escucharlo de su propia voz.

A pesar del dolor en mi corazón, sonreí. Él no era culpable de que yo me quedara atrapada en aquellos días y que para mí significaran algo. Alex merecía ser feliz, la vida lo trató con dureza y al fin le sonreía un poco. Qué importaba que Ashley jamás me simpatizó, de seguro mi juicio estaba comprometido por mis sentimientos.

—Sí, no debimos traspasar nuestra relación profesional.

Perdí el balance por un instante y la corriente de aire se tornó helada, por lo que deduje que Alex se había alejado de mí. Estaba segura de que mi osadía había acabado con nuestra amistad, lo cual confirmé cuando en un tono bastante frío dijo:

—Debo descansar, aunque sea un par de horas. Mañana hay que lucir perfecto, ¿no es así?

Asentí y volví a sonreír. A mí lo único que me importaba era el maravilloso hombre que había en su interior, no el caparazón que no podía ver.



Alexander

Brandon, mi mejor amigo, y yo estábamos en la sacristía rodeados de las sotanas del padre y las túnicas de los monaguillos, además del cáliz y la campanilla para la comunión. Él y su familia viajaron desde Estados Unidos ese mismo día para acompañarme en el gran evento y fungir como mi padrino. Nos conocimos en la universidad, cuando asistí para estudiar una licenciatura en Administración de Empresas para asegurarme de no llevar las pistas a la bancarrota.

Jaloneé el nudo del lazo por quinta vez, lo sentía pequeño, a pesar de que era consciente de que el esmoquin crema estaba hecho a mi medida. Brandon volvió a levantarme la cabeza mientras refunfuñaba por mi incapacidad para quedarme quieto. Entre su esposa y él buscaron tutoriales en una página de videos. Ella le prestó un juego de sombras y nos dejó solos. En tanto, él golpeaba mi rostro con una esponja repleta de una tintura verde que cubriría los morados.

La noche anterior ya no me importó nada. Lo único en lo que pensaba era en que había puesto en peligro a mi hermana y a mi mejor amiga. Si Ashley quería molerme a golpes, lo tenía bien merecido por ser tan inconsciente. Debí pasar ese día junto a ella, eso era lo correcto. Ashley tenía razón. Era hora de que me concentrara en el presente y construyera mi felicidad junto a ella.

—Jamás imaginé que tendría que cubrir tu rostro con maquillaje, *bro*. Me dices otra vez, ¿cómo fue que te golpeaste?

Mantuve la mirada adelante para no enfrentarme a los inquisidores ojos cafés. Brandon tenía veinticinco años, al igual que yo. Era un negro alto que solía tener a las mujeres a sus pies, si bien desde hacía tres años él solo tenía ojos para la que él amaba, una chica muy dulce y aventurera que le sacaba canas verdes.

—Tropecé con un bulto en el hielo y me pegué con el marco de la puerta de salida de la pista.

No hubo ningún cambio en su expresión, siguió aplicando la pintura con tranquilidad.

—¿Ceci lo sabe? —Solo hasta ese momento fijó la mirada en mí y guardó silencio durante unos segundos que me parecieron eternos—. No querría que ella sufriera un accidente.

El cabrón tenía dos años de casado y su bebé nacería en un par de meses, sin embargo, en su voz todavía existía esa nostalgia al mencionar a mi mejor amiga. No tenía idea de por qué ella siempre había ignorado sus avances. Eli no era asexual, nadie lo sabía mejor que yo, solía despertar — en mi habitación— en la madrugada con sus exquisitos gemidos y terminaba por darme placer cuando ella lo recibía de sí misma.

—Lo arreglé.

Él asintió. Me pasó el estuche para que me observara en el diminuto espejo.

—Es lo mejor que pude hacer.

Me puse en pie y dejé una palmada en su hombro en agradecimiento. Todavía existía cierta sombra bajo el ojo y otras más en mi mandíbula, pero podría confundirse con facilidad con ojeras y una mala afeitada. De seguro, los invitados se lo atribuirían a los nervios por la boda.

Me encaminé hacia la salida, pero él continuó hablando:

—Sarah me dejó alquilar una Harley, ¿qué dices de ir a dar una vuelta? Nunca entendí por qué solo las novias tienen derecho a llegar tarde.

Lo ojeé por un segundo mientras acomodaba los hombros en la chaqueta del esmoquin.

—No quiero hacer esperar a la novia.

Ambos salimos y nos colocamos en nuestro lugar. Tomé una bocanada profunda de aire y la solté con lentitud. Estaba de pie frente al altar.

Mantuve los labios en una línea recta cuando los *flashes* de los medios de comunicación se dirigieron a mí.

La catedral me pareció inmensa y sofocante con sus cientos de columnas en imitación de mármol y el techo abovedado tan alto como el cielo, pintado en azul cobalto y cubierto de estrellas. Además de los quinientos invitados, cientos de santos, ángeles, profetas y la Sagrada Familia serían testigos de cómo le juraría amor eterno a una mujer a la que jamás podría querer como amaba a Eli.

Respiré profundo, tenía que olvidarla. La noche anterior recibí su rechazo una vez más: Eli no me perdonaba que hubiera terminado nuestra relación tan solo tres semanas después de hacerle el amor... el único tiempo en que experimenté la verdadera felicidad, pues no tenía que contenerme. La besaba cuando yo quería, la tenía casi siempre entre mis brazos y ella reía a carcajadas entre amonestaciones. Nunca nos importaron los gritos porque nos teníamos el uno al otro.

Recorrí la iglesia con la mirada. Tragué el ácido que subió por mi garganta al encontrar a Isa y a mamá en el segundo altar de la iglesia, como si no pertenecieran a mi vida y solo estuvieran ahí como espectadoras. Había alguien junto a ellas, pero no alcanzaba a distinguir quién era.

Mamá lucía un vestido de organza y seda en negro con flores azules bordadas. Algo simple pero elegante, algo que Eli había escogido sin que ella lo supiera. Mi hermana vestía un traje en color amarillo y no su hermoso vestido de paje en *crepé* crema y diadema con flores. Esa debió ser una decisión de mamá; podría enfurecerme con ella, pero yo era el único culpable. Isa tenía que sentirse muy desilusionada conmigo. Lo peor era que no podía hacer nada, pues mamá sería capaz de levantarse e irse.

Contuve el aliento cuando la marcha nupcial inició y los acordes de *Perfect*, de Ed Sheeran, se hicieron eco en cada rincón. Cuando escogíamos la canción le supliqué a Ashley que no fuera esa, pues siempre soñé con que Eli y yo la bailáramos en las Olimpiadas de invierno. Si bien no fue con ella con quien bailé.

Un grito retumbó por las esquinas de la iglesia y la sobrina de Ashley —entre lágrimas y alaridos— corrió por el larguísimo pasillo como si la persiguiera el coco. Mi nariz se retorció a un lado, pues mi hermana y mejor amiga lo habían hecho perfecto el día anterior y también lo hubieran bordado en ese día. Las amigas de Ashley aparecieron con sus vestidos en color crema y se colocaron en el lado izquierdo del altar.

La novia hizo su entrada triunfal, del brazo de su padre, con un vestido de encaje y un escote pronunciado. Sin embargo, en lugar de seguir cada uno de sus pasos hacia mí, me encontré embelesado buscando a Eli con la mirada. La encontré de pie, apoyada en una de las columnas del lado opuesto de donde se encontraba mamá con Isa. Llevaba un *jumpsuit* de seda en azul royal con mangas largas de encaje en vez del vestido del séquito nupcial. Las mujeres de mi vida se mantenían en la periferia.

El hueco en mi pecho escocía y me retorció el corazón. Me recordé a mí mismo, una y otra vez, que había sido mi decisión. Yo fui quien escogió a Ashley para convertirse en mi esposa.

—Si hay alguien que se oponga a este matrimonio que hable ahora o calle para siempre.

—¡Yo! —Acompañado de un gorjeo travieso.

Hubo un resoplido detrás de mí seguido de una mal disimulada risita burlona. Brandon se inclinó y susurró:

—Tu hermana es mi heroína, *bro*.

Bajé la cabeza y solté una bocanada de aire para contenerme. Ashley se enfurecería si es que se me ocurría celebrar la hazaña de mi hermana. El problema fue que escuché con claridad la risita de Eli y resollé ahogado en risas. Cerré los ojos. Y me vi en ese mismo lugar, y a mi alrededor, cerca de veinte a treinta personas, todas expectantes y alegres. Una espectacular mujer se deslizaba por el pasillo con un *jumpsuit* blanco perla que me arrebatava el aliento; junto a ella, Isa llevaba un hermoso vestido de *crepé* en un rosa tenue como una bailarina. No podía contener su felicidad.

La novia llegaba frente a mí y destapaba su rostro para encontrarme con los ojos azules más hechizantes del mundo. Me dedicaba una sonrisa sincera, sus apagados ojos escondían un brillo sublime. Sonreí, pues dejaba sobre mis labios un beso casto, aunque contenía la promesa de estar juntos para siempre.

Continué con los ojos cerrados y repetí las palabras que me parecían lejanas:

—Yo, Alexander Price, te quiero a ti, Cecilia Payne, como mi esposa y me entrego a ti...



Alexander

El ramo de rosas de Ashley volteó mi rostro. Levanté la mano para detener el escozor que me atravesaba la mejilla. Un líquido caliente rodó por mi piel, por lo que debió cubrirse de sangre.

—¿No te fue suficiente con la paliza que te di anoche? ¡Olvídala ya!

Volvió a pegarme y el señor Smith, quien se dirigía hacia mí como una avalancha letal, se detuvo en seco. Los desmesurados ojos eran evidencia de su desconcierto.

Una nota discordante escapó del órgano de la iglesia. Los *flashes* de las cámaras no paraban de centellar como una tormenta eléctrica mortífera. Para ese instante, debía correr por las redes sociales la noticia. El párroco se retiró sin decir nada, no quería ni imaginar lo que pensaría de nosotros.

La mamá de Ashley la agarró desde la cintura —las damas de honor estaban petrificadas— y con un esfuerzo encomiable logró arrastrarla por el pasillo entre gritos y amenazas hacia mí.

Por unos segundos el silencio reinó en el lugar, mas los murmullos empezaron a retumbar de aquí para allá como balas perdidas. Procuré no observar a nadie; mis manos estaban adoloridas por cómo apretaba los puños. Me perdí en el ruido de las bancas y los pasos sigilosos sobre el pasillo de la iglesia. Era evidente que ya no habría boda.

—Mi esposa y yo somos testigos. Estuvimos más de una hora cubriendo los morados en su rostro.

Bajé la cabeza en tanto seguía dándole la espalda a mi amigo.

—Brandon. —Mantuve la mandíbula apretada a pesar del insoportable dolor en el rostro y la cabeza. No entendía por qué me traicionaba así.

—*Bro*, piensa en tu hermana... En Ceci. Ashley podría lastimarlas.

Una lágrima me salpicó la mejilla. Sentía la boca repleta de podredumbre. El temblor en mi cuerpo era desconocido para mí, no era ni frío ni nerviosismo. Siempre tuve presentes a mi hermana y a Eli, actué como mejor pude.

El señor Smith se detuvo frente a mí y vi cómo extendía la mano, mas no levanté la cabeza. No podía observar a nadie. Solo era un fracaso. Lo único que quería era lo mejor para mi hermana, pero nada me salía bien, solo seguía quebrando sus ilusiones. ¿Hasta cuándo sería capaz de perdonarme?

—Por favor, nos la llevaremos. Les prometo que buscaremos ayuda.

Reconocí la humillación en el tono del señor Smith. Después de todo, lo escuché en incontables ocasiones en la voz de mamá. Asentí, aunque el movimiento fue tan medido que no estaba seguro de si ellos se percataron.

—Alexander, debes denunciarla.

Negué, tenía los hombros tiesos mientras un escalofrío mantenía la piel en mi nuca erizada.

—Yo soy el culpable. Ashley solo quería que la amara.

Fijé la mirada en la entrada de la sacristía y me dirigí hacia el lugar. No quería interactuar con nadie más. Sabía que Brandon pretendía hacer el bien, pero yo sentía que me juzgaba, que me creía incapaz de proteger a las mujeres que más amaba. Me desplomé en la misma silla donde estuve una hora antes, bajé la cabeza, apoyé los brazos sobre los muslos y me jaloneé el cabello.

«¿Cómo permití que esto sucediera?». Me pregunté si Ashley estaba bien. Ella tenía razón, yo era el malo. Durante año y medio jamás la amé. Yo la orillé a que se comportara como lo hizo.

Me aclaré la garganta y me puse en pie al escuchar que alguien se acercaba. ¿Por qué no comprendían que quería estar solo?

Levanté la cabeza y enderecé los hombros cuando reconocí a mamá. Ella se detuvo frente a mí con el rostro impasible, aunque me sabía juzgado. Con ella siempre era sentenciado, desde los trece años yo solo cometía errores.

—Ve a casa, hijo.

Metí las manos dentro de los bolsillos del esmoquin.

—¿A cuál?

Una sonrisa tensa curvó sus labios. Esos ojos cafés, idénticos a los míos, estaban fijos en mí.

—Con Cecilia. Ese es tu hogar, ¿no es así?

Solté una bocanada de aire y volví a tomarla, los músculos de mis brazos me reclamaron ante la fuerza con la que cerraba los puños.

—Sé que no la quieres, mamá.

Elevó el mentón con arrogancia. Cada músculo de su cuerpo también estaba en tensión.

—¿Eso alguna vez te ha detenido?

Bajé la cabeza, cerré los ojos y me masajé las sienes con una sola mano.

—Jamás te he entendido, mamá. Eli e Isa se aman con locura y para ti no es suficiente.

Caminó hasta quedar frente a frente y me empujó el pecho con una mano como si deseara zarandearme, hacerme entrar en razón de una vez. Al parecer no le fue suficiente, pues con los mismos dedos me golpeó la sien en un par de ocasiones.

—Siempre tendrás que estar al cuidado de Cecilia. ¿Qué clase de vida crees que tendrás?

Di dos pasos atrás, fijé la mirada en el suelo.

—¿Qué pasará con Isa? —Mi voz era un susurro.

—Tomaste una decisión, ahora asume las consecuencias.

Una lágrima me salpicó la mejilla. Conocía las implicaciones de mi amor por Eli, lo hacía desde que tenía dieciocho años. Unos días antes de cumplir un mes juntos, mamá me sacó de casa y me prohibió tener algún tipo de contacto con mi hermana. Durante una semana no tuve dónde dormir. Solo pude verla otra vez cuando le juré a mi madre que nunca tendría una relación con Eli... Jamás se lo confesé a mi mejor amiga. Ella

era consciente de que mamá no la toleraba, si bien no quise que supiera cuánto.

Continué con la mirada sobre el suelo, el vacío en mi pecho cada vez era más hondo.

—No puedes prohibirme estar con mi hermana.

Mi voz se extinguió y sentí que algo dentro de mí se moría. Nadie comprende la carga que se siente al saber que no eres un mal hijo, pero jamás serás suficiente. Sí, era su hijo, mas también merecía respeto. Ella podría odiar a Eli, no obstante, nosotros éramos los que estábamos ahí, no existía nadie más. Negué con la cabeza, ¿cuántas veces más tendría que explicárselo?

—Si tanto la amas, busca a tu novia y sigue con la ceremonia.

—No culpes a tu madre. Ella solo quiere evitarte lo que ha vivido.



Alexander

Levanté la cabeza de golpe, el ácido regurgitaba en mi estómago.

—¿Papá? —Mamá pasó junto a él con la espalda recta y sin dedicarle ni un segundo de su tiempo. Si bien él la siguió con la mirada iluminada hasta que se perdió dentro de la iglesia—. No lo entiendo, papá. Para cualquiera es evidente cuánto se aman.

Él sonrió con cierta dulzura entrelazada con la nostalgia. No comprendía qué hacía ahí. No habíamos cruzado caminos en doce años, Isa ni siquiera lo conocía. Quizás era cierto eso de que en las bodas y los funerales era donde la familia aparecía.

—Tu madre es mi único amor.

Solté una bocanada de aire y volví a masajearme las sienes. En ese instante lo menos que deseaba era mantener esa conversación. En verdad no podía pensar en ellos dos y en qué causó su separación.

—Y tú el de ella, ¿por qué se separaron entonces?

Papá se reacomodó la chaqueta de su esmoquin azul marino. Él era un espejo de cómo luciría a su edad.

—Por el mismo motivo por el que ella se rehúsa a tu relación con esa muchacha.

Solté el aire, desinflándome. Me sentí como un niño cuando moví el pie sobre el suelo de un lado al otro. Me pregunté qué podría decirme que no supiera ya. Mamá detestaba a Eli, le enfurecía que fuera ciega y que deseara ser patinadora sobre hielo. Su problema no era con la discapacidad de Eli, más bien con que ella no se ajustara a la normalidad de la comunidad. Era una furia incomprensible: «Tú no vas a conseguir mejores cosas que yo porque yo he luchado por años y todavía dependo de la pensión para discapacitados y quiero que a ti te suceda lo mismo».

—¿Y cuál es, papá? Mi hermana tiene perlesía cerebral, es una niña discapacitada, Eli también lo es. ¿Por qué solo puedo amar a una de las dos?

Papá guardó silencio y me obligó a levantar la cabeza. Fijó la mirada en mí. Fruncí el ceño cuando percibí cierta arrogancia en su porte.

—Porque tu madre y yo nos separamos por tu hermana.

Sentí que el mundo dejó de existir bajo mis pies. Las náuseas me desgarraron el estómago hasta tal punto que un mareo atroz se apoderó de mi cabeza y creí que perdería el conocimiento.

—Eso es horrible.

Caminé desorientado hasta el armario en la sacristía y apoyé la frente en la madera. Pretendía robar el frío del material, un poco de sosiego para el fuego que me consumía.

—Pero es la verdad. Le supliqué a tu madre que la internáramos y que continuáramos con nuestras vidas.

Abrí la boca, aunque mi voz no funcionó. ¿Por qué me lo contaba después de tanto tiempo? Prefería recordarlo como el hombre que había abandonado a sus hijos sin mirar atrás antes que percatarme de lo que en realidad era.

—Me pareces despreciable.

Él asintió. Su mirada me quemaba la piel, me retaba a mostrarle que estaba equivocado. Pero comprendí que era algo imposible, que además no era mi responsabilidad. ¿Por qué tenía yo que cargar con sus culpas? Tenía suficientes con las mías.

—Jamás proclamé ser perfecto. Tu madre es una mujer formidable, ¿por qué tiene que vivir la vida que lleva? ¿Por qué tiene que sacrificarse del modo en que lo hace? Yo estoy dispuesto a darle a Isa el mejor cuidado del mundo.

Levanté los puños y los golpeé contra el armario. En mi interior existía un desasosiego que me hacía arder. Quería gritar, revelarme, escapar. Hacer algo y, sin embargo, por algún motivo me sentía atado, incapaz de liberarme.

—Lejos de nosotros, las personas que la aman incondicionalmente. ¿Para qué? ¿Qué te impide ser feliz con ella junto a ti?

Lo miré y él pareció engrandecerse. Su desdén hacia mi hermana emanaba a raudales. La amargura estaba presente en cada uno de sus movimientos.

—Verla me impide ser feliz. ¿Por qué arruinaste la vida que ibas a tener? Será una decisión que lamentarás en cinco años, cuando tengas que llevar de la mano a tu hijo ciego.

Una risa ácida burbujeó en mi pecho hasta escapar.

—Tengo dos manos, padre. Y una mujer extraordinaria junto a mí. — Mis dientes rechinaron. Quería que se largara ya.

Él ladeó la cabeza, y por algún motivo comprendí que aún no me daba el golpe mortal. Yo era su enemigo. También para mis padres era yo el que estaba mal.

—¿La misma a la que tienes que mirarle el papel de baño usado para saber si está en su periodo? ¿Esa mujer? ¿Es esa la vida que quieres?

Me lancé sobre él, agarré su camisa entre los puños y lo empujé. Tuvo que dar dos pasos atrás, pero su mirada seguía fija en mí, provocándome.

—¿Quién te dijo eso?! ¡Es privado, padre!

Metió las manos en los bolsillos ¡sin bajar ni por un segundo la maldita mirada!

—Tu madre me llamó, estaba angustiada por ti.

Me tambaleé hacia atrás ante sus palabras. No podía creer que mamá me traicionara así. Fue un momento de debilidad. Me sentía perdido. Eli y yo fuimos solos a Milán. Según nuestras madres, si nos considerábamos adultos para tener relaciones sexuales, también lo éramos para enfrentar los otros aspectos de la vida.

Al llegar, Eli se encontró con una ciudad desconocida, una habitación extraña y por completo sola. Hombres y mujeres vivíamos en villas

diferentes y yo tenía el acceso prohibido a la suya.

Si de por sí en los meses anteriores ella se había tornado solitaria, en Milán se encerró en sí misma. Perdió cerca de quince kilos en las tres semanas que duró la competencia. Me sentía furioso e impotente porque no lograba conectar con ella.

El día de nuestro programa se vio obligada a pedirme ayuda, y cuando vi apenas unas gotas en el papel, toda la ansiedad que reprimí a lo largo de esos meses estalló. Creí que algo grave sucedía y llamé a mamá para consultarle.

Mi relación con Eli duró menos de un mes, pero la verdadera ruptura sucedió durante esa presentación. Después de tantos años admití que en aquel momento no tenía la madurez necesaria. En lugar de ofrecerle mi apoyo, le di lo mismo que los demás: ira y resentimiento.

Imité la postura de mi padre. Después de todo, eso era lo que ellos deseaban... Abandonar a mi hermana. ¡Mi hermana!

—Espero que cuando visite a mi hermana no me nieguen mi derecho a verla. Si no, prepárense para ir a los juzgados y haré tanto escándalo que todo el país conocerá la clase de padres que tengo. ¿Eso es lo que quieren?

Papá me dedicó una sonrisa condescendiente.

—Primero asegúrate de que esa joven te aceptará.



Alexander

Le agradecí a mi padre cuando se marchó, pues las piernas ya no podían sostenerme. Caí de rodillas con la cabeza baja y después de un resoplido, grité y lloré con amargura. Mi familia sería más feliz si yo no existiera. ¿Por qué vivir con tanto sufrimiento? El mundo estaría mejor sin mí. Al menos yo obtendría un descanso.

Me limpié el rostro lo mejor que pude, pues todavía sangraba. Agradecí estar solo y no tener testigos de cuánta lástima sentía por mí mismo. Salí de la sacristía sin rumbo fijo, quizás caminaría hasta que mis pies ya no pudieran más.

Sin embargo, me quedé paralizado al encontrar a Eli sentada en la primera banca de la iglesia, que oprimía las palmas con firmeza. No me pasó desapercibida la tensión en sus hombros y brazos, como si se obligara a permanecer sentada. La iglesia estaba vacía, solo ella seguía allí... Ella estaba allí. Cuando escuchó mis pasos, cuadró los hombros y giró la cabeza hacia un lado, entonces su cuerpo actuó como un resorte y se puso en pie.

—¿No te has ido? —Mi voz sonaba ronca, pues me había lastimado la garganta.

No sé qué quiso hacer; se movió errática, como si hubiera querido correr, y tropezó con el reclinatorio del banco. La pieza cayó con un gran estruendo que rebotó por los rincones, lo que desbocó mi corazón y me erizó la piel.

De algún modo pude reaccionar a tiempo y me impulsé para evitar la aparatosa caída. Que ella sufriera algún percance por mi culpa era inadmisibile. Eli contuvo el aliento y su labio inferior tiritó cuando se encontró rodeada por mis brazos. Los apagados ojos estaban desmesurados. Levanté la mano derecha y con la punta de mis temblorosos dedos, en su sien, pretendí aliviar su reacción.

Ella negó con la cabeza y una miríada de emociones cruzó sus pupilas. La preocupación era obvia, las demás no las supe descifrar, por lo que un sabor amargo se instaló en mi boca. Hacía menos de una hora que había declarado que la quería como mi esposa. Esperaba... No sabía qué esperaba, mas no era el silencio que ella mantenía ante mis palabras.

Arrastré el brazo izquierdo por su espalda y le cubrí el antebrazo, ofreciéndole apoyo para que recuperara el equilibrio. Era una sensación extraña, como si el tiempo se detuviera y a la misma vez corriera alocado. Ella llevó la mano sobre la mía, que permanecía en su mejilla, y la arrastró por mi brazo, lo que provocó que cada vello de mi piel se erizara. Encontró mi hombro, y los cálidos dedos subieron por el cuello donde mi carótida golpeteaba frenética. Cuando tocó mi quijada me estremecí de dolor, si bien ella no se percató y recorrió frenética mi rostro, lastimándome.

No encontré el valor de girarle la cara hacia la izquierda para estar frente a frente. No obstante, fijé la mirada en ella, el movimiento en mi pecho era vertiginoso. Tragué el nudo que se formó en mi garganta, pues sus suaves manos volvían a tocarme en una caricia que solo utilizó cuando fuimos novios. Sin embargo, pretendí alejarme al ver cómo mi sangre la manchaba.

No quería ni imaginar lo que ella pensaría de mis padres. Debía creer que eran monstruos. Yo todavía me debatía en qué creer: Ambos estaban mal, sí, pero no me atrevía a juzgarlos y deseaba hacerlo, maldecir su existencia.

Eli dio un paso hacia mí para estar más cerca y me percaté del esfuerzo que hizo para permanecer serena al notar la humedad en los dedos. Los

colocó sobre mis labios y palpó hasta llegar a las orejas, los dedos apenas se separaban unos milímetros de mi piel. Cerré los puños, no merecía la delicadeza con la que me trataba. Quería detenerla, lo menos que deseaba era que ella me tocara. Estaba sucio. Pero también comprendía que no podía verme y que ese debía ser uno de esos momentos en el que renegaba de su condición. Si ese día en particular necesitaba tocarme, no se lo impediría. Ya jamás me atrevería a prohibirle algo.

—Estoy bien —susurré porque no podía ofrecerle más.

—Sí, lo estás. —La suya estaba congestionada, aunque no había ningún rastro de lágrimas en sus ojos. Conociéndola, se permitiría llorar por unos segundos y después se obligaría a sí misma a recomponerse.

Llevé la mano sobre la suya y la entrecerré antes de colocarla sobre mis labios para dejarle un beso ligero en la palma antes de alejarla de mí.

—No tienes por qué preocuparte.

Eli intentó sonreírme, pero solo apareció una mueca que, a pesar de lo que vivía, me pareció hermosa, aunque en realidad no lo era. Entonces dio otro paso; su rostro estaba sereno. Era como si llevara un cronómetro en la cabeza, el minuto a minuto de una bomba a punto de estallar.

—Ya me conoces, te he hecho ir al hospital por una cortada con el patín.

Era consciente de que no podía verme, aun así giré la cabeza a un lado y desvié la mirada. No quería enfrentarla, mucho menos ser descortés, pero lo único que deseaba era estar solo. Todavía no me miraba al espejo, mas estaba seguro de que con una bandita sería suficiente. ¿Qué importaba el exterior si estaba podrido por dentro?

—Eli...

Ella se humedeció los labios y volvió a sonreír, otra vez me pareció la mujer más hermosa. Era como un diminuto envoltorio que contenía la fortaleza del mundo en su interior. Si tan solo tuviera una pizca para mí.

—Por favor, ya sabes cómo soy.

Solté el aire en una bocanada ruidosa, ya ni fuerzas me quedaban para ocultárselas. Me dejaría llevar por un par de horas, eso le daría tranquilidad, y después yo podría hacer lo que deseara, lo que sea que fuera.

Ella dio un último paso para estar tan cerca el uno del otro que el perfume de mandarina y lirios me abrazó. La mano que permanecía sobre mi rostro hizo el camino de vuelta hasta encontrar mi mano y las entrelazamos. Me sostuvo con firmeza y comprendí que no me sería fácil escapar. Eli me conocía demasiado bien.

Solo hasta que se aseguró de que permanecería junto a ella, sacó el teléfono de su bolso con la mano libre y escuché a la asistente virtual enumerar las aplicaciones hasta que dio con el servicio privado de transporte. Eli lo programó para que nos recogieran en la iglesia y nos llevaran al Hospital de Ottawa, en Riverside. Mientras caminamos por el pasillo de la iglesia, solté el lazo y abrí los dos primeros botones de la camisa, la cual podría jurar que se encogió tres tallas desde que me la puse en la mañana.

Al salir me percaté de varias torretas encendidas a la distancia. La policía y los paramédicos atendían un accidente a tres calles de nosotros. Eso me recordó que yo no era el único que pasaba por un mal momento. Tal vez no debería quejarme tanto. Sin embargo, volví a acomodarme la chaqueta del esmoquin, el clima cálido de la mañana me pareció sofocante en esos momentos.

Pocos minutos después el transporte privado se detuvo frente a la iglesia. Le abrí la puerta a Eli para que subiera, asegurándome de que estuviera bien. Al sentarme junto a ella, el chófer nos contempló a través del espejo retrovisor. Mi rostro debía ser un desastre entre el maquillaje, la herida que sangraba y los golpes. Fijé la mirada en él, retándolo a que me juzgara.

Busqué la mano de Eli y la aprisioné en la mía. Con los ojos taladraba la nuca del conductor, pues me sabía escudriñado a través del retrovisor. ¿Qué le importaba lo que sucedía? Solo conseguía que me sintiera atrapado en mí mismo. Como esas personas que te dicen que eres el único culpable, pues pudiste salir de esa situación. ¡Púdranse! Yo no tenía otra opción, intentaba hacer lo mejor para todos.

El corazón me dio un vuelco al escuchar el quejido junto a mí. Al parecer, apachurré la mano de mi mejor amiga. Ella giró la cabeza a la derecha y levantó su mano libre, quizás para colocarla en mi rostro, aunque chocó con mi pecho. Desvió la mirada a la izquierda.

—Solo unos minutos más, *baby*.

Ella me dedicó una sonrisa incierta. El chófer no se perdía ninguno de nuestros movimientos, nuestros ojos volvieron a encontrarse y fui sentenciado. Mi reacción fue pasar el brazo por la espalda de Eli y aferrarla a mi cuerpo. Sabía que no le adelantaba mis movimientos a ella y quizás la sobresaltaba con ellos. Sin embargo, ella era lo único que me quedaba y nadie me la arrebataría de mi lado.



Alexander

Observé la puerta de salida por quinta vez y resoplé. El olor de la naftalina permeaba en el aire ya que desde hacía una hora esperábamos en la sala de emergencias. Tenía los músculos tan tensos que a gritos pedían que me relajara. No obstante, las enfermeras y demás pacientes no paraban de observarnos —a Eli y a mí—, de murmurar entre ellos y de señalarnos.

Al parecer el mundo se volvió loco si es que pensaba que mi estado fue provocado por la mujer junto a mí. Eli giró cuando pasé los puños alrededor de su diminuto cuerpo y la aferré a mí. Apoyó la cabeza en mi hombro y cerró el círculo que formé al pasar su brazo sobre mi abdomen. Cerré los ojos por un instante para absorber el confort que me ofrecía, aunque en ese instante era ineficaz. Los abrí al sentir que su mentón descansaba sobre mi pecho pero que su cabeza se movía, y me encontré con la mirada azulada como si deseara fijarla en la mía.

—¿Tienes mucho dolor?

—Estoy bien, cariño. —Mi voz apresada en un susurro.

Podría jurar que algunas personas gruñeron y otros negaron con la cabeza demostrando su desaprobación. Jueces. Me preguntaba cómo subsistiría la economía si todos en la sociedad tenían la misma profesión. Perdí el calor reconfortante, pues Eli rompió nuestro abrazo y se puso en pie. La retuve por las manos para obligarla a permanecer conmigo, pero fue fútil. Paso a paso, ella logró llegar junto al guardia de seguridad que nos recibió.

—Disculpe, ¿podría hablar con una enfermera? Mi amigo tiene dolor.
—La petición fue echa al cartel que estaba junto al hombre.

Debí haber intuido que Eli se percataría de la tensión que recorría mi sangre a borbotones, pero mi cabeza no funcionaba como siempre. Apoyé los brazos en los muslos y me jaloneé el cabello.

—¡Siéntese!

Con el grito, el corazón me retumbó en el pecho y de inmediato caí de pie. Comencé a caminar hacia ellos en tanto el policía mantenía la mano sobre la pistola paralizante. Al mismo tiempo. Eli se estremeció y dio un paso tambaleante hacia atrás. Chocó con el podio del oficial, lo que provocó un estruendo que la sobresaltó aún más.

En dos zancadas llegué junto a ella y la rodeé contra mi cuerpo. Tarde, recordé que en un momento así debía identificarme para que ella tuviera la certeza de que era alguien conocido, que no la lastimaría.

—Soy yo, Alex. —Dirigiéndome al policía añadí—: No tienes por qué hablarle así, ella jamás te faltó el respeto.

Me percaté del temblor que se apoderó de Eli, quien aprisionó mi camisa entre los dedos cuando fue capaz de encontrarla. El hombre frente a nosotros pareció engrandecerse aún más, por lo que se tornó en un gigante de color bermellón.

—¡No lo repito! ¡Siéntense!

Los murmullos se acrecentaron y el altoparlante escogió ese momento para emitir un código blanco. Eli se acurrucó más hacia mí. Tragué con dificultad porque era mi culpa que ella se encontrara en una situación así. Además, el olor ferroso de mi sangre junto con el de la lavandina terminó por exacerbar mi angustia. Tenía que salir de allí. Sin embargo, al girar, nos encontré rodeados por un grupo de cinco enfermeras.

—Señora, aléjese del caballero.

Las cinco dieron un paso a la vez para cerrar el semicírculo alrededor de Eli y de mí. Mi mejor amiga frunció el ceño, era evidente que no

comprendía lo que sucedía. Yo tampoco lo hacía y por eso no podía explicarle que estábamos rodeados como criminales.

—Pero no estoy cerca de él.

El diminuto cuerpo de Eli encontró cómo refugiarse más en el mío y no tuve reparos en estrecharla entre mis brazos y doblar las rodillas para que ella me sintiera más cercano.

El rostro de la enfermera que estaba frente a nosotros se coloreó, y sus manos subieron y bajaron en un movimiento controlado, como si se dirigiera al delincuente más peligroso. El guardia de seguridad mantenía la mano sobre la pistola paralizante, no me pasó desapercibida la palidez en los nudillos. Los otros pacientes no perdían detalle y era evidente que algunos nos reconocían.

—Suelte al caballero y aléjese.

Quise pararme frente a Eli, de algún modo pretendía protegerla del error que ellos cometían. No obstante, el más mínimo movimiento de mi cuerpo los puso en alerta. Una vez más, llamaron un código blanco y dos enfermeros aparecieron en segundos. Uno de ellos intentó agarrarme del brazo izquierdo.

—¿Qué creen que hacen? —Quise zafarme, mas me fue imposible.

—Caballero, acompáñenos, por favor.

Aferré el puño sobre la cadera de Eli, nada ni nadie me separaría de ella. Era una situación nueva y escabrosa. Además, la enfrentábamos solos. El otro enfermero dio un paso al frente al percatarse de que yo no tenía intención de soltarla a ella.

—No puede haber acompañantes en el área. Tuvimos que poner a un paciente en cuarentena.

Al escuchar esas palabras los hombros de Eli cayeron y me dejó ir, aunque seguía con el ceño fruncido. Fue evidente que la tensión en el personal médico disminuyó al instante. Si bien, entrecerré los ojos, no creía ni una sola palabra, pero mi cerebro decidió que ese era el mejor momento para provocarme un mareo. Al no contar con el apoyo que el cuerpo de Eli me ofrecía, tuve que extender la mano y agarrarme del brazo del enfermero, quien levantó la mano para señalarme el camino.

Rodeé la cintura de Eli con el brazo libre y le dejé un beso renuente en la sien. Tenía que demostrarles que ella lo significaba todo para mí. Eli me dedicó una sonrisa apaciguadora mientras los enfermeros pretendían

separarnos. Cuando por fin lo consiguieron, me escoltaron en silencio hasta una habitación y cerraron la puerta.

Me jaloneé el cabello en tanto me movía de un lado al otro. No entendía qué ocurría, pero algo andaba mal. Después de quince malditos minutos apareció la jefa de enfermeras, empujaba un carrito con lo necesario para curar heridas. Era mayor y debía tener ascendencia asiática.

—¿Dónde está Eli?

Ella permaneció en silencio mientras con pasmosa calma acomodaba gazas, guantes y jabón líquido en una bandeja, además de algunas cremas, tijeras, aguja e hilo. Incluso se tomó unos minutos antes de levantar la cabeza y fijar la mirada oscura en mí.

—Déjeme revisar sus golpes, señor Price. —Su voz estaba serena.

Algo se removió en mí, ese sabor putrefacto instalado en mi boca que me dificultaba tragar y aceptar estar dentro de mi propia piel. Con Eli junto a mí creí estar en el más crudo invierno, pero resguardado en un agujero dentro de la nieve. No es que fuera seguro, no obstante, la ilusión de que así era estaba presente.

—¡Exijo ver a Eli!

La enfermera permaneció impassible, como si estuviera acostumbrada a tratar con niños malcriados.

—Primero, sus golpes.

Recorrí la habitación de un lado al otro, los músculos en mis brazos se tensaron por cómo apretaba los puños.

—No deseo que me atienda. Quiero ver a Eli, si no, me iré.

Ella abrió una gaza, la cubrió con un líquido y se acercó a mí. Gemí ante el escozor que recorrió mi mejilla.

—Eso no va a poder ser. La policía ya está hablando con su novia, señor Price.

Podría jurar que todo mi sistema se paralizó ante sus palabras. Me olvidé de los golpes, del dolor y de la tensión. Sus palabras iban y venían una y otra vez, como una rueda de la fortuna desbocada.

—¿La policía? —meforcé a repetir.

Ella me dedicó una sonrisa que quizás para alguien más podría ser reconfortante y hasta sería capaz de abrirse a ella y contarle su vida, pero para mí, esa enfermera era nuestra enemiga.

—Hijo, no tienes nada que temer. Ella ya no puede hacerte daño. Aquí estarás tranquilo. —El corazón me tronó en el pecho en tanto contenía el

aliento. Era mi culpa que ellos reaccionaran así. Otra vez, era yo el responsable. Si algo le pasaba a Eli. No... No...—. Vimos lo tenso que estabas junto a ella. El doctor vendrá en unos minutos y te administrará un tranquilizante. Aquí estás a salvo.

Caminé de espaldas, necesitaba alejarme. Debía encontrar a Eli y explicarle a la policía lo que sucedía. En las últimas veinticuatro horas el mundo había perdido el juicio. Los únicos cuerdos éramos Eli y yo. Como estaba tan distraído, tropecé con el carro y me obligué a sortearlo. Abrí la puerta de golpe y salí al área de emergencias.

—¡Eli! —En mis manos tenía una tijera de curación.

Parpadeé con rapidez y en un segundo me sentí soñoliento. Giré como si lo hiciera en cámara lenta, pues mi cuerpo no me permitía más. Un hombre con bata estaba detrás de mí con una jeringa entre los dedos.



Alexander

Abrí los ojos de golpe con el pecho apretado y la boca reseca. Observé a un lado y al otro, seguía en el hospital y varias máquinas monitoreaban mi estado de salud. El bip que emitía el monitor de vitales me pareció como un chillido. Fruncí el ceño al sentir la mejilla derecha adormecida, quise levantar la mano para comprender qué sucedía, pero mis brazos estaban amarrados.

—Eso es para ayudarme a hacer mi trabajo.

Miré hacia el frente al escuchar la voz de un hombre a los pies de la cama. Era el mismo doctor que me drogó en la sala de emergencias. Se acercó y se inclinó sobre mí para pasar una insufrible luz por mis ojos varias veces. Continuó con su escrutinio al golpearme los codos y las rodillas para revisar los reflejos. Mas lo único que yo deseaba era encontrar a mi mejor amiga.

—¿Dónde está Eli? ¿Qué le hicieron? —Mi voz estaba rasposa.

Él guardó silencio mientras palpaba mi rostro y cuello. Siguió hasta examinar todos los músculos de mi cuerpo, asegurándose de que respondieran a sus estímulos. En tanto, yo pensaba en que debía salir de allí, encontrar a Eli y huir del país. «¿Acaso todos tenían razón? ¿Me volví loco?». Cerré los ojos para gobernarme, pero lo único que acudía a mí era la forma en que Eli se había aferrado a mí y el estremecimiento que la recorrió al encontrarnos acorralados. La maldita máquina volvió a sonar y creí que mi cabeza estallaría.

—Señor Price, la tomografía que le realizamos mostró una conmoción cerebral.

Giré la cabeza de un lado al otro en un intento de calmar el agudo dolor, si bien no encontraba alivio. La impotencia se apoderó de mí, tenía que estar bien. Debía hablar con la policía y proteger a Eli. Mis mejillas se abrasaron y mis ojos se humedecieron ante la impotencia.

Recordaba la primera vez que Ashley me golpeó. Eli se había ido con unas amigas a Quebec varios días, lo primero que hizo al regresar fue llamarme. Ashley hablaba por teléfono con sus propias amigas, así que tomé la llamada. No pasaron dos segundos, después de colgar, cuando llegó el golpe. Fui al cuartel y el retén no levantó el acta, según él, solo fue una discusión y el rencor me dominaba. Llegué a casa y me metí en la cama. Eli me preparó un caldo, pues pensó que tenía la gripe, y permaneció junto a mí hasta quedarme dormido. Fue cuando pensé que podría soportarlo. Mamá aprobaba a mi prometida, Isa era feliz y yo llegaría a casa y me refugiaría en mi mejor amiga. Ashley jamás se acercaría a Eli porque yo recibía los golpes en nombre de los dos.

—¿Dónde está Eli?

El doctor cruzó los brazos sobre el pecho como lo haría un padre al escuchar las excusas de sus hijos, con paciencia.

—¿Esa joven es muy importante para usted?

Tragué y fijé la mirada en el techo, quizás él también me juzgaría. No acababa de comprender por qué amarla a ella era un craso error, tal vez nunca lo haría. Viviríamos juntos, solo nosotros. Los problemas serían nuestros y las decisiones también. Ninguno de ellos estaría involucrado.

—¿Por qué lo dice?

La máquina volvió a sonar y, otra vez, mi rostro se contorsionó, por algún motivo la máquina me molestaba. Además, el olor en el aire me parecía repugnante, debía de haber algo mal en mí, ya que acompañé a Eli a

muchas de sus citas. Intentaba distraerla de la preocupación por sus pruebas y estudios. A veces inventábamos que éramos astronautas y que esas máquinas nos preparaban para tolerar la gravedad cero.

—La forma en que la sujetaba mientras esperaba, ¿por qué estaba tan alterado junto a ella?

No pude evitar la risa cínica que escapó de mi pecho, era una pregunta estúpida.

—¿Cómo reaccionaría usted si su novia intentara durante meses que se olvidara de su mejor amiga a golpes? ¿O si sus padres le condicionaran el poder ver a su hermana con perlesía cerebral si jamás tenía una relación con ella?

Fijé la mirada en él y una lágrima se deslizó por mi mejilla. Él asintió una y otra vez en tanto bajaba la cabeza. Entonces, se acercó a mí y me soltó los brazos de los amarres. Dejó una palmada sobre mi hombro. Se aclaró la garganta, colocó el bolígrafo frente a mí y me dio instrucciones para que lo agarrara.

—Creo que también la sujetaría a mí y no la soltaría jamás. Y también creo que has vivido una relación abusiva tras otra.

Me tomó varios intentos alcanzar el utensilio. Apoyé la cabeza sobre la cama y solté una bocanada de aire, estaba extenuado. En realidad, debí tomar otras decisiones, unas que me requirieran valor, pero me conformé con lo fácil.

—Soy el único culpable.

El doctor levantó las cejas a la vez que agarraba el expediente y garabateaba sobre él.

—Las víctimas de abuso siempre disculpan a su agresor.

Resoplé en tanto apoyaba el brazo en la cabeza y descansaba la mano sobre la frente. No quería hablar, solo necesitaba asegurarme de que Eli estuviera bien.

—¿Dónde está Eli? Solo accedí a venir por ella, para que no se preocupara por mí.

El doctor cruzó las manos a la altura de las caderas.

—Usted pasará la noche en el hospital, señor Price. Deseo mantenerlo en observación. Sus pupilas todavía están dilatadas y no quiero correr riesgos.

Dicho eso, salió. Levanté los puños y golpeé el colchón, aunque me detuve al sentir la vibración en la cabeza. No estaba seguro de cuánto

tiempo había pasado cuando la puerta se abrió y una enfermera mayor, negra, con una sonrisa afable, entró.

—Aquí está tu terroncito.

Parpadeé varias veces antes de comprender a qué se refería. Ella no estaba sola. Mi mejor amiga caminaba dos pasos por detrás en tanto la sostenía por el codo. Al verla, mi corazón se saltó un latido mientras contuve el aliento. Era de esos momentos que ansías tanto y que, cuando llegan, le prohíbes a la felicidad embargarte. Sabía que había traspasado una línea en nuestra relación y lo que más me aterraba era perder su amistad. Prefería ser su mejor amigo por siempre a que ella me desterrara de su vida.

—¿Está despierto? —Su voz era un susurro sereno.

Una sonrisa se apoderó de mi rostro y el corazón se cimbró en el pecho, no me importaron el malestar y el mareo en mi cabeza. Quizás debería dormir, intentar que ese día interminable encontrara fin.

—Sí, lo estoy, cariño.

La enfermera se movió despacio, pero con pasos seguros, hasta llegar junto a la cama. Eli seguía con el *jumpsuit* azul royal y su cabello en un moño, aunque para ese instante tenía varios mechones sueltos. La imperceptible caída en los párpados y labios me hacían saber que estaba cansada. Además, sus ojos tenían un leve tono rosado y estaban algo hinchados, prueba inequívoca de que lloró. Esperaba que todo estuviera bien, aunque supuse que sí. Imaginé que la policía y el hospital no la dejarían estar ahí si no fuera así.

La enfermera tomó la mano de Eli con delicadeza y la colocó sobre la mía, de inmediato la giré y ella entrelazó nuestros dedos. Cerré los ojos un segundo para adueñarme de su calidez y dejarme envolver por la sutil fragancia de mandarina y lirios. Podría jurar que los latidos de mi corazón bajaron su alocado ritmo y que mi pecho dejaba ir algo del peso que lo oprimía, ya que su toque era lo único que necesitaba.

—Hablé con Isa...

Quise obligar a mi cuerpo a permanecer imperturbable, pero un frío gélido me recorrió de la cabeza a los pies. Ni siquiera me atreví a pensar en ella o a preguntarme si se percató de los golpes que Ashley me dio o de los gritos que siguieron. Era un pésimo hermano, e Isa estaba mejor sin mí.

La enfermera tomó el expediente y anotó varias cosas mientras observaba los monitores, quizás pretendía darnos privacidad. Pero al

escuchar las palabras de Eli, levantó la mirada y negó con la cabeza, en tanto chasqueaba la lengua.

—Nada de hablar. Él tiene que descansar, terroncito.

Eli giró la cabeza hacia donde se encontraba la enfermera, si bien quedó unos centímetros desviada. A pesar de todo, me pareció hermosa cuando se adueñó de la situación mientras yo estaba fuera de batalla.

—Isa es su hermana.

Tomé una bocanada profunda, eso quería decir que ya todos sabían lo que sucedía: cómo le fallé a mi familia, a Ashley y a mis amigos. Al menos eran conscientes de que Eli sería incapaz de dañarme. La enfermera sonrió y asintió, aunque se detuvo en seco como si acabara de recordar que Eli no la observaba en realidad.

—Entonces cuéntale un poquito. Con tu sola presencia, su presión arterial bajó.

Miré el monitor mientras el calor abrasaba mis mejillas. Esa máquina traidora. Eli apretó mi mano con delicadeza y me dedicó una sonrisa leve, continuaba ignorando mi declaración.

—Le dije que la llamarías mañana, que hoy decidiste acostarte temprano, pues pescaste algún virus.

Abrí los ojos para contener las lágrimas que se me agolparon en ellos y carraspeé para eliminar el nudo que se formó en mi garganta.

—¿Está bien? ¿De verdad mamá te dejó hablar con ella?



Alexander

La azulada mirada se empañó con la tristeza, no obstante, Eli pretendió ofrecerme una sonrisa reconfortante. El amor que le tenía a mi hermana era real. No comprendía por qué mamá prefería el ficticio.

—La señora Price fue quien me llamó. Isa no se sentía bien, pero después de hablar conmigo se quedó dormida.

Dejé escapar una muy ruidosa bocanada de aire, si bien el vacío en mi pecho era insondable. Si mamá se vio obligada a llamar a Eli fue porque Isa le armó una rabieta por horas. Y por primera vez en años estaba incomunicado, pues no tenía idea de dónde estaba mi teléfono. En lugar de estar postrado en esa cama, quizás debía intentar recuperar a mi hermana.

Giré, mi cabeza se sentía tan borracha como un marino en plena tormenta. Cerré los ojos en busca de alivio. Levanté nuestras manos unidas y las apoyé en mi corazón, pero no fue suficiente. Yo necesitaba mucho más de ella. De inmediato, llevé las manos a mi boca, dejé un beso ligero en la muñeca de Eli y suspiré como Alfalfa lo hacía por Darla.

—¿Qué haría yo sin ti?

Ella ladeó la cabeza y una sonrisa traviesa le curvó los apetecibles labios. Levantó la mano libre para colocarla sobre su boca y con el dedo índice dio golpecitos sobre ellos lo que me arrancó un gemido doloroso.

—Serías la estrella de baloncesto del país, estarías casado y tendrías cinco hijos.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no ahogarme con su respuesta y la enfermera —que no se perdía ningún detalle de nuestra conversación mientras apuntaba y revisaba en el expediente— reía con disimulo.

—¿Cinco?!

La máquina traicionera volvió a sonar. La enfermera se acercó a ella y añadió algo al suero.

—Sí, para tener tu propio equipo.

Jamás soñé con ese futuro. ¿Ella soñaba con ese futuro? ¿Ella soñaba con ese futuro? Volví a apoyar la cabeza contra el colchón. Sabía que algo no andaba bien, pues Eli se desdibujaba ante mí. La enfermera me dedicó un guiño y una sonrisa torcida a la cual respondí. Respiré profundo y solo hasta ese instante sentí la pesadez en mis ojos.

—Ya sabes, terroncito. Tu amigo debe descansar. Vendremos cada dos horas a despertarlo, ¿de acuerdo?

Eli asintió como si hubiera recibido todas las indicaciones antes de entrar. La enfermera le acercó la silla reclinable y Eli palpó en el aire hasta encontrarla y poder sentarse. Solo yo me percataba de ese movimiento, a las demás personas se les dificultaba aceptar que era ciega, ya que Eli se desenvolvía con demasiada fluidez.

Ambos giramos la cabeza hacia la puerta y permanecemos en esa posición hasta que se cerró, sin embargo, guardamos silencio varios minutos más. Me parecía un sueño tenerla allí junto a mí. Con el pulgar, acaricié su palma hasta la punta del dedo anular en un movimiento repetitivo. Que nuestras manos estuvieran unidas no me era suficiente.

—¿Todo está bien, terroncito?

Eli bajó la cabeza y escondió el rostro en su mano libre, en sus labios se adivinaba una mueca entre divertida y exasperada. Embelesado, absorbí sus movimientos, era tan hermosa.

—Si escucho esa palabra una vez más, alquilaré un camión de azúcar y lo descargaré en la puerta del hospital.

Me mordí los labios para ocultar la sonrisa, lo que era estúpido. Siempre me comportaba como un imbécil cuando ella estaba presente. A veces hacía algo tan común que por un segundo olvidaba que no podía ver.

—¿Por qué, *terroncito*?

Eli me dedicó una mirada amenazante, o lo hubiera sido si es que su cabeza no estuviera desviada unos centímetros a la izquierda. Me gustaba molestarla para poder ver las diferentes expresiones de su rostro. Eso siempre me ayudó a no perderme en mi mente, a permanecer en el presente.

—Sabes que detesto el papel de damisela en apuros.

Solté una bocanada de aire y apreté su mano en la mía, agradeciéndole que se quedara y enfrentara un problema que no era suyo. Eli buscó apoyo en mí para ponerse de pie. Observé cómo deslizaba los dedos libres por su propio brazo hasta dar con la unión de nuestras manos, así le fue fácil encontrar mi abdomen bajo y resbalar hasta mi cadera izquierda mientras su cuerpo se inclinaba para terminar con el torso sobre el mío. Era una posición muy incómoda, pero ella no subiría a la cama. Yo deseaba tanto que lo hiciera, quería abrazarla, fundirla a mí, y así permanecer juntos para siempre. Si bien, me obligué a mantener la respiración serena al recordar cómo la noche anterior ella volvió a rechazarme después de hacerme el amor. Quizás era una locura catalogar nuestro programa con esa etiqueta, pero eso fue lo que sucedió: su cuerpo se enrevesó en el mío hasta convertirnos en uno.

Negué con suavidad, debía regresar al presente.

—La enfermera parece una buena mujer.

Eli se desinfló sobre mí y asintió con cierta reticencia. La amé todavía más. Debía sentirse incómoda, pero el peso sobre mi cuerpo creaba una burbuja de tranquilidad. Sabía que esa era su intención, pues era un ejercicio que hacíamos con Isa para darle seguridad al momento de dormir. También me servía para asegurarme de que ella no me dejaría ir, ¿acaso conocía mis pensamientos? Me pregunté si ella alguna vez pasó por lo mismo... Un escalofrío bajó por mi espalda al recordar los días del *World Juniors*.

—Me rescató antes de que pudiera pegarle cuatro gritos a la policía.

Abrí los ojos de golpe al sentir que alguien me llamaba. Frente a mí esperaban la enfermera y el molesto doctor con su incordiante lamparita. Pestañee varias veces, ya que me sentía perdido, apenas hacía unos segundos hablaba con Eli. Moví la cabeza de un lado al otro buscándola, la

odiosa máquina delató el correr de mi corazón. Cuando la encontré, de pie junto a la cama, solté una bocanada de aire en tanto el doctor seguía revisando mis reflejos. En cuanto terminó, él y la enfermera se marcharon.

Eché la cabeza atrás y extendí la mano hasta encontrar el brazo de Eli. Me estremecí cuando, con delicadeza, ella deslizó la mano sobre mi brazo mientras daba los pasos hasta quedar a la altura de mi abdomen y así poder volver a deslizarse sobre mi pecho. Intenté respirar profundo, saturarme del aroma que la caracterizaba, pero su peso me lo impidió, si bien yo me sentía en las nubes. Al levantar el brazo libre lo sentí pesado, fue por eso por lo que se me cayó sobre su cabeza y le jaloneé el cabello en lugar de dedicarle la caricia dulce que pretendía, sin embargo, ella no se quejó. Me obligué a concentrarme en la conversación que manteníamos y en controlar mis reacciones.

—¿Tan malo fue?

Una sonrisa perversa curvó los deliciosos labios de Eli y me lamenté por los oficiales que tuvieron que enfrentarla. Estaba seguro de que recibieron una clase magistral de cómo no dirigirse a una persona discapacitada y a ellos perdidos entre lo políticamente correcto y el uso adecuado de las palabras.

—¡No sabían qué hacer conmigo! Estuve a nada de reorganizar todo el departamento.

Una sonrisa torcida se apoderó de mi boca en tanto el perfume de mandarina y lirios opacaba el olor del desinfectante en el aire; su calor contrarrestaba el frío que intentaba colarse en mis huesos. El mareo extraño seguía presente, pero en menor grado.

—Debió ser algo digno de ver.

Escuché su risita queda y me dio un manotazo ligero en el brazo, por lo que la sonrisa estalló en mi rostro. Ladeé la cabeza sobre el colchón para poder observarla mejor. Deseaba acariciar el largo cabello negro, pero mis extremidades no cooperaban. Era como si en lugar de la Tierra me encontrara en Júpiter y mi peso fuera el doble.

—Price —intentó amonestarme.

—Payne.

Nos quedamos en silencio unos minutos y cerré los ojos, su voz era como un arrullo ante la peor pesadilla. Pensé en Ashley y me pregunté si ella contaría con alguien, como yo lo hacía con mi mejor amiga. Quizás yo no merecía tener tan buena suerte.

Sentí cómo Eli se reacomodaba contra mi cuerpo, aunque fui incapaz de abrir los ojos, pues los sentía pesados. El corazón me dio un vuelco cuando las yemas de sus dedos se deslizaron por mi piel en círculos, cuadrados y líneas rectas, como si ejecutaran un programa en ella. Permití que esa sensación de bienestar que ella creaba se apoderara de mí, solo sería esa noche... solo por un instante.

—*Baby...*

Mi brazo actuó en automático, deseaba una vez más fundirla a mí. Aunque mi virilidad no respondía, el deseo estaba ahí, latente, a la espera de una señal que le permitiera manifestarse.

—Mmm...

—Estoy aquí.

Un gruñido lastimero ahogó mi garganta, asfixiándome en un tumulto de emociones que no me creía capaz de sobrellevar. Era una montaña rusa de altas y bajas en picos.

—Estoy cansado y quiero terminar con todo.

Nuestras manos seguían entrelazadas, por lo que Eli debió percibir cómo mis extremidades se congelaron. Ella trajo la mano libre sobre el pecho, a la altura de mi desbocado corazón, como si deseara remendarlo y regresarlo —quizás— a como era antes de conocer a Ashley y tuve la esperanza de que anhelara devolverlo a aquellos escasos días en que estuvimos juntos.

—No soy princesa, pero te defenderé como un dragón feroz y cubriré tu torre con mi polvo de hadas. Lanzaré un hechizo y destruiré a todo aquel que te lastime. Y a ti te llenaré el camino de pétalos de rosas y prepararé algodón dulce para que vuelas entre sus nubes y rías a carcajadas.

Las lágrimas bañaron mis sienes. Esas eran las palabras que le decía todos los días a Isa antes de que se fuera a dormir. Solo que me era imposible creer en ellas.



Alexander

¿Eso quería decir que ella me amaba? Si tan solo tuviera un resquicio de esperanza; solo necesitaba esa diminuta luz al final del túnel. Eli no me aceptaría en ese momento, yo tampoco lo haría si ella acabara de terminar con alguien, pero necesitaba saber que existía esa posibilidad, un poco de paz, aunque no la mereciera.

Me reacomodé en la cama y contemplé esos ojos del color del hielo. Siempre tan cálida y abierta, excepto con nosotros. ¿Por qué? Intenté concentrarme, a pesar de la neblina en mi cabeza, quería descubrir algún indicio que me insuflara de valor. Ese que me faltó durante siete años.

Después de unos minutos, Eli frunció el ceño y movió la cabeza sobre mi pecho hasta casi conectar nuestras miradas. Si tan solo... Unos milímetros más, para explayarle mi corazón y soñar con que ella no huiría de mí.

—¿Me estás observando?

En el primer intento mi garganta no emitió ningún sonido; me descubrió, aunque no debía sorprenderme. Podría fingir estar dormido, pero me escondí durante mucho tiempo. Sin embargo, tuve que halar aire para que mis cuerdas vocales funcionaran.

—Sí. —Me quedé en silencio unos minutos para darle la oportunidad de tomar la iniciativa. De los dos, ella era la que tenía claro el camino a tomar siempre. Pero permaneció serena, con rostro impasible. Aunque no se lo expresara con palabras, ella debía saber que esperaba alguna reacción, mas, al parecer, no me lo pondría fácil—. ¿No me vas a decir nada?

Y por primera vez en ese día, obtuve una reacción de ella. Eli contuvo el aliento y sujeté su mano por el estremecimiento tan visceral que la recorrió de la cabeza a los pies. La máquina conectada a mi dedo índice delató a mi caprichoso corazón, pues comenzó a emitir un pitido constante.

—Solo estás confundido.

Su piel se tornó pálida y sus escurridizos ojos se humedecieron. Mi sonrisa incierta se mezcló con un jadeo y abrí los ojos a la par que pestañeaba con rapidez. En mi pecho sentía un hueco tan hondo que alteraba mi respiración. La posibilidad de que papá tuviera razón era cada vez mayor.

—Entonces esta confusión existe desde que tenía dieciocho años.

Eli intentó incorporarse y soltar nuestras manos, pero fui más rápido. Ella era consciente de que siempre la ganaría al moverme, por lo que me confundió que lo intentara.

—No había amor en tu relación. Te refugiaste en los recuerdos.

Un hormigueo me recorrió los músculos ante sus palabras. Me sentía eufórico y extasiado. No le dije «te amo» en aquellos días, pues creía que el tiempo era infinito. Pero tal vez ella lo intuyó y por primera vez no necesitó que yo lo verbalizara.

—Entonces ¿admites que sí te amo?

Ella me dedicó una sonrisa entre tímida y vacilante que volvió loco a mi corazón, no podría estar más hermosa, a pesar de las diminutas ojeras que comenzaban a opacar su rostro.

Abrí los ojos de golpe y oprimí la mano de Eli, que seguía entre la mía. No comprendía cómo, pero frente a mí estaban, una vez más, la enfermera y el doctor. Él pasó la fastidiosa lámpara por mis ojos y deseé poder gritarle por interrumpirnos. Fruncí el ceño, me sentía confundido, para mí había

estado solo unos segundos hablando con Eli. Un leve temblor se apoderó de mí, ¿qué me sucedía?

Ellos se fueron y a mi mejor amiga se le hizo fácil volver a adoptar la postura incómoda, con su torso contra el mío, regalándome su calor y su peso. Tragué y obligué a mi cuerpo a permanecer laxo. Eli tenía el poder de engrandecerse cuando estábamos tan cerca: su calidez derrotaba el frío que estrangulaba a mi corazón. Además, olía tan bien y sus caricias eran tan cuidadosas y delicadas que despertaba mi deseo. Volví a fijar la mirada en ella, esperanzado en recibir una respuesta.

A pesar de contenerme, mi pulso era errático y el movimiento de mi pecho debió delatar mis intenciones porque Eli sonrió con cierta tirantez, tal vez se sentía nerviosa. Volví a dejar caer el brazo sobre ella, no acababa de comprender qué le sucedía a mi cuerpo, por qué estaba tan aletargado, pero una vez más, ella no se quejó por la brusquedad con que la trataba.

—¿Cómo puedes amarme? No puedo recordar cómo luzco, ¡y mucho menos cómo lo haces tú!

Me humedecí los labios y un temblor se apoderó de mi mandíbula por la bocanada de aire nerviosa que solté. La adrenalina corría por mis venas peor que cuando estuve en las Olimpiadas. Los músculos me titilaban y mis extremidades parecieron perder su fuerza. Eli no sabía que la amaba. No podía culparla, pero tuve la esperanza de que fuera más intuitiva solo para mi conveniencia, y eso era injusto para ella.

Sus palabras podrían parecer sin importancia, y hasta banales, pero yo estuve ahí cuando la palabra «rojo» perdió su significado. Mi mejor amiga, la mujer que amaba, me acababa de abrir una rendija a su corazón y con facilidad se podría convertir en una grieta en lugar de una puerta.

Me senté al instante mientras mi brazo se resbalaba por su espalda y la rodeaba por la cintura. Afirmé las piernas en el suelo para darme mejor estabilidad y no terminar tirados. Cerré el puño sobre la cadera de ella para ocultare el temblor de mis manos. Los pensamientos se agolpaban en mi cabeza lo que agudizaba el dolor.

—Dime qué es lo que más odias, Eli.

Una risa nerviosa burbujeó en su pecho y con el brazo que la sujetaba me aferré a Eli para que ella tuviera mayor balance. Levantó la mano y cubrió sus labios mientras bajaba la cabeza.

—¡Alexander!

La sonrisa en mi rostro se amplió. Parecía algo nerviosa y esquivada. Era muy temprano para celebrar, pero pensé que poco a poco llegaría a ella, le devolvería los recuerdos de aquellos días y podría encender una chispa que estaba dispuesto a alimentar.

—Solo dilo. —Mi voz era un susurro.

Levantó los ojos arriba y negó con la cabeza como exasperada consigo misma por seguirme la corriente. Con ese movimiento, la sutil fragancia a mandarina y lirios me envolvió en una nube de bienestar. Deseaba tanto apoyar la cabeza sobre su hombro y recorrer el suave cuello con mi boca.

—Las cebollas.

Si mis músculos no hubieran estado concentrados en conservar el equilibrio de los dos podría levantarme de la cama y hacer un triple giro en ese momento.

—Y cuando me enoje contigo o me voy de viaje, ¿qué es lo primero que haces? —Ella guardó silencio con obstinación y hasta corrigió su postura. En esos exquisitos labios apareció un mohín que con gusto borraría a besos, mas ya era tarde para arrepentirme de mis palabras—. ¿Qué haces, Eli?

La presioné. Para ese instante ella ya debía intuir que yo lo sabía y su orgullo no le permitiría darme la victoria con tanta facilidad, aunque ya podía saborearla. Fue algo que descubrí por casualidad y a lo que no le di importancia durante mucho tiempo. No tenía excusa, lo sabía. Pero las mujeres eran un enigma. Llevaba junto a ella trece años y todavía no sabía descifrarla.

—Comer patatas con cebolla.

Me obligué a contenerme, aunque todo iba a la perfección. Íbamos por el mismo camino, solo debía mostrarle que nosotros éramos correctos. Y que ella siempre lo supo.

—¿Recuerdas cómo arrugaste esa linda naricita tuya el día en que me ofrecí a patinar junto a ti?



Alexander

Sus mejillas se colorearon de un maravilloso tono rosado y la chispa en los ojos la delató. Y por un segundo... entreabrió los labios y contuvo el aliento. Aferrado a su cintura, levanté nuestras manos unidas y dejé un beso endeble en la suya.

—¡Es un recuerdo horrible!

Solté una bocanada de aire. Quizás era una mala táctica recordarle a la chica que te gustaba queapestabas cuando te ofreciste a patinar junto a ella. Yo quería lucir como un príncipe y resulté un ogro, pero mi orgullo podría magullarse tanto como hiciera falta si con eso la recuperaba.

—Lo es, pero solo yo tengo la culpa. Pude comer espárragos o ajo.

Su risa escapó entre un resoplido y el diminuto cuerpo volvió a vibrar. Me pregunté si ella todavía lo podía recordar, si se dibujaba algún tipo de imagen en su cerebro, aunque por su reacción imaginaba que sí. Acaricié las sonrojadas mejillas y deslicé la punta de los dedos hasta su mentón

mientras el corazón me danzaba en el pecho. Por primera vez —en siete años— me sentí liviano.

Abrí las piernas y Eli dio un paso cuando la ceñí a mí con el brazo que la rodeaba. En esa posición, su respiración serena caía sobre mis labios. Sería tan fácil eliminar esos centímetros entre los dos y recordarle lo bien que se sentía cuando nos besábamos, pero no lo haría. No quería que pensara que ella era solo un refugio.

—Puedo decirte que mis ojos son cafés y mi rostro cuadrado. Tengo los hombros anchos y mis caderas deberían ser más estrechas. Las piernas son largas, al igual que los brazos. —Bajé la cabeza y negué. Estaba seguro de que con eso retrocedí varios pasos. Ella me imaginaría como un troll en lugar de el apuesto bailarín que se suponía que fuera—. Creo que me describí muy poco agraciado.

Eli ladeó la cabeza; en su rostro tenía un gesto pícaro. Si bien no me pasó desapercibido que, a pesar de que se reía conmigo, ella no me dedicaba ninguna muestra de cariño. Su mano libre permanecía a un lado de su cuerpo.

—No te puedo decir, nunca te he visto.

Fue mi turno de reír mientras ella mantenía esa sonrisa que me encandilaba. Inhalé profundo, el deseo por besarla me dominaba, pero debía controlarme. Eli no me daba ninguna pista sobre sus sentimientos. Tal vez ella dejó todo atrás y yo estaba estancado en el pasado.

—Quizás no recuerdes si mi nariz es cincelada, pero sí cómo mi brazo rodeó tu cintura y mi mano descansó sobre tu cadera.

Me negaba a perder las esperanzas. Nuestra relación fue breve, no obstante, el amor era puro. La prueba estaba en que éramos mejores amigos y que nuestras vidas se entrelazaron en todos los niveles. Además, yo jamás me habría apartado de su lado si no fuera por las exigencias de mamá.

Eli asintió, sus ojos estaban resplandecientes de burla. No me afectaba. Cualquier sonrisa que yo pudiera provocarle, sin importar la causa, me engrandecía. Yo tenía el poder de hacerla reír. Mi vida era un asco, pero al menos era importante para ella.

—De la manera más extraña posible.

—Sí, bueno, era la primera vez que tocaba una chica. —Jamás había subido a la pista, yo solo estaba allí para perseguirla desde que hicimos el experimento de ciencias. No quería hacer el ridículo y caerme, algo que sucedió quince minutos después—. También fuiste mi primer beso.

El corazón me martilleó en el pecho, eso no era lo que en realidad le quería decir. Me ofrecí a ser su compañero y las perlas de jugo mostraron más emoción que ella. ¡Parecía que le estorbaba! Así que le mentí para conseguir que me besara. Jamás proclamé ser el inteligente en nuestra relación. Yo solo quería besarla a ella, el camino para conseguirlo no me importaba.

—Eso no cuenta, solo querías practicar para besar a Madeline Edwards.

Gemí. Doce años más tarde, cerca de ciento cinco besos después, y ella no se olvidaba de ese detalle... Y con algo así podría perderla, debía reconducir la línea de los recuerdos. Llevé los dedos a la frente y me la masajeeé unos segundos. Fue un error, ¡lo sabía! Y pensé:

—Eso fue lo que dije.

Eli ladeó la cabeza con el ceño fruncido. Sus labios se movieron como si tuviera la intención de decir algo, pero su garganta no emitió ningún sonido. Entonces cambió el peso de un pie al otro, fue entonces cuando me percaté de que lo había dicho en voz alta. Enderecé mi postura y antes de que ella pudiera decir algo, añadí:

—Cuando te hice el amor también era mi primera vez.

Ella soltó el aire y me dedicó una sonrisa dulce. Me tragué la vanidad. Quizás pude experimentar con otras mujeres antes de hacerle el amor a Eli, pero yo deseaba que ella fuera la única... Algo que no sucedió para ninguno de los dos.

—Eso explica por qué fue tan peculiar.

Resoplé en medio de una risita. Eso era lo malo de que existiera tanta confianza, a ella no le importaba herir mi orgullo. Me quedé callado unos minutos, mis dedos actuaban por cuenta propia al acariciar las líneas y curvas de su rostro. Tenía plena consciencia de que la lastimaba con ese recuerdo. Abrí los ojos y pestañeeé con rapidez.

—El entrenador enfureció con nosotros. —Mi voz sonó ahogada.

Eli reajustó su postura, tan perfecta como era, necesaria para un triple salto. Solo hasta ese instante su mano libre chocó con mi rodilla y recorrió mi muslo hasta encontrar mi otra mano para unir las, por lo que se creó un círculo entre los dos, sin principio ni fin.

—Y nuestras familias nos pidieron conocer a otros.

Ambos nos estremecemos al mismo tiempo y una lágrima se deslizó por la mejilla de ella. Sin soltarnos, la recogí entre mis dedos. Éramos demasiado misericordiosos con nuestros padres. Mas ese instante no se

trataba de ellos: era sobre nosotros, y quería demostrarle a Eli que, a pesar de mis errores, yo siempre la amé.

—Pero cada vez que subíamos a la pista te hacía el amor.

Al fin pude llegar al punto que quería. Sabía que mis palabras podrían confundirla, que no era claro, pero era lo mejor que podía darle en ese momento.

—Lo sé. —Un sollozo fue el único quebranto que se permitió.

Otra vez me quedé en silencio, contemplándola. Volví a levantar nuestras manos juntas y las coloqué bajo su mentón para centrar su cabeza y, al fin, encontrar los azulados ojos de los que solía huir. El labio inferior de Eli tembló y cerró los párpados. El corazón me atronó en el pecho —que subía y bajaba descompasado— ante ese gesto, uno que se solía hacer cuando pretendías no observar a la otra persona, pero ella lo que quería era ocultarse de mí. Mi respiración se volvió errática y el estómago me dio una voltereta. Tenía la sensación de haber cometido el peor error de mi vida.

—Debí pelear por ti.

Eli negó y tuve que aferrarme a sus manos cuando intentó alejarse de mí una vez más. Esos labios tan apetecibles formaron una línea recta. Jamás descubrí el momento en que mi mejor amiga pasó de ese coqueteo natural a levantar una barrera entre los dos.

—Ya es tarde.

La sangre me bulló en las venas y el brazo con que la rodeaba por la cintura se volvió de piedra. Sin embargo, ella no se amilanó. Al contrario, su determinación aumentó. Los ojos de hielo eran tan penetrantes que su frío me consumía.

No era tarde. ¡No lo era! No. Me negaba a creerlo. Era imposible. Resoplé, y cuando no fue suficiente, gruñí como un animal herido. Ya no me importaba ocultarle nada. ¿Acaso no deseaba conocer lo que pasaba por mi cabeza? Entonces se lo mostraría.

—¡Maldición! ¿Por qué es tarde?

La puerta de la habitación se abrió y entró una enfermera joven a revisar las impertinentes máquinas con su pitido inoportuno. La mujer nos observó a uno y luego al otro, la desaprobación era evidente, pero así mi vida estuviera amenazada, no soltaría a Eli. Creí que dijo algo sobre que tenía que descansar, mas no le presté atención. Se marchó con los brazos cruzados y murmurando que el doctor se enteraría.

En tanto, Eli permaneció tan serena y fría como siempre mientras yo me revolcaba en la inmundicia, ahogándome en mis errores y encontrándome en una calle sin salida. Sin embargo, fruncí el ceño cuando ella osciló a pesar de mi agarre. Fue tan sutil que si no la estuviera sosteniendo no me habría percatado. Me impulsé en la cama, aunque era consciente de que sería imposible ponerme de pie, pues la borrachera seguía presente.

—La escogiste a ella sobre mí. ¿No te has puesto a pensar que ya tenías una vida de casado? Teníamos un hogar, un negocio juntos. Isa nos creía una pareja y tú le presentaste a alguien más.

Fruncí el ceño a la vez que mis ojos se desmesuraron. Contuve el aliento en tanto el fuego bullía en mi pecho. Si ella me podía reclamar, yo también lo haría. Siempre cariñosa, protectora, pero con medida, como si fuera un pecado explayarse, permitirse sentir con entrega.

—Tú solo sientes un amor plató...

—¿Me preguntaste?

—¿Me amas? —Mi voz estaba ronca y la mandíbula, apretada. La maldita máquina delataba los alocados latidos de mi corazón.

La respuesta era no, siempre lo fue. Mi mundo se paralizó por el fugaz dolor que atravesó su mirada como una ventisca. Y lo supe. No te podías ir y tener la certeza de que te esperaría quien dejaste. Otra vez me equivoqué, di por hecho que ella era mía sin importar que... Y quizás nunca lo fue.

—Siempre tendrás esa duda, *baby*.



Alexander

—Iré a por algo de comer. Estás enfermo y no quiero que empeores con la comida de mi hija.

—Gracias, señora Payne.

Me senté en la cama en tanto sufría como un novato en un barco durante la marea alta. No me quedaban fuerzas para decirle que la comida de Eli era decente. Nosotros pertenecíamos al hielo, no detrás de una estufa. Sin embargo, esa no era la conversación que manteníamos, en realidad, y era algo que me molestaba hacer frente a Eli. La señora Payne desmesuró los ojos y señaló con la barbilla a su hija mientras yo negaba con la cabeza una vez más. A la vez, mi mejor amiga me acomodaba una almohada tras la espalda y Max, nuestro perro, estaba acostado junto a mí con la cabeza apoyada en mi muslo. La señora Payne evidenció su disgusto al colocar la boca en una línea recta y fijar en mí sus severos ojos. Ella creía que la tensión entre Eli y yo era por no confesarle la gravedad de mis golpes. Quizás después comprendería el motivo, pero yo no iba a confesárselo.

Además, ¿de qué le serviría a Eli conocer la cantidad de golpes que recibí? Ya no quería lastimarla más.

La señora Payne fue por nosotros al hospital cuando me dieron el alta. El doctor insistió en que mi cerebro necesitaba descansar y me recomendó que asistiera a terapia. Fue por ello por lo que Eli la llamó. A pesar de que ella no aprobaba una relación entre los dos, Eli solo le confiaría mi seguridad a su madre.

Ella nos trajo una muda limpia y Eli y yo nos deshicimos de la ropa de la boda al dejarla olvidada en el bote de basura a las afuera del hospital.

Cuando me puse en pie para caminar los pocos pasos hasta el automóvil, mi mejor amiga fue mi soporte. Ella no permitió que nadie más se acercara, demostrándome cierta posesividad, algo que era nuevo para mí. No obstante, era consciente de que su único significado era el de la amistad. Eso era algo que debía aceptar.

Eli terminó con la almohada a la vez que yo procuraba que mi cuerpo se mantuviera tan alejado como me fuera posible de ella, algo muy difícil, pues estaba inclinada sobre mí. Tragué con dificultad y me estremecí al sentir los dedos de Eli subiéndome por la espalda.

—¿Estás cómodo, *baby*?

Nosotros seríamos incapaces de dejarnos de hablar, por muy molestos o heridos que nos sintiéramos.

—Sí, cariño, gracias. —Mi voz estaba apagada.

La señora Payne, que ya iba de salida, se detuvo en seco al escucharnos. Bajó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos. Fruncí el ceño ante su reacción. No era la primera vez que Eli y yo utilizábamos algún apodo de cariño el uno con el otro, aunque era yo quien solía hacerlo con frecuencia. Eli se movió con libertad por la habitación —ajena a la agitación de su madre— hasta llegar a las ventanas y cerrar las cortinas.

—Mamá, podemos pedir algo a domicilio.

—Cecilia, sabes que no me gusta que unos desconocidos tengan tu dirección y mucho menos si Alexander no puede estar al tanto de tu seguridad.

Observé a mi mejor amiga ir y venir por mi habitación. Ordenaba y disponía a su antojo. Su madre tampoco perdía detalle de sus movimientos. Creía con firmeza que un velo se levantó de nuestros ojos. No sabía qué fue lo que comprendió la señora Payne en ese instante, pero para mí era la

comprobación de las palabras de Eli la noche anterior: nosotros ya teníamos una vida como pareja.

—Mamá, no soy una niña.

La señora Payne me dedicó una mirada fugaz antes de marcharse. Tuve la sensación de que, aunque tarde, alguien de los que amábamos nos ofrecía su misericordia. Y solo por mis errores tendría que quedarme a solas con ella y explicarle que entre su hija y yo solo podría existir una relación de amistad porque perdí mi oportunidad hacía muchos años. Pero eso sería otro día, porque lo único que deseaba en ese instante era dormir. De preferencia, abrazado al diminuto cuerpo de la mujer que amaba, pero eso era solo una quimera.

Cuando Eli regresó junto a mí, levanté la cabeza y la contemplé. Se veía exhausta, pues la noche anterior ninguno de los dos durmió. Los doctores y enfermeras quieren cuidarte, pero el ambiente hospitalario es estresante. Me imaginaba que tan pronto regresara la señora Price, Eli tomaría un baño y se recostaría en su cama.

Me reprendí a mí mismo cuando mis pensamientos evocaron varias gotas de agua sobre esa piel tersa y delicada, la forma en que me gustaría recogerlas con mi boca. Los estremecimientos que antes fueron de dolor tendrían un nuevo significado al siguiente día. Eli sonreiría ruborizada, incómoda y envuelta en deseo.

—¿Estás dormido?

Su voz, en un susurro, me arrancó un gemido. Fue como si ella fuera testigo de esos pensamientos inadecuados y también deseara ser partícipe de ellos. Bajé la cabeza y negué en repetidas ocasiones. Como estaba distraído, no filtré mis palabras:

—Con tanta atención, voy a creer que me amas.

—Haces bien, porque te amo.

Mi corazón dio un vuelco ante sus palabras, lo cual era ridículo, y solté el aire de golpe. Ella me amaba, sí, como un amigo. Si bien, no comprendía por qué mi estúpido corazón seguía esperanzado. Tal vez por las señales tan contradictorias que ella me enviaba; quizás ella no era consciente, a lo mejor era yo quien deseaba encontrar un indicio en cada acción y palabra. Comencé a pensar que lo mejor sería alejarme por un tiempo, no era justo para ella esa revolución en mi interior.

—¡Cecilia, tienen visita! —La señora Payne le gritó desde el primer piso.

Me pregunté quién podría ser y me debatí entre agradecerle por la interrupción o levantarme y sacarlo a patadas porque mi chica necesitaba descansar. «No es mi chica, no es mi chica, no es mi chica».

—¡Alealealealeale!

Fui testigo de cómo mi mejor amiga contuvo el aliento al escuchar a mi hermana. Aunque, al recordar que yo sí podía verla, logró recuperarse y sonreír incierta y hasta con cierto temor.

La preocupación por mí se trasladó a mi hermana también. Con esos gestos, ¿cómo pretendía que no la amara? ¡¿Cómo viviría junto a ella cuando apareciera el hombre de su vida?!

*Alexander*

La mano de Eli se arrastró por mi brazo como una ráfaga fugaz cuando dio media vuelta y se apresuró a salir de la habitación. El «cuidado con la escalera» jamás abandonó mi garganta mientras escuché los pasos acelerados hasta extinguirse. Me acomodé en la cama para aparentar tanta normalidad como me fuera posible. A pesar de su edad, mi hermana era una niña y se podría impresionar al verme. Eli debía pensar igual y de ahí su reacción.

Hice una mueca de desagrado al escuchar la voz de mamá en tanto subía las escaleras. Deseaba ver a mi hermana, pero no a ella. Estaba muy cansado como para enfrentarme a sus amenazas.

—Si la recibo es por él e Isa.

—Sé que no soy bien recibida en la casa de mi hijo.

—Es nuestra casa, señora Price. Puede armar todas las pataletas que desee, pero yo siempre estaré aquí. Al menos hasta que él lo desee.

Era una mentira por parte de ambas. La casa le pertenecía a Eli y mi madre lo sabía... Y otra vez, mi mejor amiga salía en mi defensa, idéntica a una agresiva pingüina cuando algún desconocido se acercaba a su pareja. Levanté las manos y froté mi rostro una y otra vez. Si bien, un gemido me escapó de la garganta cuando me lastimé las puntadas en la mejilla. Tenía que dejar esos pensamientos atrás. Eli no me amaba como hombre, no lo hacía. Tuve mi oportunidad y lo arruiné.

—Me debes respeto, soy tu mayor.

—Sin embargo, se comporta como una niña caprichosa. Además, el respeto se gana, no se exige.

Absorbí todo el aire que fui capaz y lo solté de golpe mientras bajaba la cabeza. Esa era la pequeña fierecilla que yo conocía. Tal vez estuvimos separados en vano, Eli habría luchado por Isa tanto como yo.

—¡Ale!

La primera en aparecer por la puerta fue mi hermana. Al verme, se agitó en su silla entre gritos y risas. Movía las piernas y las manos de aquí para allá con gozo. Entonces apareció Eli con su rostro en una sonrisa resplandeciente, cualquier preocupación quedó olvidada ante la reacción de Isa. El alivio también me recorrió y me otorgó calma. A mi hermana no le importaron los golpes, ella solo quería estar conmigo. La última en entrar fue mamá, quien fijó la mirada en mí. En esos escasos segundos sentí que se cuestionaba mi hombría y valor.

—*Baby*, tendremos una pijamada.

Mamá guardó silencio, pero su mirada refulgió de ira. Mas no se atrevería a desmentir a Eli frente a Isa, eso solo lograría que ella quedara mal. Mi hermana aplaudió y se revolvió entusiasmada en tanto Eli deslizaba las manos por las piezas de la silla de ruedas hasta encontrar los broches que sostenían a Isa para soltarla. Ella colocó los brazos alrededor de mi amiga, quien la levantó con todo el cariño del mundo.

Eli pensó sus pasos, siempre lo hacía cuando cargaba a mi hermana, era muy cuidadosa con ella. Tardó en llegar junto a la cama y dejarla entre mis brazos. Agarré a Isa y la abracé con suavidad, sin dejar de sujetar la mano de mi mejor amiga —para que no se alejara de mí— y dejé un beso suave en la cálida palma. Giré la cabeza hacia ella y le dediqué una sonrisa bañada en agradecimiento, admiración y amor, sobre todo amor. Era ridículo, lo sabía, pues solo era un borrón para ella, pero mi hermana sí me veía, ella era mi testigo.

—Eres extraordinaria, cariño, gracias.

Las mejillas de Eli se colorearon de un rojo furioso y mi gesto se amplió. Quizás se sintió avergonzada por haberle dedicado un cumplido y un apodo cariñoso frente a mi madre, pero ya todo estaba al descubierto... Y la mujer que amaba seguía ahí. Todavía no comprendía por qué, si bien tomaría todo lo que ella me ofreciera en tanto yo le prometía mi alma.

Nos llevaría tiempo, lo sabía, pues primero debía recuperarme. Lo físico sanaría en un par de días, pero mi interior tomaría mucho más. Y si Eli seguía junto a mí después de todo, debía encontrar la forma de volver a su corazón. ¿Ella me lo permitiría? Suspiré, creía con firmeza que todo estaba perdido.

Mamá salió después de pocos minutos. La señora Payne llegó con una compra exagerada y las tres se dedicaron a llenar las alacenas y el refrigerador en tanto yo descansaba, pues Eli me obligó. Después escuchamos algunos capítulos de un libro mientras hacíamos figuras de plastilina con mi hermana. Max, nuestro perro, seguía detrás de nosotros como nuestro guardián.

Hablé con Brandon por teléfono y le aseguré que estaba bien. Incluso llamé a Ashley, su padre me respondió. Me pidió que no volviera a llamar y me dijo que ella estaba internada contra su voluntad, ya que sufrió una crisis nerviosa al comprender que el matrimonio jamás se llevaría a cabo.

Cuando colgué, bajé la cabeza y solté una bocanada brusca, sabía que yo era responsable de ello y no me sería fácil disculparme a mí mismo por la falta contra Ashley. Como siempre, Eli me encontró y me ofreció uno de esos abrazos que, aunque en ese momento no fue tan reconfortante, siempre sería bien recibido. Mi corazón se saltó un latido cuando, al soltarme, me dejó un beso en la esquina de la nariz. Imaginé que deseaba alcanzar mi mejilla, pero qué importaba su bendito error. Yo solo cerré los ojos y me dejé querer esos escasos segundos.

Ya en la noche, Eli e Isa cantaron y rieron mientras mi mejor amiga le daba vueltas a la silla de ruedas de mi hermana, como si fueran compañeras de baile. Sin embargo, tuve que halar aire con fuerza y dejarme caer en una esquina de la cama, mi cabeza se sentía tan borracha que ellas se desdibujaban durante segundos.

Quería jugar con Isa, cuidar de ella. Era mi responsabilidad, no la de Eli, pero mi cuerpo no me lo permitía. Me pregunté qué tan peligrosa hubiera llegado a ser mi relación con Ashley. ¿Habría mejorado después de

casados? No estaba seguro, porque Ashley jamás habría desterrado a Eli de mi corazón.

Eran cerca de las diez de la noche y mi hermana dormía junto a mí. Vestía un pijama idéntico al de Eli, que también hacía juego con el mío. Observé la habitación que me rodeaba y el esmero de Eli en cada detalle para que yo me sintiera cómodo en mi hogar. Fue un día normal. Brandon solía hablarme de ellos y, a pesar de que me sentía muy feliz por él y Sarah, siempre tuve el dolor en mi pecho de que yo nunca viviría algo así. Fui un estúpido.

Eli tenía razón, nosotros convivíamos como una pareja de casados y yo la dejé ir. No existía documento que la avalara, mas ambos nos comprometimos a deslizarnos juntos en la vida y yo rompí esa promesa. ¿Para qué? ¿Por qué mis padres se negaban? Y aun así, la viví, y Eli luchó junto a mí. Mamá hacía mucho alboroto con sus palabras, pero sus acciones eran débiles. ¿Por qué me dejé arrastrar por ella?

Comprendí que necesitaba un tiempo a solas para reflexionar. Eli hizo bien en rechazarme, ¿en qué momento le demostré que yo podía ser el hombre que ella necesitaba a su lado? Uno que no dudara en escogerla por encima de todas las cosas... Uno que no le temiera tanto a las amenazas de sus padres. Después de todo, eran solo eso, amenazas vacías.

Me iría al viaje de luna de miel y quizás extendería mi estadía. No estaba seguro de cuál sería nuestro futuro, ni lo que Eli me pediría, pero creía que un tiempo separados nos haría bien. Yo necesitaba sanar las heridas con las que cargaba y ella necesitaba reparar las que yo le provoqué.

Dejé un beso en la frente de Isa y me levanté sigiloso para no despertarla. Salí de la habitación y, pocos pasos después, me encontré golpeando a la puerta de mi mejor amiga. Sentí la necesidad de hacerlo, aunque nunca me importó antes. La separación de nuestras habitaciones era arbitraria, pues ambos solíamos entrar y salir con facilidad, pero algo en mí necesitó darle privacidad a Eli en ese momento y no meterme en su espacio como si tuviera derecho.

—Pasa.



Alexander

Sonreí al escuchar que me permitía entrar, por algún motivo lo sentí como una victoria. Sabía que me comportaba como un tonto, pero que ella todavía deseara verme me hizo sentir especial. Sin embargo, el gesto murió tan pronto apareció, pues la encontré sentada en medio de la cama, con la nariz enrojecida y los ojos inflamados. Todavía llevaba el mismo pijama que Isa. El corazón, que segundos antes estaba engrandecido, se me achicó para entonces martillarme en el pecho.

Bajé la cabeza y tragué con dificultad. Eso reafirmaba mi decisión de irme. Me masajeeé la frente. Era uno de esos momentos en los que sabes qué es lo correcto, pero te resistes a aceptarlo. Eli e Isa eran mi sistema de apoyo, y alejarme de ellas supondría un gran esfuerzo. Ellas me hacían bien, pero yo las dañaba. Levanté la cabeza con la decisión ya firme en mi corazón.

—Creo que lo mejor es que me vaya... —Sentí la imperiosa necesidad de añadir—: por un tiempo.

Eli asintió con firmeza y cierta manía, como si intentara convencerse a sí misma de que eso era lo correcto. Una lágrima se deslizó por su mejilla, y luego otra, y otra. Mi corazón se desbocó y el pecho me subía y bajaba como si acabara de ejecutar la más extenuante rutina sobre el hielo.

Ella levantó la mano y se limpió con cierta rudeza las mejillas. La regañaría, juro que lo hubiera hecho, ya que no debía tratarse así, pero mi mente se quedó en blanco al ver los casi imperceptibles manchones anaranjados en su rostro. Mis ojos se desmesuraron, resoplé, reí y el corazón me dio un salto que pensé me robaría la consciencia. Busqué con premura por todo su cuerpo hasta dar con la bendita bolsa de papas junto a ella.

Subí a la cama sin ninguna duda. Me senté junto a Eli y la arrimé a mi cuerpo, abrazándola. Ella sujetó mis brazos, y de ahí le fue fácil encontrar mi abdomen y rodearme con sus propios brazos para completar el círculo entre los dos.

—Lo que pasó en el último año y medio fue... —Cerré una de las manos que la rodeaba, era demasiado vergonzoso. Jamás sería capaz de contarle lo que sucedió. Eli apoyó la cabeza en mi pecho y sus esbeltos brazos me oprimieron. Subí la mano hasta su cabeza y dejé un beso en el negro cabello—. Y necesito tiempo. ¿Está bien?

Asintió una y otra vez, por lo que me provocó cosquillas en el hombro, si bien, no reí, pues más lágrimas bajaron por sus mejillas.

—Sí.

El vacío en mi pecho era atroz. Las palabras que me dijo en el hospital se repetían una y otra vez en mi cabeza. Ella nunca me diría si es que en algún momento tuvimos otra oportunidad. Pero también sabía cuánto odiaba mostrarse tan vulnerable como en ese momento. Era muy extraño verla llorar, si lo hizo cinco veces frente a mí a lo largo de esos años, fue mucho. Me pregunté si querría acompañarme, mas me reprendí a mí mismo. No podía ser tan egoísta.

—Necesito hacerlo solo.

Lo dije en alto más para mí que para ella. Eli levantó la cabeza y volvió a asentir. Llevé la mano libre a su mentón y lo moví unos centímetros a la derecha para encontrarme con su azulada mirada.

—Lo sé.

Se subió la mano hasta la nariz y se dejó un diminuto rastro de color naranja en la punta. Sonreí con los ojos humedecidos. Eli no podría verse

más adorable y culpable. La contemplé por un largo tiempo. Con los dedos acaricié su largo cabello en un ir y venir que le aseguraba a ella que yo seguía allí. No era como si pudiera escapar, pues me mantenía aprisionado entre sus brazos —aunque no me quejaría—.

«¿Por qué la vida se nos complicó tanto? ¿Por qué la sociedad no acaba de comprender que las personas con discapacidad no son inferiores? ¿Por qué mi madre, que conocía la discapacidad por una de las personas que más ama, la discrimina?».

Sin darme tiempo a arrepentirme, entrelacé la mano de Eli con la mía y la llevé a mi boca para dejar un beso en su palma, mas en el último segundo, separé los labios y metí el dedo índice de ella en mi boca, lo rodeé con la lengua y retiré el polvo de queso. Siempre podría refugiarme en la locura temporal. Ya había decidido irme, ¿qué más daba sorprenderla?

Sin siquiera considerar que ella podría volver a rechazarme, halé su mano y me impulsé hasta que los labios chocaron con los de ella. Acuné su rostro mientras enredaba los dedos en su sedoso cabello. Sus brazos permanecieron alrededor de mi cuerpo, ofreciéndome una tibieza que se apoderaba de mi corazón y lo envolvía como una manta que te calentaba en la noche más fría.

Ella, mi mejor amiga, entreabrió los labios y con la cálida lengua buscó la mía para bailar una danza primitiva que no necesitaba practicarse, solo sentirla. Soltó las manos y las arrastró en mi pecho para encontrar la nuca y sostenerme allí, su cuerpo tibio estaba recargado en el mío. Me sentí como un astronauta en la luna, pues había un toque de posesión; pero, sobre todo, era suave y tierna, si bien, certera y segura. No existía ni un atisbo de duda.

La rodeé con los brazos y aferré su diminuto cuerpo al mío, mis manos descansaban en el hueco de la espalda. Así, sentados, la impulsé sobre mis hombros porque quería, necesitaba... No tenía idea de qué, pero una energía revolucionaba mi interior y me pedía gritar, y reír, y girar una y otra y otra vez. Eli sonrió y dejó besos sueltos sobre mis labios antes de alejarse unos centímetros. Su rostro resplandecía y sus ojos tenían un brillo especial, por mí.

—Me respondiste.

Quería sonar calmado, si bien mi tono agudo delató la sorpresa e incredulidad de lo que acababa de ocurrir. Esperé muchas cosas, quizás hasta una bofetada, por ser tan impropio, jamás soñé con que se apoderaría del beso.

—Por supuesto que te respondí, estúpido.

Ella levantó los ojos arriba para mostrar su exasperación, pero sus brazos seguían alrededor de mi cuello como si deseara darme seguridad. Le exigí a mi corazón mantener la calma y no levantar demasiado alto las esperanzas, pues la caída sería aparatosa.

—¿Me amas?



Alexander

El corazón me latió más y más despacio, como resignado a sufrir una muerte terrible, a la par que mi cerebro repetía sin parar la respuesta que recibí la noche anterior. Eli ladeó la cabeza y respiró profundo. Fue el instante en el que supe que estaba perdido. «¿Fue un beso de compasión?» Tal vez sintió lástima por los padres que tenía y la mujer que escogí como prometida.

La mujer que amaba acarició mi nuca en un vaivén reconfortante. Por la posición —y la iluminación en su habitación— le era más fácil distinguir el borrón que era mi rostro y su azulada mirada se mantuvo sobre la mía. Me dedicó una sonrisa tímida y procuré mantener su cuerpo pegado al mío, pues por algún motivo sus apagados ojos se tornaron... temerosos.

—¿Todavía lo dudas?

Lo hacía. En mi mente repasaba nuestros momentos juntos a lo largo de los años y ella siempre permaneció serena e indiferente. Excepto en las semanas que estuvimos juntos. Ahí conocí a una Eli amorosa, atenta y

efusiva. Mas todo eso quedó atrás en cuanto terminamos; el duelo por nosotros fue fugaz, podría jurar que dos semanas después, ella había olvidado que alguna vez nos amamos.

—Creo que juegas conmigo.

Sus hermosos ojos se humedecieron a la par que se desmesuraban temblorosos y el lazo que me sostenía por la nuca se rompió para que ella pudiera cubrirse los labios con una mano.

Mi rostro se abrasó al percatarme de que la lastimé. Sentí el pecho apretado en tanto un sudor frío bajaba por mi espalda. Iba de equivocación en equivocación. Ella... ¿me amaba? ¿Desde hacía cuánto? Y ¿por qué? Si de algo estaba seguro era de que no lo merecía.

—Discúlpame por no aceptar de primera que me amas. Pero, ¿sabes?, soy ciega, y el noventa por ciento de la comunicación es no verbal. Señor «Quiero Besar a Madeline Edwards».

Tragué y la oprimí contra mi cuerpo porque estaba seguro de que nos caeríamos. Así de grande fue el susto que me recorrió cada terminación nerviosa ante su exabrupto y la rapidez con que soltó las palabras como si fuera una sola.

Pretendí replicar, pero por primera vez, cerré la boca para no arruinar el momento, después de todo, no todos los días Cecilia Payne te besaba y te decía con contundencia que te amaba. Por dios, el cuerpo me temblaba peor que cuando el entrenador nos regañaba.

—De acuerdo, estás furiosa.

De su garganta floreció un grito mezclado con un gruñido y un sollozo. Algo que no escuché nunca antes. La observé petrificado un segundo y entonces una sonrisa lenta curvó mis labios.

—Nunca me perdonarás eso.

Se cruzó de brazos y desvió el rostro.

—Anda, vete a buscarla.

Me aferré a sus caderas y de un salto me puse en pie. Eli aprisionó mi cuello con los brazos y mis caderas con las piernas cuando comencé a girar como un loco, una risita nerviosa la acompañaba.

—¡Te amo a ti! ¡Solo a ti! ¡Desde siempre! ¡Eres la única!

Un mareo atroz fue el recordatorio de que mi cuerpo todavía no se recuperaba de las decisiones tan erradas que tomé en los meses anteriores. En el último segundo conseguí que cayéramos en la cama mientras mis brazos pegaban el cuerpo de ella al mío para protegerla de la caída.

Rebotamos en el colchón en tanto reíamos. El subir y bajar de mi pecho era vertiginoso. Todavía me resistía a creer que nuestros destinos, al fin, habían encontrado la forma de volverse uno. Levanté las manos, acomodé el desorden en su cabello y le acuné el rostro. La mujer más hermosa del mundo me amaba. Nada ni nadie podía borrar la estúpida sonrisa que veía reflejada en su mirada.

Durante largos minutos permanecemos en esa burbuja perfecta que era nuestro amor. Si bien, el peso en mis hombros seguía tan intacto como antes de entrar a su habitación. Debía ser un hombre libre para amarla como ella se merecía, pero la carga emocional que me acosaba durante los últimos seis meses no me lo permitiría. Amarla también significaba protegerla de mi inestabilidad emocional.

Con la punta de los dedos le dediqué una caricia fugaz a sus mejillas y observé ese rostro dulce para reaprenderme cada uno de sus poros y líneas de expresión, aunque yo ya me los sabía de memoria. Solo que había algo diferente, algo de lo que jamás me percaté: su amor. Un amor paciente, que aguardaba por mí. No era que le fuera indiferente, Eli solo me daba libertad. Esa palabra a la que yo le tenía tanto pavor, pues por mucho tiempo pensé que mi libertad significaba abandonar a mi hermana para que yo pudiera ser feliz. Las cadenas continuaban encerrando mis muñecas, pero mi chica de ojos esquivos acababa de abrir la puerta de mi propia prisión.

—Aún me iré.

Sus manos me aprisionaron el cuello en un gesto posesivo que engrandeció mi corazón. La mujer frente a mí era la más extraordinaria del mundo, aunque por supuesto que sus palabras contradijeron lo que sus acciones me demostraron.

—Lo sé. —A pesar de todo, sonreí mientras una lágrima se deslizaba por mi mejilla y el corazón me bombeaba loco. De pronto el gesto de ella se tornó severo y contuve el aliento. Era demasiado pronto para que se arrepintiera—. Pero si regresas con otra, me iré a vivir a China y jamás volveré.

Me mordí los labios en un intento vano de contener mi risita, por lo que resoplé. Por supuesto que a ella no le hizo ninguna gracia. Levanté la cabeza y estiré la espalda para poder alcanzar sus labios y dejarle un beso tan endeble como mi corazón sobre los labios.

—¿Yo cuento con la misma certeza de que eres solo mía?

Ella negó con contundencia y su rostro se tornó tan apacible como siempre.

—No. Solo hasta que regreses sabrás si te esperé.



Alexander

Acababa de llegar al aeropuerto internacional de Ottawa, pero no sería recibido por nadie porque Eli me esperaba hasta el siguiente día. Habían pasado tres meses desde que me fui, mas no resistí estar un día más separado de ella y adelanté el vuelo: le daría una sorpresa.

El transporte privado se detuvo frente a la pista. Saqué la billetera y pagué. Al llegar a la puerta tuve que sostener la billetera entre los dientes para poder meter la llave en la cerradura. Cuando entré fruncí el ceño al escuchar el final de la ópera Carmen a través del sistema de sonido.

Cerré la puerta con cierto temblor en las manos. Era muy tarde y la pista estaba cerrada al público. ¿Acaso Eli tenía compañía? Caminé unos pasos y di un salto para ver por encima de la valla de protección. Contuve el aliento, pues por un segundo fui testigo de un giro en bucle, ¿para quién bailaba?

No pude moverme de inmediato cuando mis pies volvieron a tocar el suelo. Hablamos por teléfono todos los días durante esos meses, a veces en

más de una ocasión, y Eli jamás me dio a entender que había conocido a alguien. ¿Acaso me tardé demasiado?

Solo estuve un par de días en Cancún, que fue el destino que Ashley eligió. Tan pronto llegué, descubrí que el sol, la playa y la arena no eran para mí. En un lugar así, añoré que Eli e Isa me acompañaran. Tardé cuarenta y ocho horas en encontrar un vuelo que me llevara a Chicago, donde Brandon vivía con su familia. Él me abrió las puertas de su hogar y dormí en el sofá de la sala esos meses, mientras los ayudaba a preparar la habitación del bebé y colaboraba con Brandon en su taller de motocicletas.

Una semana después conseguí una cita para una visita privada con un psiquiatra, quien, después de un par de secciones, me derivó a un psicólogo. Mi cita en Ottawa no sería hasta dentro de un par de semanas, pues la lista de espera para pacientes con alguna condición mental era larga. Por eso me tardé en regresar, necesitaba tener ese apoyo extra. Para ser el *caregiver* de mi hermana y formalizar una relación con la mujer que amaba, debía velar por mi propia salud y bienestar.

La música llegó a su fin y creí escuchar un gorjeo. Entrecerré los ojos y presté atención, pero el lugar permaneció en silencio. Sin embargo, levanté la cabeza de golpe al reconocer los primeros acordes de *Perfect* de Ed Sheeran, solo que era la versión a dueto con Andrea Bocelli. El corazón me dio una voltereta en el pecho y corrí por el largo pasillo con una exhalación. No me permitiría dudar de Eli y de su amor, incluso me molestaba haberlo hecho durante unos segundos. Pero, tal vez, a ella se le ocurrió pedirle a Madeline Edwards que se presentara conmigo en el evento del siguiente día, y me avergonzaba porque eso significaría serle infiel a Eli en el hielo. Yo solo podría bailar con ella.

Levanté los ojos hasta las gradas y me encontré con la señora Payne, quien me dedicó una mirada como de: «Ya era hora de que regresaras». Aunque me parecía imposible, Isa estaba junto a ella, no me prestó mucha atención, pues estaba absorta en lo que sucedía en la pista. Aun así, me llevé el dedo índice hasta la boca para que no dijera mi nombre, ella rio fascinada. Le envié un beso en el aire, como promesa de que muy pronto la abrazaría.

Giré para observar la pista y confirmé que era la coreografía de Madeline y mía en las Olimpiadas de 2018. Me quedé embelesado ante la estética de la que era testigo: los movimientos eran precisos y los aterrizajes

eran fluidos como si no requirieran ningún esfuerzo. Ese nivel no se alcanzaba en tres meses, requería años de entrenamiento.

Salí de mi ensoñación —y de ese estado bobalicón que los fans sienten por alguien que admiran— y corrí a nuestra oficina por mis patines. Al regresar me dejé caer en la banca y me retiré los zapatos con los pies, me coloqué un patín y luego el otro. Los ajusté en tanto intentaba mantener la vista en la pista para no perderme de nada. Solo al ponerme de pie me percaté de que me los puse al revés. Dejé caer mi cuerpo una vez más y, entre maldiciones y resoplidos, intercambié los patines en mis pies.

Me levanté y me detuve en la puerta de entrada a la pista. Hasta ese momento vi que el entrenador la acompañaba. Él asintió al reconocer mi presencia y yo hice lo mismo. Esperé. Era consciente de que no podía entrar, no obstante, la espera a que ella recorriera la pista y pasara a mi lado me pareció eterna, lo cual era ridículo, pues ambos podíamos recorrer doce metros en un segundo.

—Eli —dije cuando ella pasó junto a mí—, soy Alex, regresé.

La fluidez en el deslizamiento se cortó por unos instantes y me reprendí a mí mismo por sobresaltarla de esa forma, pero ella se recuperó con rapidez. Giró para quedar frente a mí y se deslizó hacia atrás mientras yo entraba y dejaba que los patines resbalaran por el hielo.

Ella siguió patinando hacia atrás en tanto levantaba el brazo derecho y se daba golpecitos en el labio inferior con el dedo. Un gruñido se atoró en mi garganta, lo único que deseaba era devorar esa boquita desafiante y plantar bandera en su corazón, pero teníamos testigos y a la señora Payne no le haría gracia que actuara como un cavernícola: «Mujer mía».

—¿Qué Alex?

Me empujé el labio con la lengua en tanto una sonrisa torcida se adueñaba de mi boca. De mientras, el rostro de ella volvió a esa impasibilidad que tan bien conocía cuando yo la extrañé cada milisegundo del día.

—Tu compañero de experimento de ciencias.

Eli frunció el ceño, aunque percibí la fugaz chispa que encendió su apagada mirada.

—¿Mi ladrón de perlas de jugo?

Mi sonrisa se amplió, ya que no me pasó desapercibido el posesivo. Las notas dulces de la canción se apoderaron de mis sentidos. El choque de mis patines sobre el hielo le hacía saber a ella que la perseguía y que no me

detendría hasta alcanzarla. Mi pequeña gatita se hacía de rogar, pero este ratón estaba dispuesto a darle caza.

—El incauto que se ofreció a patinar junto a ti.

Lo único que recibí fue una ceja enarcada.

—¡Oh! ¿El que pretendía conquistar a Madeline a través de mí?

Aunque no podía verme, me llevé la mano derecha sobre el corazón como si acabara de provocarme una herida mortal; comprobé que la mujer que amaba jamás olvidaría ese detalle. En mis pensamientos se agolparon miles de respuestas, pero solo mi corazón tenía la indicada, así que le permití hablar.

—¿Qué tal el imbécil que no se percató de cuánto lo amabas?

Una sonrisa lenta curvó sus labios.

—¡Ese Alex! Por eso tu voz me pareció familiar.

En un segundo, ella pasó de ir hacia atrás a, el siguiente, impulsarse en la dirección contraria. Con la velocidad que alcanzó, apenas me dio tiempo para recibirla sin que cayéramos al suelo. En el último instante ella dio un salto y la aferré a mi cuerpo con los ojos desmesurados y el corazón repleto de felicidad, en tanto ella me rodeaba con los brazos y reía a carcajadas.

Sabía que estábamos en la pista y que su seguridad era lo más importante, pero no podía dejar de observar sus apetitosos labios. Estaba cubierta de la cabeza a los pies con el uniforme de práctica, el cabello negro en un moño apretado con algunos mechones revueltos, el rostro libre de maquillaje, lo que indicaba que llevaba horas sobre los patines. Cualquier otro mencionaría las líneas de cansancio alrededor de los ojos o el sudor que perlaba su frente, mas me pareció que estaba sublime.

—Quiero besarte. —Mi voz sonó ronca.

Eli ladeó la cabeza, la picardía en su mirada era efervescente.

—¿Vas a pedirme permiso cada vez que vayas a hacerlo?

La sonrisa que se apoderó de mi rostro no era angelical y, a la vez, le estaba agradecido por el sutil recordatorio de que solo era ella, la misma chica que conocí hacía trece años, a la cual jamás traté con circunspección, sino con cierta intrepidez y locura. No comenzaría a ser medido en ese instante, mucho menos cuando tenía la certeza de que ella me amaba.

La canción llegó a la mitad y salí del estado embelesado que me convertía en un tonto cuando estaba junto a ella. Recordé el motivo por el que me apresuré a calzarme los patines: que Eli se convirtiera en mi compañera de baile. El orgullo y la certeza se enrevesaban en mi corazón.

Ella era la única que podía estar junto a mí en las Olimpiadas de invierno. Me incliné y la deposité con delicadeza en la pista para poder continuar con el programa.

Ambos nos desplazamos y giramos con suavidad sobre un pie en tres ocasiones. Sonreí, pues ese hecho me demostró su memoria muscular y musical. Me alejé de ella para llegar a mitad de la pista y colocar una rodilla en el hielo. Me perdí en la forma en que Eli levantó las manos, como un pájaro en vuelo. Extasiado, observé cómo se acercaba a mí poco a poco y formaba un círculo a mi alrededor con la pierna extendida hacia atrás y hacia arriba. Se alejó con los brazos extendidos hacia el frente y patinó hacia atrás. Entonces volvió a rodearme y alargó los brazos hasta encontrar mi rostro y ofrecerme una caricia ligera que sí alcanzó mi piel.

Con Madeline me negué a que nuestras rutinas tuvieran el romanticismo que caracterizaban a las que hacíamos Eli y yo, por tanto, los movimientos solían ser excesivos, algunos periodistas nos catalogaron como: «unos modelos falsos tan amateurs que exageraban sus poses», pero justo esa era nuestra intención. Madeline llevaba la palma de la mano a mi rostro, mas jamás me tocaba, y yo hacía lo mismo. Otra diferencia era que Eli y yo competíamos en la categoría de danza sobre hielo y con Madeline lo hice en patinaje artístico de pareja, lo que significaba que a Eli jamás la levanté sobre mi cabeza.

Cerré los ojos por un segundo cuando Eli apoyó el brazo en mi hombro, pues el calor de su cuerpo me ofreció un abrazo avasallante. De mi pecho afloró un gemido angustioso, esos tres meses alejados fueron los peores de mi vida.

—Hola, cariño. Me hiciste mucha falta.

Me puse en pie y, con el mismo impulso, la cargué entre mis brazos. La mano libre de Eli se apoyó en mi rostro, algo que no pertenecía al programa y acercó tanto el rostro al mío que nuestros alientos se entremezclaron. El éxtasis y la adoración comenzaron un hervor sosegado en mi interior; conociéndola, no debería sorprenderme que se adueñara de la rutina. Giré y giré mientras ella mantenía la pierna derecha doblada en una pose estética.

Antes de dejarla con suavidad en la pista, sus brazos me rodearon en un abrazo reconfortante que me hizo saber que ella también me extrañó. Era consciente de que no habría palabras por parte de ella, ya que no podía sacarla de su concentración. Esa era la primera vez que realizábamos ese

programa juntos. Imaginé que Eli obligó al entrenador a enseñarle la rutina y que practicó con él.

Formamos un círculo mientras patinábamos hacia atrás, nuestras manos derechas siempre entrelazadas. Tomé impulso, extendí la mano y el pie izquierdo hacia arriba, en tanto ella alargaba su cuerpo hasta parecer recostada sobre el hielo. Giré, nuestros brazos estaban extendidos. Giramos y giramos y giramos. El cuerpo de Eli levitaba en la pista mientras yo me acucillaba sin parar de hacer círculos. La mujer que amaba lograría que mi corazón estallara de orgullo.

En el mismo paso nos puse en pie. Nos soltamos en tanto me impulsaba hacia atrás y ella me seguía. Eli extendió la mano derecha y la halé hacia mí. Coloqué la izquierda en su omoplato para que ella diera una vuelta y nos deslizamos hacia un lado con nuestras piernas levantadas.

—Estás hermosa.

La coloqué frente a mí, cruzamos nuestros brazos y la hice girar. La arrastré conmigo, y mientras patinaba hacia atrás, ella se inclinó y extendió la pierna derecha hacia arriba. En un movimiento fluido, permití que su cuerpo se adelantara al mío, me incliné hacia el frente y la agarré del patín mientras levantaba la pierna derecha hacia atrás, entonces fue ella quien me guio sobre la pista. Tenía los brazos extendidos como un pájaro en pleno vuelo.

Me impulsé y deslicé la mano derecha hasta el interior de su muslo —un poco más arriba de lo que era necesario— y la otra en el abdomen, entonces la levanté. Eli permitió que su cuerpo se recostara en mi pecho, un movimiento fuera del programa, y en esa posición, extendió las manos y la pierna libre hacia arriba. Me deslicé, y a mis oídos llegó un suspiro soñador cuando la deposité sobre el hielo; extendimos las manos a los lados, nuestros cuerpos, con la postura estilizada, y solo uno de nuestros patines sobre la pista. Y, como si fuéramos uno, giramos.

Eli se alejó de mí y la seguí —yo siempre lo haría—. Ambos extendimos las manos sin llegar a tocarnos y, cuando lo hicimos, las levantamos como si acabáramos de recibir una descarga eléctrica. Debíamos repetir el movimiento en tanto girábamos en vueltas contrapuestas, pero yo solo giraba, porque no podía parar de contemplar la cadencia de sus movimientos.

Me obligué a concentrarme. Uní la mano izquierda de Eli con la mía, una señal adicional del movimiento que seguiría.



Alexander

Tomé impulso en tanto bajaba la mano derecha hasta su cadera. Solté nuestras manos y extendí la izquierda, mientras giraba, la levanté sobre mi cabeza. Eli apoyó su izquierda en mi hombro, llevó la pierna izquierda hasta la frente y la sostuvo ahí con la mano derecha a la vez que doblaba la pierna derecha hacia atrás y soltaba mi hombro. Giramos y giramos y giramos. Regresó sobre mis hombros, la impulsé y su cuerpo levitó a la vez que daba un pequeño giro en el aire para entonces caer entre mis brazos. La sostuve en ellos y no me pude contener de encontrar sus labios y dejar un beso fugaz, las suaves manos envolvieron mi rostro antes de depositarla en el suelo. Mordí los labios y la sonrisa pícaro de ella debía ser reflejo de la mía, pues ambos nos salimos de la rutina.

—Eres maravillosa.

La dejé ir y seguí el deslizar y la ondulación de su cuerpo sobre la pista. Era un terrible compañero porque estaba hipnotizado como el fan más ferviente.

Eli me rodeó y, sin querer, sus dedos rozaron los míos. Tomé su mano con sutileza, la levanté y la hice girar, era la señal de que era hora de lucirse. Volvimos a girar y girar y girar. Extendí la pierna derecha hacia el lado en tanto ella colocaba los brazos sobre mis hombros y, de inmediato, se sujetó de la nuca mientras yo lo hacía de la cintura. Entonces abrió las piernas en un *split*, todo mientras mi cuerpo se acucillaba sin parar de girar. En esa posición, su cuerpo quedó horizontal entre mis brazos. Utilicé el mismo impulso al levantarme para alzarla a ella. Eli se apoyó entre mi nuca y hombros, los brazos y las piernas abiertos como una estrella de cinco puntas. Giré y giré y giré y ella lo hizo al mismo tiempo. Era un hermosísimo rehilete que mostraba su vistosidad sobre mí. Yo solo le ofrecí apoyo en su abdomen o sujeté el interior de los muslos. Se me humedecieron los ojos y mi boca estalló en una sonrisa en tanto escuché un «guau» desde las gradas, el cuerpo de Eli pasaba de horizontal a vertical en segundos a la vez que me recorría los hombros y la espalda.

Quedamos frente a frente, nuestros pechos subían y bajaban agitados por el ejercicio. Los brazos de Eli me rodearon la nuca mientras lo único que podía hacer era estrecharla entre mis brazos y ser testigo del resplandor en su azulada mirada. En el último segundo, llevé las manos a las caderas y decidí arrojarla; por un instante, los ojos de Eli se desmesuraron por la sorpresa, aunque con rapidez se cubrieron de determinación. Cruzó los brazos sobre el pecho, perfeccionó su postura en el aire y giró, le faltó media vuelta para el triple giro. Me impulsé para recibirla entre mis brazos, ya que no era un movimiento de la rutina y no estaba seguro de que tuviera el equilibrio necesario para caer de pie en el primer intento. El cuerpo de Eli se deslizó por el mío, con las manos ella rodeó mi cabeza con cierta posesividad mientras que yo la sujetaba de la cintura y la estrechaba contra mi cuerpo.

Giré y giré y giré a la vez que gritaba y reía con cierta histeria. ¡Lo sabía! ¡Siempre tuve la certeza de que nosotros éramos correctos! ¡Que Eli era la única que debía estar junto a mí en las Olimpiadas de invierno! La oprimí aún más, su rostro tenía un resplandor insuperable y los ojos le brillaban ante un programa pulcro. Tenía una sonrisa hermosa de oreja a oreja que era el reflejo de la mía. Levanté la mirada hasta las gradas, ya que los gorjeos y gritos de Isa recorrían los rincones de la pista. La señora Payne se cubría la boca con las manos, y sus ojos desmesurados eran señal de cuán atónita se encontraba. Regresé la mirada a mi chica y la contemplé

con los ojos humedecidos y un cúmulo de energía efervescente en mi interior. Al fin, después de tantos años, su madre veía lo mismo que yo: una mujer como cualquier otra y a la vez excepcional, no por su discapacidad, si no por su perseverancia.

Levanté los brazos y acuné su rostro, mis dedos dejaban caricias furtivas en la quijada, en las mejillas y en los ojos. Me incliné mientras me humedecía los labios y...

—¿Isa está feliz?

Reí y resoplé. Nuestros pechos subían y bajaban descompasados mientras nuestros patines se deslizaban por el hielo como si solo patinara una persona. Los brazos de Eli me envolvían por la cintura y mantenía la cabeza derecha como si pretendiera unir nuestras miradas.

—Dime cómo lograste que mamá te dejara a Isa.

Su hermosa sonrisa se tornó dulce ante la mención de mi hermana, así de grande era el amor que existía entre las dos.

—La señora Price es consciente de que un cambio sustancial en la rutina de Isa provocaría un retraso severo en ella, quizás, incluso, a volver a utilizar pañales, así que tu hermana ha estado conmigo siempre.

Contuve el aliento y Eli me aprisionó más entre sus brazos —si es que era posible— al sentir el estremecimiento que me recorrió de la cabeza a los pies, si bien la sonrisa jamás se borró de sus labios. De inmediato levanté la mirada hasta las gradas una vez más y me percaté que la señora Payne tenía una cajita de jugo entre las manos. El corazón me dio un vuelco, eso nunca ocurrió.

—¿Qué?! ¡Jamás me habría ido de haberlo sabido!

Eli asintió en tanto apoyaba la cabeza en mi pecho y dejaba un beso en él. El calor que expedía su cuerpo era el causante de que llegara hasta mí la sutil fragancia de su perfume mezclado con el sudor, lo que, en cierto punto, era reconfortante. Los brazos seguían aferrados a mí como si me contuviera. Me conocía demasiado bien porque lo único que deseaba era llegar a casa de mi madre para gritarle por su osadía. Sin embargo, Eli mantuvo la expresión serena, como si no hubiera significado ninguna molestia tener que lidiar con ella. Un choque eléctrico recorrió mi sistema nervioso, como un latigazo, mamá no merecía tener su apoyo.

—Lo sé, *baby*.

Tragué con dificultad y me reclamé a mí mismo el haber dudado de mí, de ella, de nosotros. ¡Fui un imbécil! ¿Desde cuándo pudimos ser felices?!

La contemplé y absorbí lo que estaba a mi alrededor. Como desde que teníamos trece años y la seguí cual idiota, estábamos sobre el hielo, solo que en esa ocasión su madre y mi hermana nos observaban desde las gradas y parecían extasiadas por el programa que acabábamos de ejecutar. La dulce melodía que tan bien describía a la mujer frente a mí se repetía una y otra vez. Y ella... Me convertí en gelatina y me derretí a sus pies al ver el brillo radiante de su mirada dirigido a mí. Era algo difícil de explicar, era como si todo el amor que existía en el mundo estuviera concentrado en su diminuto interior y escapara como un halo de sonrisas y serenidad.

—¿Por qué lo hiciste? —Mi voz sonó ahogada. Esperaba que fuera capaz de comprender que me refería a la rutina de las Olimpiadas, porque pedirle a mi garganta que emitiera algún sonido sería imposible.

—Quería que tuvieras una razón para desear ser mi compañero.

Lo primero que hizo mi cabeza fue soltar una palabrota. La mujer que amaba parecía empeñada en provocar mi muerte. ¿Un corazón sería capaz de detenerse por exceso de felicidad, de orgullo o de adoración? Porque estaba seguro de que el golpeteo en mi pecho no era normal. Intenté hablar, pero no fui capaz de soltar palabra alguna. Y comprendí por qué siempre fue distante, sin mostrar gran interés en mí: la única mujer que amé en mi vida no creía que yo pudiera amarla a ella, que su discapacidad me alejaría.

Una lágrima salpicó mi mejilla y abrí los ojos en exceso a la vez que mejoraba mi postura y afianzaba las piernas sobre el hielo, porque estaba seguro de que me convertiría en aquel niño que se cayó a los cinco minutos de entrar a la pista por primera vez. Me estremecí, sonreí, resoplé y estaba seguro de que no era un galán romántico exudando seguridad e indiferencia.

Fijé la mirada en ella, mis dedos se adueñaban de la suavidad de su piel. Humedecí los labios antes de inclinarme. Llevé los dedos a su mentón y ladeé su cabeza para que mi boca pudiera encontrar aquellos delicados y apetecibles labios. Eli me soltó y arrastró los brazos por mi pecho hasta llegar a la nuca y sostenerme allí. Entreabrió los labios y mi lengua salió al encuentro de la suya. En esa ocasión mantuve el control del beso porque fue la única forma que encontré de demostrarle el cúmulo de emociones que me dominaban. Cuando rompí el beso, me mordí los labios al escuchar el dulce sonido de un suspiro ensoñador por parte de ella. Me aseguraría de arrancarle cientos cada día de mi vida.

—Para mí eres perfecta, cariño, sí, aunque seas ciega. Solo puedo amar a la mujer a la que le atrae mi corazón.

Ella entrecerró los ojos, arrugó la nariz y sus labios dibujaron una línea recta a la vez que yo fruncía el ceño porque no creía haber dicho algo malo. Sin embargo, repasé nuestra conversación en mi cabeza con rapidez. ¿A qué mujer le molestaría que le dijeras que la extrañaste? ¿O que se veía hermosa? ¡Porque estaba preciosísima! Acababa de ejecutar una rutina olímpica, mi hombría exigía levantarse orgullosa. Desde que la vi en la pista, repetía las tablas de multiplicar en mis pensamientos, debía contenerme, pues teníamos público.

—En realidad me atrae que siempre huelas rico.

Pestañeé —por un segundo aterrado— ante su respuesta porque por su rostro parecía que estaba a punto de darme el regaño de mi vida. Ella sonrió con dulzura en tanto me soltaba y se alejaba de mí a la velocidad de la luz.

—Eli... —Mi voz estaba ahogada.

No podía creer que en el primer día de volver a ser novios la perdiera. Comenzó a reír a carcajadas y fue como salí de mi estado de estupefacción. Golpeé el hielo con los patines para ganar velocidad.

—Y los músculos de tus brazos.

Levantó los suyos y se abanicó con las manos. Por un instante creí que en realidad aún no llegaba a su lado y que seguía en el transporte privado que me recogió en el aeropuerto: quizás me había quedado dormido porque sus palabras me parecían imposibles. Mi chica jamás me diría algo así. Entonces relamió sus labios y yo me creí desfallecer. Un gemido gutural escapó de mi garganta y retumbó en los rincones.

Y ella continuó:

—Y lo alto que eres.

Ojeé las gradas con la esperanza de que la señora Payne ya se hubiera ido, pero ella seguía allí y el entrenador también, al parecer les era gracioso lo que sucedía. Jamás en la vida el rostro me ardió tanto como en ese momento.

—¿Algo más? —Mi voz estaba ronca.

—Y lo caliente que eres. —Eli hizo una pausa, mis ojos se desmesuraron y frené en seco, algunas esquirlas de hielo se levantaron a mi alrededor. Ella me dedicó una sonrisa beatífica, movió la cabeza solo unos centímetros a la derecha y añadió—: Es que estoy muchas horas en el hielo.

Empujé el labio con la lengua en tanto negaba con la cabeza baja a la vez que sonreía. El jadeo de su madre junto con los gorjeos de Isa llegaron hasta mí. Tomé una bocanada profunda y solté el aire de golpe. Solo me

rendiría ante ella, que hiciera conmigo lo que deseara. Dejé que los patines se movieran por sí solos sobre el hielo. Ella se había detenido a un metro de mí.

—Payne, te amo —se lo dije bajito para que creyera que estaba más lejos de donde en realidad me encontraba.

Ella colocó las manos en la cintura, creyéndose triunfante.

—Te tomó doce años confesarlo, Price.

En silencio y, asegurándome de que mis patines fueran sigilosos, le di alcance y me detuve a unos centímetros de ella. La levanté y ella abrió los ojos por la sorpresa.

—Ven aquí, te enseñaré lo caliente que puedo llegar a ser.

La aprisioné entre mis brazos y escondí la cabeza en el hueco entre el hombro y el cuello para dejar un beso ahí. Ella soltó un chillido poco característico y una risita afloró de su garganta. Sonreí en tanto me mordía los labios, por primera vez estaba nerviosa ante mí. Envolvió mi rostro con las manos y —por la posición— su mirada encontró la mía.

Epílogo

3 años después



Alexander

—La primera vez que vine a la pista —Brandon hizo una pausa para sonreír con encanto y picardía, en ese instante supe que estaba perdido—. Este lugar místico del que escuché hablar durante una semana antes de que me entrara la curiosidad. Porque cuando conoces a Alexander Price, lo primero que descubres es cuánto ama a los Raptors, el peor equipo en la historia del baloncesto. ¡Arriba los Bulls!

—¡Buuu! —gritó Eli.

Brandon rio y nuestros invitados soltaron risitas entre abucheos. Estábamos en la pista de hielo —la cual la señora Payne había convertido en un jardín de rosas blancas helado—, y cientos, si no miles, de foquitos caían del techo como una lluvia de estrellas, sin embargo, no deslumbraban a Eli. Las dos largas mesas estaban vestidas con manteles blancos y cubremanteles en color oro. Una hilera de follaje con algunas rosas corría a lo largo de ellas, nada ostentoso que pudiera caerse al suelo. Un pastel de cinco pisos. intercalados uno blanco con textura de encaje y el siguiente en

color oro, esperaba para ser saboreado. Todo era bello, pero nada podía superar a la hermosa y exquisita mujer que estaba junto a mí.

—Todavía no llego a ti, mi amor. —Brandon reajustó su postura y volvió a dedicarle una sonrisa seductora a su público—. Les decía: conoces a este tipo de veintiún años que ama el baloncesto y, sin embargo, es dueño de una pista de hielo ¡y! ganó una competencia mundial de danza sobre hielo, algo no encajaba en la ecuación. Así que, cuando me invitó a pasar un fin de semana en su casa, fui el primero en subir al automóvil.

Esa tarde, junto a un poco más de cincuenta personas, me convertí en el esposo de la ahora señora Eli Price, así recitó ella sus votos frente al párroco, nuestros invitados y el mundo. Caminó el pasillo de la iglesia con elegancia y un resplandor sublime en su azulada mirada. Su madre fue quien colocó su mano sobre la mía.

—Llegamos y les juro que el sol se trasladó a la mirada de este hombre. Yo no comprendía nada. Solo había hielo a nuestro alrededor y mis pestañas se congelaron. Observé como en cámara lenta y en mi mente comencé a rogar por mi vida. Estaba seguro de que caí en la trampa de un asesino en serie.

Desfiló con un vestido de manga larga ceñido a su torso y con una falda voluminosa hasta la mitad de las pantorrillas. Estaba cubierto por cientos de flores de seda, encaje y tul en todos los tamaños y formas —en color oro— y en el centro de cada una, de tres a cinco perlas entre grandes y pequeñas, con diminutos cristales bordados a su alrededor y perlas que se veían opacados por el brillo interior de Eli.

—Entonces apareció esta fuerza arrolladora, a treinta y cinco millas por hora, a la que no le importó pasarme por encima para llegar a él y fundirlo en un abrazo.

La esperé frente al altar con una chaqueta en color oro y el pantalón negro. Se suponía que mi esmoquin era de la más exquisita tela en negro, pero mientras pagaba por él —en la boutique en el mercado *Byward*—, le extendí un papel a los dueños para que lo cambiaran... Y fue una de las mejores decisiones de mi vida. Porque cuando Eli hizo su entrada triunfal, lo primero que hizo fue tropezar con ese punto brillante que la esperaba al final del pasillo, y su rostro estalló en una sonrisa.

—¡Soy ciega!

Salí de mi ensoñación tras la exclamación de Eli. Podrían llamarme ñoño, pero estaba embelesado con ella. Desde hacía tres años, la sonrisa de

su rostro era imborrable, igual que la de Isa. Sonreí al percatarme de que nuestros invitados lloraban de risa. Brandon levantó el dedo índice del micrófono y negó a la vez que lo hacía con la cabeza. Jamás vi a mi amigo tan feliz como en ese día.

—No, mi amor, no. Escúdate todo lo que quieras en eso, pero todos sabemos que nada ni nadie se interpondrá entre el hombre que amas y tú. —Él se acomodó en la chaqueta de su esmoquin y extendió las manos—. Así que aquí estoy yo, incómodo, pero con la sonrisa más estúpida plantada en mi rostro porque soy amigo del hombre más inteligente del mundo. En ese momento se convirtió en mi ejemplo a seguir. —Se escucharon algunos «¡Oh!» aquí y allá, y Brandon hizo un gesto con las manos como para que no se emocionaran aún—. Pero un día todo eso cambió, y les voy a contar cuándo fue: en mi despedida de soltero. Ahora mi esposa se va a enterar de algo que juré que jamás confesaría. —Bajé la cabeza y negué sin poder parar de reír, sentía el calentón en mis orejas—. Amor, mientras tú te fuiste con tus amigas a un *stripclub*, aquí, mi amigo, me hizo trabajar todo el día y ni siquiera me invitó una cerveza.

Eli levantó una mano hasta el cuello, tiró la cabeza atrás y rio a carcajadas al recordarlo. Tuvimos la mala suerte de que el único fin de semana en que Brandon pudo viajar coincidió con uno de nuestros eventos para niños discapacitados. No podía dejar a Eli sola, ya que siempre preparábamos un programa corto de demostración. Y que Brandon se ocupara de otros aspectos de la actividad fue de mucha ayuda. La verdad fue que, al terminar, caímos rendidos sobre el hielo y ninguno quería moverse.

Eli apoyó la cabeza en mi hombro y me rodeó con los brazos, el dulce sonido de su incontrolable risa me hacía reír también. Negué con la cabeza, no podía creer que ese al que llamaba mejor amigo me echara de cabeza de esa forma.

—¡Sí hubo cerveza! —dije indignado.

Él asintió con un mohín en su boca.

—Caliente.

—¡Y pizza! —insistí.

—Fría.

Él bajó la cabeza y comenzó a cubrir el micrófono con la corbata como si fuera un niño abandonado a punto de romper en llanto. Mis orejas ardieron aún más y la algarabía de los invitados iba en aumento. Sarah, la

esposa de Brandon, se limpió los ojos y tuvo que tomar una bocanada profunda de aire antes de decir:

—Que no te engañe, fue el mejor día de su vida, y eso incluye su propia boda.

Brandon rompió su actuación y soltó una risita.

—¡Amor, ¿de lado de quién estás?! —Él guardó silencio unos minutos, y cuando todos lograron recomponerse, levantó su copa de champagne y fijó la mirada en mí—: Amigo, gracias a ti encontré a la mujer que me observa del mismo modo en que tu chica te *mira* a ti. Y es un honor pararme a tu lado hoy y convertirme en el testigo de cómo los sueños se hacen realidad cuando eres perseverante. Porque admítelo, podemos creer que somos muy inteligentes por lograr que nuestras chicas nos amen, pero la realidad es que somos unos tipos con mucha suerte. —Giró y, dirigiéndose a los demás, añadió—: Por Alex y su amada Eli, porque el amor verdadero es fiel y tan poderoso que es capaz de cambiar el mundo. ¡Salud!

Los invitados levantaron sus copas en tanto Eli apoyaba la cabeza en mi pecho con el mentón hacia mí. Me incliné y dejé un beso casto sobre sus labios que la hizo sonreír. Nos susurramos un «te amo» mientras todos gritaban:

—¡Salud!

Me puse en pie con la mano de Eli en la mía y le di un abrazo de oso a mi amigo, por supuesto que ninguno de los dos tenía los ojos humedecidos. Cada uno dejó una palmada en el hombro del otro mientras nuestros invitados tomaban de sus copas.

—Después de ese brindis tan varonil, la dama de honor ha preparado algo muy especial para celebrar a los novios.

Por instinto giré hacia Eli, mis ojos estaban desmesurados, pues no tenía idea de a qué se refería la maestra de ceremonia. Por supuesto que mi chica se mantuvo serena, su rostro estaba impasible ante lo que acababan de anunciar. Pensé que era una equivocación porque, fiel a su palabra, Isa era la dama de honor de Eli. Volví a tomar mi lugar junto a ella y envolví sus manos con las mías. Eli levantó la cabeza y alcanzó a dejar un beso a mitad de mi quijada.

Hacía dos años que conseguimos que un juez me otorgara el derecho de visita a Isa. Después de lo que pasó se me hizo muy difícil confiar solo en la palabra e intenciones de mamá, necesitaba el documento legal que me

protegiera. Fue un caso único, porque en Canadá no existe el derecho de visita para los hermanos, pero el juez reconoció la importancia que Eli y yo teníamos para Isa y que alejarnos representaría un gran retroceso para ella.

Fruncí el ceño cuando un rastro de orgullo fugaz resplandeció en la mirada de mi esposa. Levanté su mano y dejé un beso en la muñeca. Después de tanto tiempo, al fin, respiraba con tranquilidad. En mi corazón también necesitaba que un papel fuera testigo de nuestra relación. Sentía que era la única manera de garantizarle todos los derechos a Eli sobre mi persona y mis posesiones.

—¿Tú sabes de qué hablan, cariño?

Ella me ofreció una sonrisa pícaro y se limitó a encerrar mi cintura entre los brazos y a mantenerse impassible.

—Tal vez.

Acuné su rostro y esparcí besos delicados en su mentón, mejillas, frente, nariz y ojos. Entre risitas, ella los respondía, pero no terminaba por confesarme qué sucedía. Me mordí los labios y la contemplé.

—¡Ya deja de mirarme y presta atención!

Una gran sonrisa se esparció en mi rostro y miré hacia el frente, aunque mi brazo seguía alrededor de su cuerpo y mantenía nuestras manos entrelazadas. Las luces bajaron y observé hacia la entrada de la pista cuando el sistema de sonido comenzó a reproducir *A time for us*, por George Davidson.

Allí estaba Isa con el traje ceñido a su torso y la falda amplia en color oro, cubierto de lentejuelas y plumas. Uno de los chicos de nuestros eventos para niños discapacitados la acompañaba. Él la deslizó por la pista mientras mi hermana levantaba las manos al aire y las mantenía en posición de bailarina en tanto él la hacía girar. Recorrieron la pista mientras giraban y giraban y giraban. Isa movía sus manos al compás de la música y levantaba su pie derecho como en un salto de vals.

Una gran sonrisa se reflejó en mi rostro mientras la mano de la mujer extraordinaria junto a mí me sostenía con firmeza, pues no podía parar de temblar. En el punto culminante, ellos volvieron a girar y de la silla de mi hermana cayó un pequeño cartel que decía: «Por Alex y Eli». Nuestros invitados ahogaron un sollozo colectivo a la vez que rieron y le dedicaron una ovación.

De inmediato, me puse en pie y pretendí deslizarme hasta ella, mas estaba seguro de que mi amada fue la responsable de ese hermoso

programa. Me incliné y pretendí unir nuestros labios, lo que la hizo reír.

—¡Olvídate de mí! ¡Ve!

Levanté los ojos arriba y patiné sobre el hielo hasta llegar junto a mi hermana y su compañero. Le extendí la mano al jovencito para entonces fundir a Isa en un abrazo delicado. Besé sus mejillas y ella soltó uno de sus gritos de alegría.

—¡Ale!

—Eres la dama de honor perfecta, nena linda.

Con mi hermana en brazos, contemplé a mi chica... a mi esposa, sentada en nuestra mesa de novios con una gran sonrisa en sus apetecibles labios, feliz porque Isa lo era. No le importó entregarle el protagonismo en su día más especial, porque su amor siempre fue sincero. Brandon tenía razón: fui el hombre más afortunado del mundo el día en que ella se fijó en mí. Me aseguraría de entregarle el mismo respeto y libertad que ella me obsequió.

Tomé una bocanada de aire y la retuve.

Cecilia Price aún era una mujer de carácter y mi mejor amiga, se enamoró de mí el día en que robé su experimento de ciencias. Y era una mujer extraordinaria, especial, porque desde la primera vez que bailé junto a ella, robó mi corazón.

FIN

Agradecimientos



Esta historia nació en diciembre de 2019. Unos meses antes había visto un video de patinaje sobre hielo de parejas y fue hermoso, creo que fue Verónica quien lo compartió, después de que lo vi dije: me gustaría hacer algo con eso, pero se quedó ahí. Y en diciembre, cuando terminé de ver una película con la ya muy utilizada idea de que un hombre se ofrece a cambiar el patito feo por un hermoso cisne. Por supuesto que me llegó el *flash* donde los papeles se invertían y él era el patito feo que convertían en cisne, pero que además esa a quien él le pedía que le hiciera el cambio, no era otra que su super, super mejor amiga ciega. Pero en esa primera idea, donde él llegaba tarde a su cena de ensayo y pedía el cambio era para hacer feliz a su novia. Entonces llegó la respuesta de esa mejor amiga de la que yo ni conocía el nombre; estaban en la tienda, ella le escogió algo hermoso y costoso y cuando él le preguntó qué pensaba y ella le dijo algo como: «Luces maravilloso, pero tú siempre lo haces». Y se suponía que desde ahí el tonto se percataba que quizás la mujer correcta era su mejor amiga... Y no me gustó. Detesto esas historias donde después de que recorren el mundo o viven miles de cosas voltean y ¡Ah, sí! Fíjate, ahí estás tú.

Como dice la maestra de mi nena: Me da un tuku tuku con un taka taka o como mis lectoras en México el telele, el soponcio, la chiripiorca y el patatús. Así que, lo deje ahí. Además, en aquel momento, según yo a Tu mirada en el tiempo le faltaban 15 mil o 20 mil palabras, había escrito 40 mil. Y me gusta dedicarle toda mi atención a los protagonistas que me cuentan su historia, serles fiel y escucharlos. Así que guardé la idea, como siempre hago.

A finales de enero de este 2021 comencé a investigar para otra historia que me está esperando desde antes de escribir La chica de Gent y en una historia de Instagram pregunté qué les gustaría que compartiera con ustedes y Nuria me preguntó si estaba trabajando en algo nuevo. Y eso fue como un choque eléctrico, en mi cabeza se sucedieron varias escenas y no eran de esa historia que investigaba, sino que de: Bailemos en la oscuridad.

Lo primero que hice fue escribir en Google: patinadora sobre hielo ciega y la primera en aparecer fue Molly Burke y la segunda Libby Clegg, atleta paralímpica, que participó en *Dancing On Ice*. Vi algunos episodios del programa, pero quien robó mi atención fue Molly Burke. A través de su canal de Youtube, ella comparte su día a día. Verla es una experiencia educativa e inspiracional. Su concepción sobre la discapacidad es la misma que yo comparto y es muy fácil percatarse por el vocabulario que utilizo en la historia, aunque reconozco que dentro de la comunidad hay diversidad de pensamientos y todos son respetables.

Después, cuando la historia fue avanzando, necesité ver muchísimos videos de danza sobre hielo y reconozco que esos fueron los capítulos que más difíciles se me hizo escribir y aun así no estoy segura de lograr captar en palabras esa magia que los patinadores crean sobre la pista. La forma de patinar de Eli y Alex está consolidada en dos parejas olímpicas: Tessa Virtue y Scott Moir campeones

olímpicos en danza sobre hielo en las Olimpiadas de invierno en 2018 y Aljona Savchenko y Bruno Massot campeones olímpicos de patinaje artístico en las Olimpiadas de invierno de 2018. El patinaje de Tessa y Scott tiene ese romanticismo que sentí necesario para los programas de Eli y Alex, pero si tienen oportunidad de ver a Aljona y Bruno, así es como me los imaginé. Bruno Massot es un hombretón, demasiado alto en comparación con Aljona y la forma en que él la arroja por los aires y cuando vuelve a sus brazos, te hace contener el aliento. Hay un comentario en el video de su rutina en 2018 que dice: «La arroja como muñeca de trapo, pero la coloca sobre la pista como si fuera una base de cristal». Y para Alex, Eli junto con Isa es lo más preciado que tiene y siempre va a ser muy cuidadoso con ella en la pista.

En esta ocasión, Laura, mi correctora, se sentó junto a mí en las gradas para ver a Eli y Alex adueñarse de la pista y florecer. Fue una montaña rusa de emociones para las dos y ella fue la responsable de encontrar esos momentos que eran importantes, pero que no estaban claros. ¡Gracias, Laura por tenerle a esta historia tanto cariño como yo lo hago!

A todos los que he mencionado, ¡muchísimas gracias! Sobre todo, a ti, mi muy querido lector, por darle una oportunidad a mis letras y emocionarte con las historias que te entrego.

No quisiera despedirme sin antes decirte que tú eres el dueño de tu vida y que las limitaciones solo existen en nuestro interior, la libertad se puede alcanzar. Si enfrentas alguna situación en donde te sientes atrapado, por favor, busca ayuda de algún familiar, amigo o institución. Jamás, jamás, jamás, pienses que estás solo por muy oscuro que te parezca el camino.

¡Gracias, gracias, gracias por acompañarme en este camino de sueños y realidades!

Con mucho cariño,



PD: Cuando hacía los cambios que Laura sugirió en la corrección del final de la historia de Eli y Alex, un caso de violencia de género conmocionó a mi país. Y lo hizo porque estaba involucrada una figura pública. Las redes sociales están desbordadas en mensajes de cómo reconocer el abuso y reglas de vida.

Recuerdo que cuando escribía *Tu mirada en el tiempo* vi muchos videos educativos que utilizaban en la escuela para enseñarle a los niños y jóvenes el correcto funcionamiento en la sociedad. Y aprendí tanto de ellos. En los comentarios las personas se burlaban y algunos hasta aseguraban que eran de aquellos tiempos y que nunca seguían esos consejos. Y para mí no podrían estar en un error más grande. Aunque vivamos en el momento histórico que lo hacemos y tengamos tanto acceso a la información, para mí es importante que ese tipo de material se dé en la escuela ¿por qué? Porque van a estar rodeados de sus pares y no es lo mismo mamá que los chicos suelen decir: ¡Ay! ¿por qué no se calla? A tener esa experiencia rodeado de aquellos que tienen tu misma edad y a quienes quieres imitar.

Lo único que diré acerca de lo que sucedió en mi país es que ojalá en diciembre las redes sociales sigan llenas de esos consejos que hoy comparten.

Aquí les proporciono la información de dónde pueden pedir ayuda.

Puerto Rico: [AYUDALEGALPR](#) contiene una lista extensa de lugares dónde pedir ayuda. Fue actualizada en noviembre de 2020.

México: [Directorio de centros y programas de atención](#)

Estados Unidos: [Línea Nacional sobre violencia doméstica](#)

España: [Comisión para la investigación de malos tratos](#)

Canadá: [Servicios nacionales](#)

Acerca de la autora



R.M. de Loera es el seudónimo de una escritora de Puerto Rico. Vive con su esposo, dos hijos y un pequeño pez en San Juan, donde los cuida mientras crea obras de ficción.

R.M. ha tomado varios cursos de escritura a lo largo de los años y lleva a cabo investigaciones minuciosas sobre sus temas con el fin de producir un trabajo de calidad y mejorar sus habilidades con cada libro que escribe. En la actualidad cuenta con 10 libros y 5 relatos publicados. Además, su trabajo aparece en varias antologías.

A R.M. le encanta conducir a sus lectores por caminos entrelazados con el amor, el respeto, la lealtad, la familia y amigos, pero también con la discriminación, las enfermedades mentales, las discapacidades e intransigencias de la sociedad. A través de estos desafíos los protagonistas serán capaces de encontrar el amor verdadero y transformar su mundo.

En su tiempo libre R.M. es una ávida lectora y pasa largas horas investigando. También le encanta hornear panes y hacer deliciosos postres para ocasiones especiales. Disfruta del período navideño y, en esa época, se consiente con las películas de Hallmark.

Puede ponerse en contacto o seguir a R.M. de Loera en:

Sitio web: www.rmdeloeraescritora.com

Facebook: www.facebook.com/rmdeloeraescritora

Correo electrónico: rmdeloera@gmail.com

Instagram: www.instagram.com/rmdeloera

Amazon: www.amazon.com/R-M-deLoera/e/B005S720N0

Recomendaciones:

Siempre entrega historias geniales y originales a las cuáles se nota la investigación. Es un romance distinto, real, con sentimiento. R.M. tiene un don para que sientas la historia con tu corazón.

[Blog Libros que dejan Huella](#)